

● Crisis de régimen y procesos constituyentes.

Joseba Fernández y Miguel Urbán (editores) **Hacia nuevas formas de democracia.** *Pedro Ibarra.* **Refundación (im)posible.** *Jaime Pastor* **Sin manual, pero con pistas.** *Íñigo Errejón* **Apuntes para la nueva federación europea.** *Emmanuel Rodríguez* **Construir un instrumento político para "los de abajo".**

José Antonio Errejón ● Mesa Redonda **VIENTO SUR.**

"Y ahora, ¿qué hacemos?" Debate entre gente de la izquierda alternativa. *Quim Arrufat (CUP), Xosé Manuel Beiras (Anova), Raúl Camargo (IA), Sabino Cuadra (Sortu), Adoración Guamán (EUPV), Laia Ortiz (ICV), Raúl Sánchez Cedillo (EnRed)*



Foto: JM. Taker

Consejo Asesor

Santiago Alba Rico
Luis Alegre Zahonero
Nacho Álvarez-Peralta
Josep María Antentas
Iñaki Bárcena
Andreu Coll
Íñigo Errejón
Sandra Ezquerria
Joseba Fernández
José Galante
Pepe Gutiérrez-Álvarez
Pedro Ibarra
Petxo Idoyaga
Ladislao Martínez
Bibiana Medialdea
Justa Montero
Rebeca Moreno
Daniel Pereyra
Enric Prat
Jorge Riechmann
Clara Serrano
Miguel Urbán Crespo
Esther Vivas
Begoña Zabala

Redacción

Miguel Romero (Editor)

• Revista impresa

Secretariado de la Redacción

Marc Casanovas
Jaime Pastor
Carlos Sevilla

Antonio Crespo (Voces)
Manuel Garí (Subrayados)
Roberto Montoya
Carmen Ochoa (Miradas)

• Web

Tino Brugos
Martí Causa
Josu Egireun
Gloria Marín
Alberto Nadal
Sergio Pawlowsky

Diseño original

Jerôme Oudin & Susanna
Shannon

Maqueta

MEDIAactive
comercial@tmediaactive.es

Redacción

C./ Limón, 20
Bajo ext-dcha.
28015 Madrid.
Tel. y Fax: 91559 00 91

Administración y suscripciones

Josu Egireun.
Tel.: 630 546 782
suscripciones@vientosur.info

Imprime

Varoprinter.
C/ Artesanía 17
Pol. Ind. de Coslada.
28823 Coslada (Madrid).
DL: B-7852-92
ISSN: 1133-5637



1
plural
plural

Crisis de régimen y procesos constituyentes

Presentación *Joseba Fernández y Miguel Urbán, editores* **5**
Hacia nuevas formas de democracia en nuevos regímenes políticos

Pedro Ibarra **9**

Crisis de régimen y refundación (im)posible

Jaime Pastor **17**

Sin manual, pero con pistas: algunas trazas comunes en los procesos constituyentes andinos (Venezuela, Bolivia, Ecuador)

Íñigo Errejón **27**

Democracia y república. Apuntes para la nueva federación europea

Emmanuel Rodríguez López **38**

Impulsar el proceso constituyente, construir un instrumento político para “los de abajo”

José Antonio Errejón **50**

2
miradas
voces

Espacios 2010

JM. Taker Carmen Ochoa Bravo **59**

3
plural2
plural2

Mesa Redonda VIENTO SUR
Y ahora, ¿qué hacemos?

Debate entre Quim Arrufat, Xosé Manuel Beiras, Raúl Camargo, Sabino Cuadra, Adoración Guamán, Laia Ortiz y Raúl Sánchez Cedillo **65**

4
voces
miradas

Arturo Borra (Santa Fe, Argentina, 1972)

Antonio Crespo Massieu **117**

5
subrayados
subrayados

El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial
Yanis Varoufakis

Daniel Albarracín **123**

El hombre que amaba los perros

Leonardo Padura

Marc Casanova **124**

Qué hacemos por la memoria histórica

Rafael Escudero Alday, Patricia Campelo, Carmen Pérez González y Emilio Silva.

Olga Abásolo **125**

De la nueva miseria. La universidad en crisis y la nueva rebelión estudiantil

Joseba Fernández, Miguel Urbán y Carlos Sevilla (coord.)

Isabel Serra **126**

propuesta
grafica

JM. Taker

Puntos de difusión de **VIENTO SUR**

Barcelona

La Central del Raval

Elisabets, 6 (08001).

La Central

Mallorca, 237 (08008).

Laie

Pau Claris, 85 (08010).

Bilbao

Librería Cámara

Euskalduna, 6 (48008).

Burgos

Música y Deportes

Paseo del Espolón, 16
(09003).

Córdoba

Espacio Social y Cultural Al Borde

Conde de Cárdenas, 3
(14003).

Granada

Librerías Picasso

Obispo Hurtado, 5
(18002).

Granollers

Anònims, menjars i pensars

Miquel Ricomà, 57
(08401).

Las Palmas de Gran Canaria

Asociación Canaria de Economía Alternativa

Café dEspacio
Cebrián, 54 (35003).

Madrid

A vivir del cuento

Embajadores, 20 (28012).

Enclave de Libros

Relatores, 16 (28012).

La Central MNCARS

Ronda de Atocha, 2
(28012).

Librería Antonio Machado

Fernando VI, 17 (28004).

Librería Rafael Alberti

Tutor, 57 (28008).

La Fugitiva Librería Café

Santa Isabel, 7 (28012).

La Marabunta

Torrecilla del Real, 32
(28012).

Librería Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Universidad Complutense
Campus de Somosaguas
(28040).

Sin Tarima Libros

Príncipe, 9 (28012).

Traficantes de Sueños

Embajadores, 35 (28012).

Oviedo-Uviéu

Conceyu Abiertu

La Gascona, 12 baxu A
(33001).

Local Cambalache

Martínez Vigil, 30 bajo
(33010).

Tienda de Comerciú Xustu

"L'Arcu la Vieya"

El Postigu Altu 14, baxu
(33009).

Pamplona-Iruñea

Zabaldi

(Casa Solidaridad)

Navarrería, 23, bajo
(31001).

La Hormiga Atómika Liburuak

Curia 2, bajo (31001).

Sevilla

Ateneo Tierra

y Libertad

Miguel Cid, 45 (41003).

València

Librería Tres i Quatre

Centre de Cultura Contemporània

Sant Ferrán, 12
(46001).

Valladolid

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
(47002).

Vitoria-Gasteiz

ESK

Beethoven, 10, bajo
(01012).

Zaragoza

Librería Antígona

Pedro Cerbuna, 25
(50009).

Kiosko

Plaza San Francisco
(50009).

La Pantera Rossa

San Vicente de Paúl, 28
(50001).

El sumario de este número tiene características especiales. Además de las secciones fijas, sólo publicamos *Plural 1* y *2*. *Plural 2* contiene la versión editada de un debate entre personas significativas de diferentes corrientes de la izquierda alternativa. Los audios están en:

www.vientosur.info/spip.php?article7857 y www.vientosur.info/spip.php?article8014

Fue una buena idea que surgió de la reunión anual de la revista que tuvo lugar el pasado mes de enero. Sus objetivos y características se explican en la introducción al debate y no las repetiremos aquí. Si merece resaltarse que el resultado confirmó nuestro punto de partida, es decir, el interés de promover un intercambio de ideas y propuestas, sin la presión inevitable de la presencia de público y sin que las y los participantes intervengan como “representantes” de sus organizaciones. Por supuesto, este tipo de debates no pretende sustituir, ni “mejorar”, a los más frecuentes, con presencia pública y portavoces de corrientes. Sólo pretenden ser otra forma útil de contribuir a la creación de una cultura de debate amplio, en que las discrepancias se consideren normales y se traten con mutuo respeto, sin la cual no hay ni convivencia, ni convergencia posibles.

Hay muchos más procesos, foros y encuentros en curso, con mayor ambición y, ojalá, impacto práctico como, por ejemplo, las “Alternativas desde abajo”, <http://alternativasdesdeabajo.org>, que iniciaron su andadura en Madrid los días 7 y 8 de junio, o el “Proceso constituyente”, www.procesconstituent.cat, en Catalunya, y también con otro enfoque la Universidad Popular de los Movimientos Sociales y otras que se anuncian para el verano.

La abundancia de iniciativas de este tipo es un signo natural de que las cosas se mueven en la izquierda alternativa. Pueden constituir afluentes necesarios, si no se contaminan por el conocido virus de la “competencia” y la “contraprogramación”, de las que ha habido ya algún signo, tan inútil como poco edificante.

En la mayoría de los casos, todos estos debates incorporan temas políticos-electorales sin los anatemas que eran habituales hace un tiempo. Es un paso adelante, pero sólo un paso, y aunque ha costado tiempo, esfuerzo y generosidad, me parece más fácil que los que vendrán. Algo así como abrir una puerta; a partir de septiembre, habrá que echar a andar por caminos sin asfaltar. Seguiremos con atención los acontecimientos, esperando que se establezca un ritmo de marcha que permita pausas, e incluso marchas atrás, si fuera necesario, y que se cree capacidad para inventar fórmulas de acuerdo con capacidad de inclusión, con contenidos que expresen claramente la voluntad de ruptura que se comparte y con más atención a la creación de expectativas sociales que a la escucha de las sirenas de las encuestas pre-electorales que, a mi parecer, están creando ilusiones desmesuradas.

Imaginamos que las y los lectores de la revista serán también visitantes frecuentes de nuestra web. Habrán comprobado que gracias al esfuerzo de su redacción, ha mejorado muchísimo. Hemos incorporado recientemente secciones nuevas: “Hemeroteca”, a la que se accede desde la barra superior, en la que reservamos artículos que por sus características tienen mayor alcance que la actualidad inmediata. “Tribuna” en la que vamos publicando opiniones de gente del Consejo y de la Redacción sobre hechos y debates en curso. También hemos creado, en la columna derecha, accesos directos al sumario completo del número anterior al que está en circulación. La utilidad de estas nuevas secciones se mide en el número de entradas. Esperamos que crezca, como vienen ocurriendo con las visitas a la web, directas o vía redes sociales.

“Sólo en la web” sigue siendo la sección fundamental, la que nos permite seguir la actualidad con una cercanía imposible en una revista bimestral. Precisamente por esa cercanía, no tiene mucho sentido recomendar aquí los textos que están en “primera página” de la sección el día que se escribe esta nota. Pero no está de más decir que, por ejemplo, estamos haciendo un seguimiento con buenos textos, escritos en su mayor parte desde dentro, de los acontecimientos en Turquía. O que hemos difundido las críticas que han surgido dentro de CC OO contra el mensajero de no se sabe bien quién o qué, que votó a favor del informe de los llamados “sabios” cuyo objetivo es dar marcha a la inmediata reforma de las pensiones. Este objetivo lo entiende hasta el más lerdo. ¿Cómo no lo iba a entender este tal Miguel Ángel García, “responsable” del Gabinete Económico de CC OO? Pues a día de hoy sigue en su despacho. Debe contar con apoyos sólidos en la cumbre del sindicato. Ojalá aparezca allí dentro alguien que nos cuente los hilos de esta turbia madeja.

Viñeta de El Roto: *“Nos están borrando conciencia para que nos quepa mas memoria”*. Sobresalta un poco, a primer golpe de vista. Luego se entiende que el gran pensador gráfico utiliza “memoria” en sentido informático. Menos mal. Pero sigue sonando raro para quienes pensamos que, en la lucha social, no hay conciencia sin memoria, no sólo “memoria histórica”, sino memoria crítica de la experiencia cercana, de lo que hacemos, de lo que proyectamos, individual y colectivamente, en esa izquierda alternativa, más bien amalgamada que articulada. Por el momento. *M.R.*

1 plural plural

Crisis de régimen y procesos constituyentes

“¡Abajo el Régimen!” Así rezaba una pintada en la pared de las escaleras del Congreso al final de una manifestación estudiantil hace unos meses. Símbolo gráfico de una consigna que se ha ido popularizando (aun no en forma de mayoría social) y que muestra el rechazo creciente a toda la institucionalidad y la cultura política que emerge a través del pacto constitucional de 1978. Y es que, como causa y como efecto de la devastación económica del país, estamos asistiendo a un auténtico proceso de deslegitimación y descomposición de los pilares centrales del régimen español: bipartidismo, monarquía, sistema judicial, marco territorial. Instituciones zombies, incapaces de responder a las necesidades y demandas sociales que cada día se expresan con más fuerza en la calle, y que aún perviven por un simple reflejo de supervivencia.

Y, sin embargo, sería prematuro anunciar su definitivo ocaso. La capacidad de recomposición de las élites es casi infinita y el bloque social que pueda precipitar un proceso constituyente es todavía débil e inconsistente, por más que las movilizaciones en la calle sean el fermento de nuevas hegemonías y lideren el necesario proceso destituyente.

Los principales síntomas de agotamiento del régimen del 78 o de la Transición son cada vez mas palpables y se podrían resumir en:

El declive del juancarlismo. Popularmente siempre se ha dicho que los españoles no eran monárquicos sino juancarlistas, debido al apoyo al personaje, investido con un áurea mística como supuesto artífice de la Transición, y no tanto a la institución como tal. Pero la propia imagen del monarca se ha visto muy deteriorada en los últimos años a raíz de los diferentes escándalos que le han salpicado a él directamente o a su familia, hasta tal punto que ha sido la institución que más ha bajado en su valoración en la última encuesta del CIS.

El ocaso del bipartidismo, el descrédito de la casta política y el posible “tangentópolis” español. El nacimiento del 15M, entre otras cuestiones, supuso una impugnación radical del sistema bipartidista heredado de la Transición, que en cierta manera recordaba a la restauración de Cánovas

del Castillo, así como una deslegitimación de la “casta” política. En este sentido, las encuestas son más que esclarecedoras de la crisis del bipartidismo: los dos partidos sumaban el 84% del voto en 2008; hoy, en torno al 45% (según las últimas encuestas de intención de voto); en relación a la valoración de los “políticos”, no solo ninguno aprueba en la valoración general, sino que se encuentran entre los primeros problemas para las y los españoles. Asimismo, el aumento exponencial de los casos “públicos” de corrupción en los últimos años ha agravado el malestar de la ciudadanía hacia los políticos y el propio sistema, hasta tal punto de que se ha hablado de la posibilidad de un “tangentópolis” en el estado español.

La quiebra del pacto social. Quizás sea la quiebra del pacto social lo que mejor revela la intención de las élites de romper con el régimen del 78 e iniciar una nueva transición, sentenciada con la modificación de la “sacrosanta” constitución y la reforma del artículo 135, que obliga al pago de la deuda por encima de cualquier otra situación y la sumisión del estado a los dictados de los mercados financieros, así como al desmantelamiento de los servicios públicos y los derechos sociales que todavía escapaban de la voracidad privada.

España se rompe. La diada del 11 de septiembre del 2012 desencadenó un verdadero huracán político que amenaza con romper los límites democráticos e incluso geográficos establecidos con el régimen del 78. Una mayoría parlamentaria catalana favorable a la convocatoria de un referéndum por el derecho a decidir, demuestra los límites democráticos del estado español. El envite soberanista catalán supone la posibilidad más cercana de ruptura con el régimen y abre la puerta al debate sobre un proceso constituyente, no solo catalán, sino procesos constituyentes en el conjunto del estado español.

El ocaso de la cultura de la Transición. El paradigma cultural dominante en los últimos treinta años, denominado como la “cultura de la Transición”, una cultura “consensual”, no problematizadora y marcada por los límites de lo “posible”, la “democracia de mercado”, se ha resquebrajado y la gente empieza a ver que el emperador camina desnudo.

Podremos tener diferentes matices sobre el grado o lo avanzado de la crisis de régimen en la que nos encontramos, pero nadie es ajeno ya, eso sí, a los profundos cambios que se van a producir en el sistema político español en los próximos años. Así lo anuncian voceros del propio régimen que contemplan horrorizados lo que consideran como una época de decadencia. Voceros y actores centrales que abogan indisimuladamente ya por un proceso de demolición controlada del régimen, una nueva transición por arriba que les permita mantener el control de mando sobre el mismo.

Por ello, hoy en día, la razón estratégica de las fuerzas antagonistas debe volcarse en imaginar un proceso de ruptura que desborde todos los límites institucionales a las oportunidades que la crisis de régimen ofrece. Ruptura que, por supuesto, debe conjugarse en plural, en forma de procesos constituyentes que articulen desde la singularidad la necesaria autonomía nacional, territorial, democrática y de soberanías. Así lo muestra, como primer laboratorio, la propuesta lanzada por Arcadi Oliveres y Teresa Forcadès para Catalunya.

Esta razón estratégica necesita, en primer lugar, espacios de reflexión que conjuguen una radiografía de las fallas del régimen y de las actuales formas democráticas junto a un balance de las experiencias constituyentes (desde la izquierda) en otras latitudes. Y una razón que también requiere atreverse a pensar en cómo avanzar en los procesos de ruptura, tanto en procedimientos como en contenidos materiales. La crisis entendida entonces como brecha, como una ventana de oportunidades, no solo para detener la sangría de pérdida de derechos, sino como un momento histórico-político para garantizar nuevos derechos e inventar nuevas formas de democracia. Frente a quienes contemplan aterrados, desde arriba, la crisis socio-política como una época de decadencia, las izquierdas deberían contemplar la escena, también en todo su dramatismo, como un momento impostergable para la recreación democrática y para la subversión de todas las reglas del sistema social que nos han conducido a tamaño desastre. Sin mesianismos, pero siendo conscientes de que la urgencia social y ecológica reclama necesarios saltos adelante.

De estos asuntos se ocupa este *Plural*. Un *Plural* que busca ordenar ideas desde lo general a lo particular para entender y valorar la dinámica y el alcance real de la crisis política que atraviesa el régimen español. Una crisis que se mira en la historia, se proyecta en el futuro y debe compararse con el laboratorio latinoamericano (y el euromediterráneo) para, desde la particularidad, aprender de experiencias democratizadoras.

Pedro Ibarra abre este *Plural* haciendo una revisión de algunos de los problemas de los actuales sistemas de democracia representativa y aportando algunas pistas sobre cómo transitar hacia un modelo de democracia no secuestrada por los grupos de poder.

Jaime Pastor aborda el debate sobre el nivel de deterioro de las instituciones del régimen surgido de la Constitución de 1978 y se interroga sobre si, efectivamente, nos encontramos ante una situación de crisis terminal e irreversible del régimen postfranquista.

Íñigo Errejón introduce en su texto algunos debates centrales que se han producido en los países donde en los últimos tiempos se han desarrollado proce-

sos constituyentes no exentos de tensiones y contradicciones, pero que han servido para hacer saltar por los aires los esquemas políticos más proclives a las viejas élites y oligarquías.

Emmanuel Rodríguez hace un repaso a la crisis en la zona euro. Una crisis que, antes que nada, es política. Por ello, el autor defiende en su texto la idea de que no hay salida viable en esta Europa pero que tampoco hay otro futuro posible fuera de un nuevo federalismo europeo. Una salida que necesitaría de procesos constituyentes a diferentes escalas que incorporen nuevos derechos y nuevas nociones sobre la territorialidad, la soberanía y la democracia.

Por último, **Jose Antonio Errejón** presenta una propuesta estratégica para avanzar hacia un proceso de ruptura con el régimen del 78, capaz de abrir un proceso constituyente que incorpore a las mayorías sociales y pueda hacer saltar por los aires el bipartidismo y las instituciones políticas que han conducido al colapso político, social y económico del estado español. Así como el reto de construir una herramienta política útil para “los de abajo”.

Joseba Fernández y Miguel Urbán, editores



1. Crisis de régimen y procesos constituyentes

Hacia nuevas formas de democracia en nuevos regímenes políticos

Pedro Ibarra

I. Definición de la crisis. En primer lugar, debo describir en qué consiste la crisis de la democracia. Más exactamente, debemos precisar dos aspectos sustanciales:

1. Si realmente existe una crisis. Si lo que está ocurriendo pone en cuestión los cimientos de la democracia y por tanto exige inevitablemente reconstruir, o construir, una democracia basada en otros parámetros.

2. Si las democracias realmente existentes –la democracia representativa en su sentido más estricto– es la que está en crisis o, por el contrario, lo que está en crisis es lo que creemos que *debería ser* esa democracia representativa. síntesis,debo orientar la reflexión cruzando del campo del ser, de lo real, al deber ser, de lo deseable. Y también viceversa.

Sin duda, la democracia está siendo afectada por el proceso de globalización, especialmente en su dimensión económica y más aún en los recientes y dramáticos años de la crisis económica. Esta situación presenta en toda su radicalidad una de las insuficiencias constitutivas de la representación democrática: la falta de autonomía de los representantes políticos.

Desarrollo un poco más esta cuestión. El proceso de toma de decisiones en una democracia representativa se inserta en lo que se puede denominar dos *espacios de influencia decisoria*. El primer espacio es el *formal, el convencional*, es el conformado a través del proceso electoral. A través del mismo, los representantes –los gobernantes– se supone que toman decisiones dirigidas a buscar el interés general en virtud de que el conjunto, o los amplios conjuntos de la población a que representan, expresan y simbolizan ese interés general. Se supone. Porque es evidente que el mecanismo de representación en el que se basa la democracia representativa, en modo alguno implica un mandato imperativo. En modo alguno los representan-

tes están sometidos a las específicas directrices o exigencias formuladas por los representados. La representación otorgada implica la más absoluta y total delegación. Los representantes pueden hacer lo que les dé la gana. No tienen por qué conocer ni saber a través de sus representados en qué consiste ese interés general. Es más, como su mandato no se lo exige, no establecen relación alguna con sus representados para conocer qué es lo que realmente quieren que se haga.

En la democracia representativa, por definición, no existe comunicación entre representantes y representados. Por definición quiere decir que los representantes “que pasan” de sus representados y hacen lo que les da la gana, no es porque sean especialmente perversos sino porque eso es lo que establece el sistema democrático representativo. Cuando los ciudadanos eligen a sus representantes es evidente que toda la dimensión programática, de definición del interés general en el proceso electoral es pura retórica. Los representantes eligen a unos gobernantes para que ellos y solo ellos tomen las decisiones que ellos y solo ellos creen que deben tomarse.

No conviene olvidar a la hora de hablar de crisis que esta cultura de desconexión radical entre representantes y representados está asumida en el conjunto de la sociedad. Así, cuando, genéricamente hablando (por supuesto siempre hay excepciones), el personal se queja de las maldades de los políticos, lo hace sobre todo por los resultados de esas políticas. Dicho de otra forma, se quejan de que son poco demócratas, de que no atienden y tienen en cuenta las reivindicaciones e intereses del conjunto de la población y que por tanto, toman decisiones sin considerar esa conexión. Pero en el fondo, lo que les cabrea es el contenido concreto de la decisión. El que la misma haya supuesto una reducción de sus derechos y sus bienes.

En consecuencia, en este espacio de influencia decisoria... no hay influencia. Los representantes están solos porque quieren estar solos y porque deben estar solos de acuerdo con los parámetros establecidos por la democracia representativa. Los representantes están desnudos a la hora de tomar decisiones políticas.

II. La desaparición de la autonomía. La frase anterior es literatura porque esos representantes toman decisiones dentro de lo que llamaremos *el espacio de influencia real*. La cuestión es muy conocida. Grupos organizados presionan a esos representantes para que tomen decisiones a favor de sus intereses grupales, que por supuesto nada tienen que ver con el interés general.

Se hallan desnudos y, al mismo tiempo, extremadamente receptivos a ser vestidos por esos concretos grupos de presión. Es evidente de quién estoy hablando: mercados, banca, multinacionales, etc. Pero no es tan evidente el mecanismo, el proceso de presión y el correspondiente resultado en la decisión política. Un par de pistas. Los resultados se logran, esto es, los políticos toman

las decisiones que quieren esos grupos, por su capacidad de chantaje. Es decir, por su capacidad de amenazar con medidas perjudiciales, con específicos daños, dirigidos tanto a los mismos políticos como a la sociedad que algunos de esos políticos creen/deben proteger. Retengamos este dato: a más daños previsibles mejores resultados de la presión ejercida.

Pero hay también otra razón, una segunda pista para acercarnos a este proceso. La que constata que esos políticos coinciden plenamente con el modelo de sociedad de desigualdad, de jerarquía y de darwinismo social propuesto por esos grupos. Dicho de otra forma: no se sienten amenazados. Hay una absoluta correspondencia entre los deseos y exigencias de esos grupos y las políticas que ya de antemano quieren hacer esos “satisfactoriamente” presionados políticos.

La cuestión de la autonomía se plantea en este proceso. Volviendo al escenario anterior, se podía afirmar que esa absoluta desvinculación, no dependencia y soledad de los representantes frente a sus representados, sus electores, les otorgaba una situación de plena autonomía. Solo ellos sin ninguna influencia ni mandato ni control ni exigencia exterior, decidían lo más conveniente. El problema es que obviamente los hechos, las influencias, presiones reales, destruyen, también de hecho, esa autonomía. La genérica independencia es sustituida por una concreta dependencia.

Históricamente, en el modelo clásico del estado del bienestar, se podía afirmar que existía un mayor equilibrio en el espacio de influencia real. La teoría clásica del estado corporativo nos describía una cierta compensación entre las presiones provenientes del mundo empresarial y el del trabajo, a través de la presencia más o menos estable, más o menos regulada, en los espacios operativos de toma de decisiones políticas tanto de las organizaciones de empresarios como de los sindicatos. Es evidente que este equilibrio siempre estuvo... desequilibrado. Pero también es evidente que hoy ni siquiera existe equilibrio, ya que solo existe un grupo de presión.

Conviene precisar que me estoy refiriendo a las políticas públicas claves: fiscales, económicas, laborales, etc. Conviene recordarlo porque se dice –en este rollo del discurso sobre la gobernanza– que hoy los procesos de decisión política están abiertos a múltiples actores colectivos, a todos aquellos de alguna manera afectados por la política en juego. Pudiera ser verdad en algunas áreas del gobierno, pero no es verdad en las políticas públicas dirigidas directamente a la cuestión del bienestar, a la cuestión de la igualdad, a la cuestión de la justicia distributiva. Ahí solo hay un actor, y por lo que parece nuestros actuales gobernantes no solo no les preocupa tal monopolio en la presión sino que desean que el mismo exista.

III. De la indiferencia al desprecio. Se puede por tanto considerar que hay un serio desajuste, en el regular funcionamiento de la democracia repre-

sentativa. La no dependencia de los representantes respecto de sus representados ha evolucionado desde la indiferencia hacia el desprecio. El punto de partida es la no dependencia de los representantes respecto a sus electores. Como indicaba, la representación política es constitutivamente autónoma. Ni tiene que rendir cuentas a sus representados ni interesarse por sus preocupaciones. Esa no dependencia constitutiva del proceso de representación genera una actitud de indiferencia frente a los ciudadanos. Es cierto que existía una cierta dependencia respecto a determinados grupos de presión. Pero ahora esa dependencia ha pasado a ser constitutiva, sustancial. Se destruye la poca autonomía que existía. Los representantes ya no están –dentro de su genérica autonomía– más o menos influidos por determinados grupos. Sin más, han tomado partido por ellos, por sus exclusivos intereses. Ello implica una actitud de desprecio frente a los otros intereses, frente al interés general representado por el conjunto de los representantes.

Este es el panorama. Algunas de las limitaciones y contrapesos internos que, en cierto modo, moderaban las tendencias despóticas de los regímenes democráticos, parecen estar desapareciendo.

Frente a ello, parece necesario plantearse un conjunto de medidas dirigidas a la *regeneración* democrática. Pero debemos prestar atención a esta propuesta regenerativa. Y ello es así porque dependiendo de cómo *veamos* la democracia deberán formularse unas u otras medidas.

1. Si entendemos que esta –llamémoslo así– “crisis de la autonomía” obedece a *una situación coyuntural*, hay que proponer medidas que generen algunas dinámicas de influencia y comunicación en el espacio convencional y otras que logren un mayor equilibrio en el espacio de influencias real. Esta opción conlleva, aunque sea implícitamente, la creencia de que el modelo de la democracia representativa es no solo el más deseable sino también el único posible.

2. La segunda opción parte de afirmar que esta actual cuasi desaparición de la autonomía no es mera coyuntura, es *ya constitutiva* de la actual democracia representativa. Por tanto, la regeneración de la misma implica tomar medidas que hagan imposible un desequilibrio en la presión destinado a la desaparición de la autonomía. Hace necesario, por tanto, además de otra serie de medidas que se indicarán, *la presencia operativa* del interés general, a través de la participación ciudadana, en el proceso de toma de decisiones. Dicho de otra forma, no es tanto cuestión de buscar mejores equilibrios en las influencias, sino más bien de *impedir las influencias* de las minorías poderosas a través de la presencia de las mayorías sociales en el proceso decisorio. Es evidente que en dicha concepción está presente no solo una opción táctica, orientada a no admitir una crisis coyuntural, sino una opción estratégica de fondo, aquella que defiende otra democracia. Una democracia en la que, como se verá, las decisiones que cotidianamente y en diferentes espacios y formatos tomen los

ciudadanos estén operativamente presentes en las decisiones que tomen los representantes políticos.

IV. Escenario y respuestas coyunturales. Reflexiono ahora nuevamente sobre la crisis de la democracia desde la perspectiva más coyuntural, en donde la cuestión no es tanto constitutiva sino de grado. Para ello previamente precisaré algo más el enfoque convencional de la democracia representativa. En qué consiste realmente y no idealmente.

Existe democracia cuando las decisiones políticas son libremente y autónomamente tomadas por la mayoría de los representantes de los ciudadanos, libre, competitiva y limpiamente elegidos por esos mismos ciudadanos. Y existe democracia cuando todos los ciudadanos pueden ejercer en libertad un conjunto de derechos entre los cuales se hallan precisamente los dirigidos a hacer más libre y más cercana la elección de los representantes y su relación con los mismos; así, por ejemplo, la libertad de formar partidos políticos, de exigir pública y colectivamente el cambio (o mantenimiento) de determinadas políticas, etc.

Con esta propuesta, y teniendo también en cuenta lo que decía al principio, se puede establecer un primer escenario de crisis de la democracia. El que hace referencia a *un sustancial aumento de lo males de la representatividad*. Los políticos representan cada vez peor los intereses de los ciudadanos, el interés común. Detallo a continuación un catálogo –absolutamente inconcluso– de estos males, de estos problemas ligados a una cada vez más miserable representación:

- Privilegios y perpetuidades en los cargos que los alejan de los ciudadanos.
- Mayor dependencia decisoria de minorías económicas.
- Corrupción.
- No poder decidir a quiénes queremos elegir. Ellos, los políticos, deciden a quiénes de entre ellos y solo de entre ellos, podemos elegir.
- Desiguales e injustas representaciones, dependiendo de territorios y partidos.

Como puede observarse, la situación descrita define un escenario de empeoramiento. Una situación, que se estima como coyuntural, en la que los representantes por un lado han perdido autonomía y por otro se han distanciado más todavía de la voluntad de los ciudadanos. Sus sistemas de representación son arbitrarios, excluyentes. Están decididamente volcados a la búsqueda del interés propio, ignoran la crítica social, etc.

Conviene en todo caso recordar que estas insuficiencias no siempre son una degeneración del sistema. Son constitutivas del mismo. Lo que ocurre es que en la actual coyuntura, aparecen sus efectos más negativos y más intolerables. El recordatorio no es obvio porque las medidas regenerativas que deberán pro-

“No es tanto cuestión de buscar mejores equilibrios en las influencias, sino más bien de impedir las influencias de las minorías poderosas a través de la presencia de las mayorías sociales en el proceso decisorio”

ponerse no afectarán a alguno de los rasgos fundamentales y fundacionales de la democracia representativa. Así en concreto al carácter innegociable de la dimensión delegativa de la representación. Es decir: la imposibilidad de mediar eficazmente desde la sociedad en las decisiones políticas. Determinadas medidas harán que los políticos escuchen –con más o menos interés– lo que les digan lo ciudadanos, pero en modo alguno esas medidas impedirán que, en última instancia, sigan decidiendo lo que les dé la gana.

En esta línea las medidas regenerativas a proponer estarían dirigidas a mejorar la representación convencional, a generar algo más de influencia en el espacio convencional. Así por ejemplo:

- Cambios en los sistemas electorales. Lograr que los representantes sean más representativos.
- Cambios internos democráticos en los partidos. Lograr que los nominados para ser representantes, sean más representativos.
- Cambios en privilegios y perpetuidades. Acercar más las condiciones de vida y trabajo de los representantes a los representados.
- Leyes de transparencia en la gestión política y económica a fin de evitar la corrupción.
- Establecimiento de rendiciones regulares de cuentas. Y establecimiento de mecanismos para la exigencia social de explicaciones públicas.

Pero también debería *mejorarse el espacio de influencia real*, tratando de lograr algo más de equilibrio en la autonomía. Para ello hay medidas que solo dependen de nosotros. Ni de las leyes, ni de los políticos.

Me refiero (como era previsible) a prácticas sociales –a la movilización social– en las que se acerca la voluntad de los ciudadanos a las decisiones de los políticos. Hablo de una sociedad civil activa en la que sus ciudadanos se movilizan en la calle, participan en espacios públicos decisorios, manifiestan su opinión a través de los medios, etc. Cuantos más ciudadanos con más frecuencia utilicen esos u otros cauces, en lo que se expresen sus deseos, sus intereses, sus identidades, más probabilidades hay de que las concretas decisiones de los políticos asuman las demandas de los ciudadanos.

Tendremos así un mayor equilibrio en el espacio decisorio real. Tendremos así un democracia de más densidad, más democrática, en cuanto que existirá más coincidencia entre lo que los ciudadanos quieren que se haga y lo que lo políticos hacen. Más coincidencia porque más y diferentes voces –todas las

voces en situación de equilibrio ideal— confluyen con similar fuerza y capacidad de presión en los distintos espacios y procesos decisorios.

También me refiero a grupos de ciudadanos que de forma estable, organizada y regular, deliberan y toman decisiones sobre asuntos que afectan al bien común. Esas decisiones, en principio *no vinculantes* para las instituciones políticas decisorias, son sin embargo tenidas en cuenta por los gobernantes. Estoy señalando a algunos de las actuales y diversas experiencias y procedimientos de la (mal llamada) democracia participativa. Desde comisiones sectoriales que operan en los ayuntamientos a consultas precedidas en algunos casos por procesos más o menos asamblearios.

V. Escenario y respuestas sistémicas. La segunda situación describía esta deriva hacia el deterioro democrático como algo consustancial al modelo. Un determinado sistema económico antes generaba un desequilibrio en la autonomía decisoria. Pero un nuevo sistema —el actual— genera la desaparición del desequilibrio. La dependencia de los representantes es ya hoy solo de uno. Y por lo que parece el sistema que genera este monopolio tiene aspecto de ser muy duradero.

Esta caracterización haría bastante ilusoria no solo la regeneración en el espacio convencional de la representación, sino también, el intento de buscar un mayor equilibrio en el proceso real de decisión. Por tanto esta otra estrategia sistémica deberá cuestionar el mismo principio de representación. Tratará de impedir que los representantes tomen por sí solos las decisiones. Pretenderá no tanto influirles, sino sustituirles o al menos introducir real y formalmente las decisiones y exigencias ciudadanas en sus decisiones políticas.

Es el momento de hacer un breve afirmación proveniente —ahora sí— de la democracia participativa y decir que la democracia está en crisis, porque no existe *democracia participativa* o participación ciudadana *decisoria*. Decir que la democracia está mal porque las decisiones políticas no las toman los ciudadanos —esa es la verdadera democracia—, sino los representantes políticos. La crítica ahora pues se dirige al principio de representación y a su práctica.

Con este panorama sistémico y su correspondiente exigencia, alentada además por la “filosofía” de la democracia participativa, muy sucintamente apunto algunas propuesta posibles para lograr otra democracia:

En primer lugar, se trataría de radicalizar las propuestas antes indicadas para regenerar la democracia representativa. Efectivamente, si por el momento no parece posible un modelo de sustitución de la representación, sino tan solo avanzar hacia un control e incidencia operativa popular de la representación, se acelera y extiende ese control en cuanto que crece y se hacen más exigentes las prescripciones y prácticas antes descritas de transparencia, de rendición de cuentas, de democracia interna partidaria, etc.

En segundo término, qué duda cabe que un incremento sustancial de la movilización social no solo facilitaría sino que también compartiría la presencia eficaz de la voluntad popular en los procesos decisorios.

Y por último –pero sobre todo– me refiero a que esas deliberaciones y decisiones ciudadanas que ante describíamos como no vinculantes, ahora sean... vinculantes. Esto es la democracia participativa. Un cambio del sujeto decisorio. En esta sentido viene a cuento decir que las experiencias participativas que antes detallaba no son prácticas de transformación de la democracia representativa hacia una más participativa. En su mayoría las experiencias de participación ciudadana hoy existentes son sobre todo estrategias institucionales dirigidas a desviar la atención ciudadana sobre la crisis de la democracia representativa.

VI. Hacia dónde. Sin duda parece mas deseable operar a partir del segundo escenario y poner así en marcha espacios de contrapoder real. Pero no conviene olvidar dos cosas:

1. Que la actitud dominante –muy dominante– de la sociedad frente a la crisis democrática es la de reconocer la deriva de la misma y la necesidad de su regeneración. De regeneración de la democracia representativa. No de sustitución de la representación.
2. Que a lo mejor debería considerarse también (¿o en vez?) una estrategia de salida. No sería cuestión de presionar, o de oponerse, o de intentar cambiar el poder. Sino en pensar cómo salirse del sistema y empezar a decidir –en todo– al margen de él. Pero bueno, esto es... otra historia.

Pedro Ibarra es profesor jubilado de la UPV/EHU. Forma parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.



2. Crisis de régimen y procesos constituyentes

Crisis de régimen y refundación (im)posible

Jaime Pastor

Es ya un lugar común desde muy diversos sectores ideológicos de opinión considerar que nos encontramos en una crisis del régimen político que se fue configurando a partir de los Pactos de la Moncloa y la Ley de Amnistía de octubre de 1977 y de la constitución escrita de 1978. Una ley fundamental que luego se vería complementada con las exigencias derivadas del proceso de integración plena en el bloque occidental geoeconómico y militar y, ya a partir del Tratado de Maastricht de 1992, sufriría una progresiva involución en un sentido neoliberal hasta llegar a la reforma exprés del artículo 135 en pleno verano de 2011; internamente, los distintos estatutos de autonomía irían formando parte del bloque constitucional, pero siempre bajo la vigilancia de la jerarquía militar y una “tercera cámara”, el Tribunal Constitucional, con el fin de que no cuestionaran la unidad del Estado...y del mercado.

Esta constitución material ha ido sustentando un régimen que hoy parece agotar su funcionalidad al servicio de un capitalismo español en quiebra. Sin embargo, existen distintas percepciones de cómo afecta esa crisis a las distintas instituciones, cuál es el grado de deslegitimación que están sufriendo y, sobre todo, cuáles son las vías de salida a la misma en el momento actual.

De la Transición al euro... y sus crisis

No creo necesario extenderse mucho en recordar las enormes limitaciones que tuvo el proceso de la transición política española, ya que en esta misma revista hemos escrito al respecto con ocasión de distintas conmemoraciones –que no celebraciones– en torno a la misma¹. Sí es necesario destacar que la ausencia de una efectiva ruptura con la dictadura que hubiera conducido a un

¹/ Me remito, por ejemplo, a los artículos publicados en la sección *Plural* de los números 24 y 71.

proceso constituyente libre de ataduras no impidió la aprobación de la nueva constitución en el referéndum de diciembre de 1978 y, con ella, la puesta en pie de un régimen monárquico parlamentario. Este, sin embargo, mantenía unas particularidades antidemocráticas que irían poniéndose en evidencia a lo largo de los decenios siguientes, si bien en aquel momento solo se vieron impugnadas –en las urnas, en la calle y mediante la expresión violenta de ETA– en Euskadi. Porque el hecho de que no hubiera el ajuste de cuentas necesario con el franquismo y su legado en sus distintos órdenes –en el plano simbólico, en el aparato coercitivo y judicial o en el de las relaciones privilegiadas con la iglesia católica– condujo desde el principio a una democracia liberal restringida, basada en el “turnismo” entre los dos grandes partidos al servicio del mismo bloque de poder –ahora ampliado con la “nueva clase media ascendente”– así como en una cultura de cinismo político y la exclusión de determinados temas de la agenda política –lo que ahora se conoce como “Cultura de la Transición”– cuyos costes empezamos a comprobarlos muy pronto con el llamado “desencanto”.

En efecto, acontecimientos como el 23F de 1981, con la imagen “salvadora” de Juan Carlos I, el proceso de relativa descentralización política, la llegada al gobierno en 1982 de “jóvenes nacionalistas españoles” encabezados por Felipe González y la integración en la Comunidad Económica Europea y la OTAN en 1986 contribuyeron a una relativa estabilización del régimen y a dar algunos pasos desde el estado asistencial franquista hacia otro de un modesto estado de “bienestar” que, sin negar sus logros, compartía las limitaciones estructurales de ese “modelo” (Cabo, 2012), más patentes en nuestro caso que en otros lares. Muy pronto, además, tuvo que hacerse compatible con un europeísmo neoliberal en el que el capitalismo español entraba en un lugar subalterno, pero con expectativas de lograr una legitimación social entre sectores populares ilusionados en acceder a “Europa” y, con ella, a la nueva “sociedad de propietarios y consumidores”. Una tarea que, tras la debacle de la Unión de Centro Democrático (UCD), asumiría el social-liberalismo del PSOE, más funcional en ese contexto para convertirse en pieza fundamental de legitimación del régimen ante los y las de abajo a lo largo de catorce años; mientras tanto, se iba produciendo un proceso de recomposición de la derecha, finalmente consumada con la “refundación” de Alianza Popular en Partido Popular y su llegada al gobierno en 1996.

Durante todo este tiempo, solo el conflicto vasco –acentuado con la versión militarista de ETA– junto con el movimiento anti-OTAN (confluencia a su vez de distintos “nuevos” movimientos sociales) y el de insumisión a la mili, con un peso notable en todos ellos de la izquierda radical, se revelaron como principales expresiones del disenso ante el déficit estructural de ese régimen, ya que otras manifestaciones del autoritarismo neoliberal (y de “guerra sucia”, como los GAL) e incluso de corrupción (con una larga lista que ha ido afec-

tando al plural arco parlamentario) no llegaron a tener costes relevantes para sus responsables en el plano electoral, debido precisamente al arraigo del bipartidismo imperfecto y a la ilusión popular en poder beneficiarse del “efecto riqueza”, reforzado tras la puesta en marcha del euro.

Ha habido que esperar a que en 2008 estallara la burbuja inmobiliaria, en medio de la crisis financiera y de la eurozona, para que el sentimiento de agravio comparativo frente a los responsables de esa múltiple crisis, a su vez afectados por escándalos de corrupción que han ido alcanzando a los distintos pilares del régimen, transformara el malestar social en protesta masiva a través de la ocupación del espacio público. Por eso es ahora cuando las especificidades de un régimen surgido de la reforma de la dictadura aparecen más en evidencia, mientras que los rasgos que tienen que ver con sus “virtudes” (estado social y de derecho) quedan cada vez más vaciados de contenido, sobre todo, como ya se ha recordado, tras la “reforma exprés” del artículo 135 de la constitución que convierte en prioridad absoluta el pago de la deuda y el cumplimiento del déficit fijado en la eurozona².

Con todo, conviene recordar que antes incluso de 2008 ya vimos en la primera legislatura presidida por Rodríguez Zapatero la irrupción de un movimiento cada vez más relevante a favor de la recuperación de la memoria histórica y de “verdad, justicia y reparación” para las víctimas del franquismo. El eco obtenido por sus colectivos promotores en su denuncia de la ausencia de la justicia transicional que caracterizó a la caída del fascismo en otros países ayudó a poner de relieve el enorme coste político que supuso la aprobación de la Ley de Amnistía de octubre de 1977 y, con ella, la ausencia de un ajuste de cuentas con la dictadura. El limitado reflejo de esa campaña en la conocida como Ley de Memoria Histórica y las trabas posteriores del poder judicial —mostrando así, como en el caso del PP, el lastre franquista que arrastran muchos de sus miembros (Sáez, 2010; Olivas, 2012)— a la investigación sobre los crímenes de la dictadura no han impedido la continuidad e incluso mayor audiencia de este movimiento. Buena muestra de esto ha sido haber conseguido que una jueza argentina admita la tramitación de una querrela contra el franquismo y que salgan a la luz pública informaciones tan reveladoras de la supervivencia de la “cultura” represiva franquista como la función que ejerce como “formador” de miembros del aparato policial del estado desde hace tiempo el asesino de Yolanda González, Emilio Hellín.

También bajo el gobierno de Rodríguez Zapatero se abrió una pequeña ventana de oportunidad para plantear en la agenda política la superación de los límites del estado autonómico, sobre todo en el caso catalán, pero finalmente

² Una reforma “ordoliberal” que se complementa con dos nuevos Tratados europeos - el Tratado Constitutivo del Mecanismo Europeo de Estabilidad, firmado en febrero de 2012, y el Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Económica y Monetaria, firmado en marzo de 2012- y con los Memorandos de Entendimiento que acompañan a los “rescates” bancarios.

el nacionalismo constitucional español (PP, PSOE y, finalmente, Tribunal Constitucional) se convirtió en una barrera infranqueable para permitir una lectura moderadamente “federalizante” de la constitución española. No obstante, esto no significó una paralización de los movimientos a favor del reconocimiento de la realidad plurinacional del estado sino todo lo contrario, como estamos viendo.

Justamente en el proceso de relevo del gobierno de Rodríguez Zapatero por el de Mariano Rajoy, y en el marco del estallido de la mezcla explosiva de distintas crisis interdependientes ya mencionada, hemos podido ver la irrupción de nuevos actores colectivos que tienen en el movimiento 15M y las “mareas” las manifestaciones más visibles del paso de la desafección y la indignación ciudadanas a la protesta activa frente a la “dictadura de los mercados”. Es precisamente esta “dictadura de los mercados”, representada por la troika y el estado alemán, hegemónico en la eurozona, la que está presentándose como un “soberano supraestatal” con cada vez más voluntad de poder sobre los pueblos de Europa del sur.

Nos encontramos, por tanto, en un contexto en el que, por un lado, se ha consumado desde arriba el proceso de subsunción del sistema político español en la constitución económica neoliberal de la eurozona mientras que, por otro, empieza a afirmarse la voluntad destituyente de este régimen y de confrontación con la troika desde los nuevos movimientos sociales protagonistas de las principales protestas en el nuevo ciclo iniciado el 15 M de 2011.

Esa crisis es, sobre todo, la de la fórmula convencional del “*Estado social, democrático y de derecho*” que aparece en la constitución. En lo social, porque si bien vienen de lejos las políticas neoliberales, desde 2008 estamos conociendo una aceleración enorme del desmantelamiento de conquistas y derechos sociales a través del desempleo masivo, los recortes del salario –directo, indirecto y diferido–, privatizaciones varias en el sector público y nuevas incursiones contra el medio ambiente, generando una desigualdad social y de género, junto con una depredación ecológica, que no dejan de aumentar y que en nuestro caso se encuentran entre las mayores de la eurozona. En lo democrático, porque el creciente vaciamiento de competencias prácticas del parlamento español y el recurso permanente al decreto-ley, la contradicción entre las promesas electorales y la subordinación a los dictados de la troika por parte de los partidos en el gobierno, junto a la percepción de la corrupción como un rasgo sistémico y no meramente superficial, están generando una pérdida de legitimidad de la democracia liberal representativa –y, con ella, de la centralidad de los partidos en general– a pasos acelerados. En el plano del garantismo jurídico, porque si bien desde hace tiempo –con la excusa del “terrorismo vasco”– se ha ido consolidando una legislación (leyes “antiterroristas”, Ley de Partidos) y una jurisdicción de excepción (la Audiencia Nacional) y, con ella, un derecho penal del enemigo, vemos ahora cómo se quiere extender este a diferentes formas de protesta y de desobediencia civil, siendo una de sus últimas expresiones la criminalización de los *escraches*.

En realidad, esa crisis afecta en mayor o menor grado a muchos estados del ámbito de la eurozona, especialmente de los países del Sur, en donde la *deudocracia* pretende imponerse por encima incluso de la opinión de los tribunales constitucionales respectivos. También en ellos estamos viendo otros rasgos comunes con el caso español, en particular la crisis de centralidad de los dos grandes partidos y el ascenso de otras opciones electorales –tanto por la izquierda como por la derecha y transversalmente– en medio de un clima general de rechazo a la política institucional y sistémica y de tendencia a extenderse la figura del/la “votante volátil”, más influenciable por divisorias a corto plazo, y/o del “indiferente” abstencionista. Una crisis que se ve acompañada por lo que fue su corolario bajo los Estados menguantes del bienestar, el neocorporativismo basado en la concertación entre sindicatos, patronal y gobierno: este es sustituido ahora por una política del “shock” que, además de seguir debilitando el poder estructural de la clase obrera, busca reducir al máximo el poder asociativo y de negociación de los sectores asalariados que, aun bajo su forma burocratizada y pactista, representan los sindicatos mayoritarios.

En resumen, en los países del sur de la eurozona estamos asistiendo a una transición histórica en la que se está poniendo en pie una nueva forma de “gobernanza” neoliberal que, aprovechando la crisis de los partidos políticos y la obligación del pago de la deuda, aspira a poner por encima de ellos unos órganos tecnocráticos supraestatales no electos que dicten los deberes a los respectivos gobiernos. Estos se limitarían a proceder a la mera ratificación formal de sus dictados en los parlamentos, buscando así asegurarse la legitimación procedimental necesaria de la ciudadanía (de la que quieren excluir a la población trabajadora inmigrante que no dé prueba de identificación con los “valores nacionales”) a favor de “las únicas políticas posibles”. No faltan, por cierto, ideólogos para ese discurso justificador de lo que podríamos considerar un nuevo tipo de “cesarismo”, como es el caso de Pierre Rosanvallon, lúcido en muchos de sus diagnósticos pero dispuesto a actualizar los consejos que ya hace tiempo daban Hayek o Buchanan (Noguera, 2012, pp. 121-128).

El gran problema que tiene este nuevo “modelo” es que está subordinado a una *deudocracia* y a unas políticas “austeritarias” de duración indefinida, al servicio de los acreedores y sin credibilidad alguna para mantener la ilusión entre los y las de abajo de que “la luz al final del túnel” está cerca. Con ese panorama, la legitimación de sus políticas incluso entre las capas medias puede llegar a ser cada vez más precaria, ya que ni siquiera se atisba el tan deseado “crecimiento”, como se reconoce ya desde el FMI y la Comisión Europea. Con unas élites solo preocupadas por salvar al sistema financiero, por un lado, y una desafección ciudadana creciente, por otro, la crisis institucional permanente y los riesgos de des-integración social y sistémica parecen ser los rasgos dominantes en los tiempos que corren. Las situaciones en las que

se encuentran Grecia e Italia (con el fracaso estrepitoso del intento de reelegir al “tecnócrata” Mario Monti, el ascenso del M5E y el retorno de Berlusconi al primer plano), por no hablar de lo que está ocurriendo en los países del Este europeo, amenazan con un estado de crisis permanente dentro al menos de la periferia de la eurozona. Una tendencia que, si bien puede favorecer el ascenso de fuerzas a la izquierda de un social-liberalismo en declive, también se convierte en caldo de cultivo para el ascenso de la extrema derecha y de nuevas formaciones de protesta “atrápalo-todo”.

Crisis del Estado autonómico, de la monarquía y del bipartidismo “imperfecto”

Lo específico en el caso español estaría en que a esos factores se suman los relacionados con pilares hasta ahora básicos para garantizar la estabilidad del régimen. Uno y fundamental es el que tiene que ver con la relación nacionalismo español-nacionalismos “periféricos”, agravada tanto por el fundamentalismo constitucional de los dos partidos de ámbito estatal y el Tribunal Constitucional como por los efectos de la crisis de la deuda y los agravios comparativos entre comunidades autónomas en torno al sistema de financiación autonómica. El otro es el relacionado con la monarquía, cuya impopularidad ya va más allá de las zonas vasca o catalana gracias a los escándalos de corrupción que afectan a la “Casa Real”.

La crisis del Estado autonómico supone una quiebra clave en el régimen vigente porque demuestra el fracaso de la apuesta que el nacionalismo español dominante hizo en la Transición. La convicción de que se podría imponer una concepción esencialista de España como única nación a cambio de un proceso de descentralización política y del reconocimiento de algunos “hechos diferenciales”, en el marco de la integración en una “Europa” idealizada como salvadora del “problema español” (viejo sueño de Ortega y Gasset, extensamente arraigado en sucesivas generaciones, por contraste con el falso “aislamiento” franquista), ha terminado viéndose desmentida por la Europa-pesadilla en la que ahora estamos y por el nuevo desafío soberanista catalán.

Por eso hoy vemos a un nacionalismo español más reactivo que nunca y sin proyecto frente a un independentismo catalán que, tras el fracaso del *Estatut* y frente a las obligaciones derivadas del déficit fiscal, amenaza con desbordar a *Convergència i Unió* mediante la reivindicación del derecho a decidir, ya sea por la vía legal o mediante la desobediencia civil pese a la negativa del estado español. Es aquí donde está más abiertamente en juego la legitimidad del régimen e incluso del Estado como tal, ya que se pone así en cuestión las fronteras territoriales en las que se asientan y el “demos” en el que se basan, después de haberse negado en distintas ocasiones a reconocer distintos “demoi” que pudieran pactar entre sí un nuevo tipo de relación, ya fuera federal o confederal, como ya vimos anteriormente con el rechazo al Plan Ibarretxe.

El problema está en que los efectos de la crisis de la deuda –y de los agravios comparativos que la acompañan también entre territorios– favorecen un discurso recentralizador del PP en el resto del estado que cuenta con el apoyo de una parte importante de la opinión pública española, mientras que en Catalunya ocurre lo contrario. Por eso no va a ser fácil convertir la confrontación que puede suponer la disposición a celebrar la consulta independentista frente al gobierno central en ventana de oportunidad para generar un movimiento de apoyo a escala estatal que no sólo apoye su derecho a decidir sino que también busque la confluencia en una lucha común contra el régimen.

En cuanto a lo relacionado con la monarquía, su función simbólica de legitimación del tránsito de la vieja legalidad franquista a la nueva legalidad de una “democracia de baja intensidad”, así como la de garante de la “unidad y permanencia” del Estado, parecían aseguradas tras la leyenda forjada en torno al golpe del 23F y la relativa estabilidad política vivida durante largo tiempo. Sin embargo, la irrupción del movimiento por la recuperación de la memoria histórica –y con ella del republicanismo– primero y, luego, la progresiva superación del tabú en los medios de comunicación sobre su comportamiento y los sucesivos casos de corrupción que acompañan a un monarca cuya persona es, según la Constitución, “inviolable” y “no sujeta a responsabilidad”, están haciendo caer en picado su presunta popularidad. Hasta en las elites dominantes aumenta la incertidumbre sobre cómo asegurar la continuidad de la monarquía, ya que con los escándalos de los que son protagonistas él y su familia en las portadas de los grandes medios de comunicación occidentales, ni siquiera su papel al servicio de la “marca España” parece hoy ser útil, más allá de sus inmejorables relaciones con regímenes despóticos como los del Golfo Árabe. La hipótesis de que, en un escenario de crisis de régimen, la polarización monarquía-república, planteada no solo desde la izquierda sino también desde algunos sectores de la derecha extrema, pasara a primer plano no es en absoluto descabellada.

Pero es que, además, la crisis que atraviesa a los dos grandes partidos de ámbito estatal también muestra síntomas de agravamiento difícilmente reversibles, como se puede comprobar en los últimos sondeos de 2013. El dato de que la suma de ambas fuerzas políticas vaya bajando del 47%, después de haber obtenido el 83,9 % en las elecciones generales de 2008, revela hasta qué punto se está acelerando la profundización de esa crisis como resultado combinado de los recortes sociales protagonizados por uno y otro partido, los escándalos de corrupción que les afectan y la percepción creciente del autismo que caracteriza a sus oligarquías partidarias.

Esto es más patente en el caso del partido que hoy gobierna, ya que la contradicción entre sus promesas electorales y las políticas que está adoptando parece estar provocando un desgaste progresivo en una parte creciente de sus votantes, especialmente cuando se producen ataques a derechos fundamenta-

“...no parece que las promesas de una reforma constitucional sean ya suficientes para contener la voluntad colectiva de avanzar en el proceso destituyente desde abajo...”

les como la sanidad y las pensiones o ante escándalos como el de las “preferentes”. Esta tendencia se refuerza ahora con el caso Bárcenas, ya que aparece como la prueba mayúscula de la prolongada financiación ilegal de este partido desde sus mismos orígenes en Alianza Popular, con unas secuelas cuyas consecuencias están todavía por ver³.

No obstante, como partido de gobierno y a pesar del liderazgo débil de Rajoy, no podemos menospreciar el margen de maniobra que todavía tiene, gracias a su mayoría absoluta en el parlamento y en un número importante de comunidades autónomas y ayuntamientos, al control de los grandes medios de “formación de masas” (como le gustaba denominarlos a Agustín García Calvo) estatales y privados y, sobre todo, a la hegemónica racionalidad neoliberal (Dardot y Laval, 2013) en la que se apoya. Esos recursos pueden ayudarle a desarrollar tácticas compensatorias de la ilegitimidad que encuentran sus políticas antisociales: bien sea argumentando la “inevitabilidad” de esas políticas (y echando la culpa a “Bruselas”, al BCE o a Merkel, como hace Rajoy cuando declara “*No podemos elegir (...), no tenemos libertad*”), desviando la atención del electorado mediante la inclusión en la agenda política de otras líneas de fractura, como el aborto, la batalla lingüística en Catalunya o la seguridad ciudadana y la xenofobia; o, simplemente, graduando y segmentando los ataques a los derechos sociales y servicios públicos con el fin de evitar la confluencia de las luchas y poder reprimir mejor las formas más transgresoras de desobediencia civil, como hemos visto con los escraches. Con todo, los sondeos siguen jugando en su contra y las elecciones europeas (pese a la previsible baja participación en un contexto de euroescepticismo ascendente) pueden ser una primera confirmación en las urnas del desgaste sufrido y, con ella, provocar la apertura de una crisis dentro del propio PP.

En cuanto al PSOE, el golpe de timón que dio Rodríguez Zapatero en mayo de 2010 fue una cruda manifestación de su rendición ante los dictados de “los mercados” y, con ella, el reconocimiento de la imposibilidad de hacer compatibles las políticas neoliberales con el mantenimiento de algunas de las conquistas sociales que, resultado de duras luchas, fueron legalizadas en el pasa-

³/ Un escándalo que, junto a los de la Casa Real, ha llevado a la Comisión Europea a elaborar un Informe Interno en el que reconoce que “*los españoles han perdido la confianza en la clase política*” y considera que “*la corrupción es otro lastre para la confianza de los inversores en España*”; no sorprende ya que hasta desde el Real Instituto Elcano se exprese el temor de que una “prima de riesgo política” en subida constante vaya pesando más que la prima de riesgo económica (“Alerta sobre la corrupción en España”, *El País*, 8/2/02013).

do. Desde entonces, a la crisis de proyecto se suman una crisis agónica de liderazgo (con un Rubalcaba enrocado), el escándalo de los ERE en Andalucía y una fractura nacional-territorial interna (sobre todo, con el PSC) que no le permiten capitalizar el desgaste del PP y pueden conducir a un nuevo retroceso en las próximas elecciones europeas.

¿Significa esto que este partido va a entrar en un proceso de “pasokización”? Es difícil predecirlo pero tanto la pérdida de credibilidad que está teniendo como alternancia en el gobierno –a lo que se suma el debilitamiento de su frente catalán– como el riesgo de que incluso un modesto giro a la izquierda beneficie más a Izquierda Unida (IU) –como parece estar ocurriendo en Andalucía–, unidos al retraso en superar al menos la crisis de liderazgo, apuntan en ese sentido, aunque probablemente no tan deprisa como en el caso griego.

Si a la crisis de ambos sumamos la de CiU, principal aliada cuando aquéllos no contaban con mayoría absoluta en el parlamento español, frustrada en su propuesta de pacto fiscal y en notable desgaste por sus recortes y sus escándalos de corrupción, las perspectivas se hacen más difíciles si cabe para garantizar la supervivencia del modelo partitocrático mantenido hasta ahora a escala estatal.

¿Refundación o ruptura(s)?

Las perspectivas que se abren son, por tanto, de agravación de la crisis de gobierno y de régimen y de eso parece ser consciente el bloque de poder dominante, dentro del cual se empiezan a observar iniciativas de cara incluso a una “refundación” o “segunda transición” que, aprovechando la sucesión de Juan Carlos I por Felipe, permitieran emprender una serie de reformas que ayudaran a bloquear el ascenso de fuerzas rupturistas no sólo en Catalunya y en Euskal Herria sino también a escala estatal. La principal dificultad con que chocan estos proyectos está en que, además de que tendrían que ser promovidos por la misma “clase política” ampliamente rechazada por la población⁴, no se observa ningún signo de freno a la tendencia a la profundización de la recesión económica, al aumento de la deuda pública y del desempleo. En esas condiciones, es previsible que prosiga la fuerte presión desde la troika y el gobierno alemán para exigir nuevas cesiones de soberanía por arriba para continuar

⁴ Eso mismo reconocía *El País* en su edición del 10 de febrero de 2013, al presentar su propuesta de decálogo bajo el título “*Cómo reconstruir el futuro*”, cuando expresaba su pesimismo ante la contradicción que supone que esa tarea reformista fuera asumida por unos líderes políticos con una creciente “*impopularidad y falta de credibilidad ante los ciudadanos*”; por eso expresaba también su temor de que, de no llevarse a cabo ese proceso, “*el régimen emanado de la Constitución de 1978 correrá innecesarios riesgos en el próximo futuro*”. Ese documento incluía un conjunto de reformas políticas y sociales, entre ellas: la financiación transparente de los partidos y de la Corona, listas abiertas y sistema electoral proporcional, un Estado federal y una reforma de la Constitución; se puede consultar el texto completo en http://elpais.com/elpais/2013/02/09/opinion/1360442309_070963.html

aplicando nuevos recortes –acompañados, en la medida que se pueda, por cierta dosificación en los ritmos para cumplir con el tope de déficit– que restringirán, más si cabe, la capacidad de las élites para legitimar esa nueva operación lampedusiana con alguna concesión en el plano social o autonómico.

Por eso, aun siendo conscientes de las limitaciones que encuentran todavía los bloques sociopolíticos alternativos en formación⁵ para frenar y contraatacar frente a este gobierno y al régimen, no parece que las promesas de una reforma constitucional sean ya suficientes para contener la voluntad colectiva de avanzar en el proceso destituyente desde abajo que a través de distintas formas de desobediencia civil se está poniendo en marcha. Ojalá en ese camino nos vayamos dotando de los poderes sociales y electorales (Pisarello, 2013) necesarios para abrir paso a verdaderos procesos constituyentes y de confluencia a escala nacional, estatal y del sur de Europa en la lucha común por la soberanía de los pueblos frente a la *deudocracia* y sus fieles servidores en las distintas naciones y estados.

25 de abril de 2013 (*aniversario de la Revolución de los Claveles y día en que el número de personas desempleadas en el Estado español supera los seis millones*)

Jaime Pastor es profesor de Ciencia Política en la UNED. Forma parte de la secretaría de redacción de *VIENTO SUR*.

Bibliografía citada

- Cabo, A. de (2012) “El fracaso del constitucionalismo social y la necesidad de un nuevo constitucionalismo”. En VV AA, *Por una Asamblea Constituyente*. Madrid: sequitur.
- Dardot, P. y Laval, Ch. (2013) *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.
- Miras, J. y Tafalla, J. (2013) “Una vez más, la izquierda como problema”. *Sinpermiso*, 24 de marzo. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/miras.pdf>
- Noguera, A. (2012) *Utopía y poder constituyente*. Madrid: sequitur.
- Olivas, A. (2012) “Justicia y crisis ¿Quiénes son los jueces?”. *VIENTO SUR*, 125, 87-95.
- Pisarello, G. (2013) “Reino de España: perspectivas de un proceso constituyente”. *Sinpermiso*, 17 de marzo. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5787>
- Sáez, R. (2010) “Los jueces y el aprendizaje de la impunidad”. *mientras tanto*, 114, 41-72.

⁵/ A propósito de esto convendría tener en cuenta algunas de las reflexiones que aportan Joaquín Miras y Joan Tafalla (2013), especialmente las relacionadas con su apelación a que “*no hay cambio real de sociedad sin cambio radical de cultura*” y a los riesgos de querer emprender procesos constituyentes sin los pueblos como protagonistas.



3. Crisis de régimen y procesos constituyentes

Sin manual, pero con pistas: algunas trazas comunes en los procesos constituyentes andinos (Venezuela, Bolivia, Ecuador)

Íñigo Errejón

Introducción: las razones del interés por los procesos políticos latinoamericanos

La crisis económica en España parece haber abierto un escenario que algunos caracterizan de “crisis de régimen”, en tanto crisis orgánica general de una configuración institucional, una articulación social, un modelo económico y un relato cohesionador y generador de consentimiento de los sectores subordinados del orden establecido. En un contexto de crecimiento de la desconfianza y el rechazo a las élites tradicionales y de empobrecimiento generalizado, el ciclo de protestas de la crisis en el sur de Europa ha supuesto una cierta apertura de discusiones que parecían sepultadas por dos décadas de sedimentación de la ofensiva liberal-conservadora como sentido común de época. Entre ellas figura en primer lugar la cuestión del poder político y el Estado, y en ella se inscribe la propuesta de activación de un proceso constituyente, que ha ido ganando espacio e influencia, quizás por su amplitud y la posibilidad de que se inscriban en ella distintos proyectos y concepciones del tipo de cambio político deseable y practicable.

La tímida pero incipiente discusión sobre un hipotético proceso constituyente se produce en un terreno cultural y teórico marcado por el repliegue de las ideas y los valores de la izquierda ante la embestida intelectual del neoliberalismo, así como por la ausencia de referencias de procesos de cambio político radical en Europa desde las experiencias del largo 1968, que son hoy ciertamente de escasa ayuda, y por la crisis de los espacios sociales y laborales, y

las identidades que en ellos nacieron, para funcionar como núcleos de un proceso constituyente.

Sin embargo, mientras esto sucede, Sudamérica se ha convertido desde hace casi una década en el principal y casi único espacio geopolítico de experimentación política en un sentido emancipador. Con diferentes intensidades, acentos y ritmos, la tendencia general del subcontinente está marcada por una orientación progresista posneoliberal, de recuperación de la soberanía nacional, de avance en la integración regional y de inclusión de los sectores subalternos expulsados a la invisibilidad durante la “década perdida” de los programas de ajuste estructural impuestos por el FMI y las oligarquías locales. En el área andina, tras procesos destituyentes de masas, fuerzas de ruptura heterogéneas llegaron a los Gobiernos nacionales de Venezuela (1998), Bolivia (2005) y Ecuador (2006) abriendo de inmediato procesos constituyentes dirigidos a renegociar el contrato social y transformar el Estado.

Ante el agotamiento político-institucional y la sensación de *impasse* en España y en Europa, el ejemplo de los procesos constituyentes latinoamericanos atrae cada vez más miradas en busca de referencias tangibles y asequibles que expliquen el paso de la protesta a la construcción de poder político. No obstante, este interés por las experiencias latinoamericanas no ha llevado aparejado por lo general un trabajo de análisis, interpretación y discusión de las mismas, por lo que las referencias simbólicas se mueven aún en un terreno superficial, poblado por no pocas mitificaciones, desconocimientos, o traslaciones históricas e ideológicas poco sustentadas.

Es una obviedad señalar que entre los casos latinoamericanos y el español hay más diferencias que equivalencias, cosa que, por otra parte y aunque se suele pasar por alto, también ocurre entre cada uno de aquellos y el resto de la región. Sin embargo esta constatación no debería bloquear un análisis crítico de los procesos latinoamericanos y sus trazas comunes que pueda contribuir con nuevos enfoques, más con sus preguntas que con sus respuestas, para la discusión doméstica.

En este artículo se examinan algunos de los componentes centrales de aquellas experiencias. Se escogen, por razones de coincidencia temporal, geográficas, de similitudes políticas y de ser experiencias actualmente en marcha, los casos de los procesos constituyentes andinos: venezolano, boliviano y ecuatoriano. Por “procesos constituyentes” se entienden, en términos políticos amplios, los periodos y dinámicas, aún abiertos, que van desde la crisis de los regímenes anteriores hasta los comienzos de la sedimentación de nuevos órdenes políticos/¹.

¹/ Se trabaja para ello compaginando las fuentes tanto del conocimiento teórico y la revisión bibliográfica como de la propia observación participante y discusión aplicada, en los tres procesos analizados, desde el año 2006.

Como es comprensible, el análisis conjunto de los tres casos impone una reducción de la intensidad para aumentar la extensión, prescindiendo de importantes complejidades, diferencias ideológicas y programáticas y especificidades históricas y culturales. El lector sabrá disculparlo teniendo presente que el objetivo es otro: encontrar elementos de un “mínimo común denominador” a la luz del cual se puedan discutir las necesidades y tareas del momento político en el estado español, desde ángulos nuevos o preocupaciones hasta ahora poco atendidas. El rol de los liderazgos, la cuestión electoral y su relación con la acumulación “social” de fuerzas, el paso de la protesta a la construcción de poder político dentro y fuera del estado o el papel de las narrativas nacionales en la articulación política son algunas de las cuestiones que emergen de este análisis.

Crisis de Estado

En los tres casos analizados la aplicación de los programas de ajuste estructural inspirados en el llamado Consenso de Washington agravaron incipientes crisis económicas y tuvieron dramáticas consecuencias sociales que terminaron por impactar en sistemas políticos democráticos sólo superficialmente insertados en la sociedad.

En medio de un escenario de aumento de la tensión y las demandas sociales, los estados se encontraron con una capacidad muy reducida para ofrecer respuestas o satisfacer algunas de las principales peticiones. Por un lado, las reformas económicas en favor de la inversión extranjera les habían privado de las ya escasas herramientas fiscales y políticas para la regulación social. Por otro lado, el consenso entre las élites, fortalecido por la incorporación de gran parte de las izquierdas nacidas en los años setenta y marcado por la primacía intelectual del paradigma “modernizador” del neoliberalismo, cerraba el espacio político-institucional a la expresión de las insatisfacciones en aumento, que quedaban relegadas a dolores transitorios o resquicios del pasado, quejas sin voz política que sin embargo se acumulaban y expandían horizontalmente por fuera del sistema político. Los programas neoliberales impactaron sobre estados históricamente débiles o incluso “aparentes” profundizando las fracturas principales en su interior, agravando su ya tradicional “atrofia hegemónica” (Zavaleta Mercado [1986] 2008).

Las crisis económicas y sociales, así, se convirtieron rápidamente en crisis de los sistemas de partidos: los actores políticos tradicionales no fueron capaces de canalizar y expresar el sentimiento difuso de descontento ni de responder a las peticiones que se les trasladaban. La corrupción de las élites se revelaba no como un vicio moral sino como un engrasante de los acuerdos que dotaban de equilibrio al sistema político, y se ensayaron las más diversas coaliciones en medio del creciente desprestigio de la política oficial. No obstante, la crisis no era solo de legitimidad: las coaliciones sociales que constituían

el régimen se resquebrajaban, los aparatos del estado quedaban “suelos” bajo una dinámica de patrimonialización por diferentes familias o grupos privados sin más programa compartido que el enriquecimiento acelerado, y la desestructuración social dinamitaba los canales, incluso los clientelares, que habían mantenido la paz social. Se producía así una verdadera crisis orgánica², leída en el momento a través de las metáforas del “desgobierno”, “podredumbre” o “crisis de la nación”.

La expansión horizontal del descontento, sin encontrar mediaciones principales en el sistema político –aunque sí locales, como sucedió en Bolivia en el nivel municipal, inaugurado precisamente para “descargar” presiones del nivel central y convertido después en plataforma de lanzamiento nacional para el Movimiento Al Socialismo– continuó durante largos años caracterizados por un ciclo intermitente de explosiones sociales destituyentes contra el empobrecimiento y la pérdida de crédito del régimen y sus élites. Las principales fueron: la revuelta conocida como “el Caracazo” en febrero de 1989 que impactó definitivamente en el “puntofijismo” y la aceptación social de sus partidos protagonistas (principalmente Acción Democrática) en Venezuela; los levantamientos indígenas pero también de los sectores populares y medios urbanos que en Ecuador destituyeron a tres presidentes en los años 1997, 2000-2001 y 2005 –por cierto esta última, la “revuelta de los forajidos”, de sorprendentes similitudes con el 15M–; las guerras del agua y el gas en septiembre de 2001 y octubre de 2003 en Bolivia³. En estas protestas se fraguaron redes de solidaridad y experiencias locales de poderes alternativos, con más intensidad allí donde las reformas estatales habían penetrado menos en el tejido comunitario preexistente: Bolivia fundamentalmente y en menor medida la sierra quechua ecuatoriana. No obstante, en ningún lugar estas experiencias fueron capaces de trascender la protesta destituyente o de impedir que el sistema procesase temporalmente las turbulencias con un recambio interno de élites.

Un patrón común de articulación de las irrupciones plebeyas

Las movilizaciones destituyentes consiguieron derrocar presidentes, forzar cambios de gabinetes y, en general, acelerar las crisis de régimen –gracias también, conviene no olvidarlo, a la descomposición parcial o disenso al interior de algunos aparatos centrales del Estado, como las fuerzas policiales y militares–. Contribuyeron además de forma decisiva a tensionar el escenario

²/ En el sentido de descomposición de un bloque histórico, tal como entiende y desglosa Portelli (1979) este concepto de Antonio Gramsci.

³/ Para el Caracazo venezolano ver Iturriza, 2007. Sobre la conflictividad y movimientos sociales en Ecuador ver: Ramírez, 2011; Mejía *et al.*, 2006. Sobre el llamado “ciclo rebelde” en Bolivia ver Kohl y Farthing, 2006; específicamente, sobre la “guerra del agua” ver Olivera, 2006; y sobre la “guerra del gas” Gómez, 2004.

político, erosionar las lealtades y confianzas tradicionales y fraguar una voluntad popular difusa y amplia de *cambio* en favor de los pobres y excluidos, vagamente definidos. Fueron así condiciones necesarias pero no suficientes para la transformación política.

Las tres experiencias comparten un patrón común de articulación política *populista*⁴ del descontento y de esta voluntad ambivalente, que marca definitivamente las construcciones de poder político derivadas, y en el que es por tanto crucial detenerse. En los tres casos la amplitud de la desafección política y la desconfianza en las élites tradicionales excedía con mucho la capacidad de los referentes tradicionales de la izquierda para expresarla y orientarla, tanto de sus organizaciones políticas como de las identidades clasistas en retroceso. En síntesis: el descontento con los que mandaban desbordaba cualquier pertenencia social o lealtad ideológica previa entre los que obedecían. Así que se produjo un *impasse* en el que la conciencia de la podredumbre del régimen no se traducían en una alternativa de poder, ni por la vía insurreccional ni por la participación electoral. Las fuerzas organizadas por la ruptura no eran capaces de llevar la iniciativa más allá de la protesta y las fuerzas continuistas se encontraban disgregadas, desmoralizadas y en repliegue.

En este período de indefinición emergieron o cobraron relevancia nacional liderazgos carismáticos apoyados en coaliciones sociales heterogéneas, que polarizaron el espacio político postulándose como la alternativa del *pueblo* sufriente frente a un sistema “corrupto e incapaz” y unas élites “egoístas y moribundas”. La importancia del rol catalizador del liderazgo está en una relación inversamente proporcional a la organicidad de las coaliciones que lo respaldaban y la “disponibilidad” de espacios sociales y discursos para la agregación comunitaria del descontento, teniendo seguramente en un extremo a Bolivia con la centralidad “nueva” del indigenismo/indianismo y en el otro a Ecuador con el triunfo de Correa en un medio del repliegue de la acción e identidades colectivas. Esta es una variable fundamental a tener en cuenta: la construcción de alternativas fue tanto más inorgánica y ambivalente, descansando en el rol central de un liderazgo carismático, cuanto menor era la densidad comunitaria del tejido social (sindical, vecinal-barrial, indígena) y cuanto mayor era el grado de descomposición institucional. La pulverización neoliberal de los lazos comunitarios fue un factor decisivo en el “politicismo” de las rearticulaciones antagonistas. Esto también afecta al grado de “radicalidad” de la ruptura política: a mayor derrumbe del sistema político y la institucionalidad heredada mayor profundidad de la *tábula rasa* aplicada después.

Gran parte de la legitimidad de los nuevos liderazgos radicaba en su condición de *outsiders*: un profesor universitario que dimitió de ministro de Eco-

⁴ Se usa el término aquí en un sentido analítico, totalmente diferente del uso mediático vulgar peyorativo; Para una profundización de esta conceptualización, ver Errejón, 2011.

nomía por negarse a pagar la deuda externa, un sindicalista cocalero despreciado por las élites blancas y un militar nacionalista con gran prestigio popular que ya había encabezado un levantamiento militar protagonizado por suboficiales jóvenes traumatizados por su utilización, tres años atrás, en la represión masiva contra el “Caracazo”. Todos ellos desplegaban un discurso “refundacionalista” que reunía todas las “dolencias sociales” y las articulaba contra el orden imperante y dentro de la principal narrativa de participación política de las masas en Latinoamérica: la nacional-popular, que resignifica en términos “plebeyos” el nacionalismo y postula a las mayorías empobrecidas como el núcleo de la nación llamado a ejercer la soberanía, mientras representa a las oligarquías locales como un cuerpo parasitario ajeno a la patria y aliado de intereses extranjeros⁵. En esta interpelación la resignificación de los símbolos históricos y próceres nacionales en sentido antioligárquico y antiimperialista –la postulación del gobierno boliviano actual como continuador de las luchas indígenas y anticoloniales, la incipiente reinterpretación del legado de Eloy Alfaro en Ecuador y, por supuesto, el “árbol de las tres ramas” venezolano, en referencia a Simón Rodríguez, Simón Bolívar, Ezequiel Zamora y, en menor medida, Francisco de Miranda– es una batalla clave para constituir un *pueblo* fuera del orden establecido, aludiendo a los anclajes identitarios nacionales más asentados. Su capacidad de integrar sectores tan diversos y relativamente amorfos o “inorgánicos” tiene que ver con su gestión de la ambivalencia de los referentes centrales de su discurso (Barros, 2006). No es extraño que *pueblo*, categoría indefinible estadística y sociológicamente, sea así el significante central que nombra y constituye una mayoría política que coincide “casi” con el espacio de la nación, siendo esta diferencia del “casi” la que dibuja la frontera de la dicotomización: la parte mayoritaria del país que sin embargo no tiene parte, el país real sin reflejo en el diminuto país oficial⁶. Es en el relleno o la significación particular de esta vacuidad universal donde se juega la hegemonía y su orientación.

Los nuevos liderazgos y sus discursos, entonces, ni expresaron fielmente, ni tampoco maquillaron o traicionaron ningún interés social preconstituido de los de abajo o una iniciativa revolucionaria ya en marcha. Por el contrario, la construyeron valiéndose de elementos culturales muy asentados en los sectores populares y la movilizaron contra las élites. La diferencia entre suma y articulación es aquí central: las fuerzas políticas nuevas, nacidas en la descomposición, no fueron el interfaz de una movilización popular con un programa

⁵ La mejor explicación e interpretación de esta tradición ideológica latinoamericana puede encontrarse en Laclau, 2005. Para una interpretación alternativa, ver Vilas, 1981.

⁶ El caso ecuatoriano, sin salirse de esta tendencia, merece un matiz particular, pues por la debilidad de la acción colectiva y por las características del discurso oficialista, el término *ciudadano* declina esa misma interpelación con un tono modernizador y jacobino, aunque con la misma operación de dicotomización nacional antioligárquica.

cerrado y límites definidos, sino el catalizador que seduce, incorpora y da forma a una nueva identidad política, hecha con retazos de diferentes relatos ideológicos disponibles y con un papel central del liderazgo como educador político en una relación poco mediada con los sectores populares de los que proviene su apoyo masivo.

Los procesos constituyentes: de las viejas tensiones hacia la transición estatal

No fue hasta que se agotaron –o se percibieron como definitivamente agotadas– las opciones institucionales dentro del régimen que tuvieron éxito las irrupciones plebeyas –a través de los procesos electorales–. Del otro lado, la propia irrupción es al mismo tiempo el resultado del fracaso de las vías armadas o insurreccionales y del poso que estas dejan: no consiguen conquistar el poder político pero producen la imagen de su fragilidad y generan una conmoción que reordena las posiciones y construye ya un referente simbólico frente al orden. En un cierto sentido se erigen en iconos de la posibilidad del cambio.

Después, la propia participación electoral fue generando la construcción de un polo *del pueblo* frente a los viejos partidos. No se trata de la expresión electoral de las fuerzas acumuladas y constituidas previamente “en lo social”, sino de la construcción social y cultural de un sujeto político en torno a la competición electoral que, por las particularidades de los sistemas presidencialistas, facilita la labor de icono y articulador del candidato y líder. La propia iniciativa electoral fue la que permitió una identificación nueva de los empobrecidos en un terreno marcado por la dislocación social e ideológica y la presencia de un gran descontento flotante y no anclado a relatos o pertenencias “fuertes” salvo quizás en Bolivia con lo indígena, aunque esta identidad está lejos de ser unívoca^{7/}.

La demanda constituyente, por su parte, tuvo mucho que ver en este impacto electoral y social del discurso “refundacionalista”: comenzó a generalizarse mucho antes de que existiese el bloque popular que le abriera las puertas jurídicas para su realización y la condujera para que no se cerrase en falso. Su éxito tiene que ver con su fácil encaje con la narrativa rupturista nacional-popular, pero también con su inmediata asociación con la democracia y la recuperación de la soberanía popular: se trataba de una salida más profunda que el mero recambio electoral de gobierno pero al mismo tiempo más imaginable como posible que la “revolución” como mito que arranca con la toma violenta del poder político. La idea constituyente se convirtió, durante años, en una palanca para la generación de mayorías por el cambio político, puesto que

^{7/} La congelación de lo indígena como una pertenencia necesaria, portadora de esencias comunitarias y de unas necesidades, aspiraciones e ideas de desarrollo “otras” es una fuente habitual de simplificación y confusión en los análisis de los procesos políticos andinos, en particular boliviano y, en menor medida, ecuatoriano. Para una visión constructivista de las identidades indígenas en Latinoamérica, ver Máz, 2004.

“La construcción de alternativas fue tanto más inorgánica y ambivalente, descansando en el rol central de un liderazgo carismático, cuanto menor era la densidad comunitaria del tejido social”

ofrecía un horizonte plausible –y percibido como legal y pacífico– para atraer a los muchos descontentos que aún desconfiaban de las alternativas. Su instalación en la agenda política tuvo en términos generales un efecto mítico fundamental: dio carta de naturaleza a la sensación creciente de que se había llegado al fin de una época y de que se tenía que reconstruir el país modificando la estructura del estado y haciendo frente a los problemas históricos. Esa idea-fuerza se convirtió en la piedra angular de una impugnación general al régimen, y precipitó la divisoria entre los partidarios del continuismo y el bloque en formación por el cambio, permiti-

tiendo a este último hegemonizar el referente universal relativamente vacío de la *democracia*.

Gracias en gran parte a concurrir con esta demanda como estandarte, los tres candidatos vencieron en elecciones presidenciales que habían conseguido convertir ya en un plebiscito en torno al cambio que encarnaban y la permanencia de lo viejo, facilitada por la agrupación de los anteriores rivales de los partidos tradicionales durante la fase terminal del régimen en la que la búsqueda de acuerdos para sostenerlo había desdibujado sus diferencias. Hugo Chávez enarbolaba la bandera del poder constituyente desde al menos 1996, como forma de “sacar al país de su crisis terminal” y el 2 de febrero, tras jurar su cargo “sobre esta moribunda constitución”, se traslada al Palacio de Miraflores y declara activado el poder constituyente para convocar de inmediato a un referéndum nacional; Evo Morales se hace con el triunfo electoral en diciembre de 2005 haciendo suyas las demandas de nacionalización de los recursos naturales, reforma agraria y asamblea constituyente, integrándolas en un proyecto de refundación y descolonización del estado boliviano; Rafael Correa, un año después, gana la presidencia gracias en parte a su audaz promesa de no presentar candidatos al Congreso “de la partidocracia” para disolverlo y convocar a una asamblea constituyente de inmediato. Los tres, abrieron el candado constitucional una vez conquistada la Presidencia del Gobierno y Jefatura del Estado, convocando a referéndum constitucional y después a elecciones para la Asamblea Constituyente. Pero, frente a todo inmovilismo o mecanicismo, en los tres casos la demanda constituyente fue un factor decisivo para alterar, previamente, las correlaciones de fuerza.

En tanto que aperturas democráticas radicales, convocatoria popular a acordar un nuevo contrato social, los procesos constituyentes se convirtieron en momentos de extrema aceleración política e intensificación de la discusión y las tensiones, máxime en la medida en que las fuerzas conservadoras retu-

vieron una representación suficiente como para vetar algunas de las propuestas más avanzadas y para obligar a una negociación permanente. Las líneas de fractura tradicionales que habían segmentado o marcado la naturaleza asimétrica de los Estados nacionales fueron convocadas al centro de la discusión pública para obtener un arreglo institucional más justo y acorde con la nueva correlación de fuerzas en el país.

En ese tránsito, las fuerzas conservadoras y sus núcleos de resistencia en el Estado trataron de ejercer un poder de veto que al menos en el caso boliviano estuvieron cerca de imponer. Se vivieron por tanto procesos constituyentes muy conflictivos y polarizados, en la medida en que no fueron tanto la expresión de un amplio consenso como del ascenso de un bloque histórico y el paso a la subalternidad política de los antiguos sectores dominantes. Esto explica la necesidad de la movilización popular para destrabar los diferentes procesos, pero también la pasión en el antagonismo y la implicación masiva en las discusiones constituyentes. La participación popular, multitudinaria en los tres casos por la ilusión colectiva —ciertamente mítica— que las convocatorias constituyentes despertaron como el momento de “cambiarlo todo” y “hacer justicia”, fue principalmente vehiculada por las candidaturas *oficialistas* que obtuvieron la mayoría, puesto que la derecha, aún en repliegue sobre sus viejas élites y partidos, acudió a las asambleas constituyentes con ánimo defensivo: a bloquear o limitar el avance plebeyo y su concreción en el nuevo texto, con el argumento ya clásico de evitar la polarización del país. Una parte sustancial de los asambleístas de las fuerzas ya en el gobierno asumieron, por convicción, por procedencia social o por haber sido incluidos en las listas como “independientes” representativos de grupos sociales específicos, ser canalizadores de las muchas peticiones personales o colectivas, comentarios y sugerencias de articulado que les llegaban por diversas vías: desde informales hasta formales, como los foros temáticos, las sesiones abiertas, las reuniones con organizaciones territoriales o sindicales, o las giras de las diversas comisiones por el país para recibir propuestas de sectores sociales y regiones específicas. Aunque las negociaciones con la oposición y con los propios poderes constituidos realizaron una labor de embudo, las tres constituciones no se entienden sin los nutrientes provenientes de esta ola de implicación popular directa.

La débil articulación regional en el estado, la relación de indígenas y negros con un estado colonial y monocultural, la enorme fractura social y la pobreza, los derechos sociales y la inclusión de los sectores expulsados a los márgenes de la ciudadanía, la soberanía económica y financiera y sobre los recursos energéticos, el rol del estado en el modelo económico y su relación con la propiedad privada, los nuevos derechos políticos que trascendiesen la mera participación electoral integrando las formas de organización política extrainstitucional, la relación con la naturaleza o los derechos de las mujeres

son algunas de las cuestiones principales que recorrieron los procesos constituyentes andinos. Las soluciones que encontraron, por lo general transitorias y abiertas, permitirían hablar de textos constitucionales de avanzada pero también marcados por su carácter transicional de apertura y puente para un nuevo tiempo político⁸. Las facilidades en los procedimientos populares de revocación de cargos y reforma constitucional tienen que ver no solo con una robusta voluntad democratizadora sino también con la conciencia de que el proceso de debate de la nueva constitución era más un arranque que un punto de llegada en la construcción de una nueva estatalidad bajo el impulso histórico de los sectores populares.

Las constituciones, así, se han convertido en ancla y referencia para la irreversibilidad del nuevo tiempo político, que no debe confundirse con su cierre: la situación, lejos de estar atada a un desarrollo prefijado, es muy dinámica y compleja, y admite cualquier evolución menos la mera restauración del orden anterior. Las derechas más inteligentes, de hecho, han sabido ya leer este cambio de época y se adaptan a competir en los nuevos escenarios institucionales y culturales, con las gramáticas, símbolos y valores que ayer eran de las fuerzas de ruptura y hoy marcan una nueva cultura política y horizonte de país, sustancialmente desplazado hacia la centralidad plebeya y de la cuestión de la inclusión y redistribución de la riqueza.

La aprobación de los nuevos textos constitucionales en referéndum popular, una novedad histórica para los tres procesos analizados, abrió una nueva fase política, caracterizada por el desplazamiento de la disputa al interior del estado. En primer lugar, los tres gobiernos debieron afrontar diversos contragolpes oligárquicos que buscaron la retirada de sus medidas más audaces, el bloqueo institucional o el derrocamiento presidencial. En segundo lugar, en los tres casos, aunque con orientaciones, sensibilidades y problemas muy diferentes, el desarrollo del nuevo contrato político y su concreción han abierto el campo de los problemas de la *transición*: el ejercicio del poder político conquistado para producir otra institucionalidad y otro modelo de Estado; otra economía; una hegemonía flexible y dinámica, capaz de integrar de forma duradera a los grupos aliados, a los escindidos y a los subordinados de la nueva conducción política; todo ello para producir las condiciones de su relativa irreversibilidad en un contexto de democracia y libertad política. Este es, sin embargo, otro ámbito de análisis, merecedor de mucho mayor estudio del que sorprendentemente recibe, en el que está casi todo por pensar y por hacer, y en el que rige plenamente, por toda brújula, la advertencia de Simón Rodríguez, mentor de Bolívar: “*O inventamos o erramos*”.

⁸/ Para esta interpretación sobre los diferentes casos venezolano, boliviano y ecuatoriano, ver: Viciano y Martínez, 2005; Martínez, 2008; y Noguera, 2008.

Íñigo Errejón es doctor e investigador en Ciencia Política en la UCM. Miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Bibliografía citada

- Barros, S. (2006) "Inclusión radical y conflicto en el Pueblo populista". *CONfines*, 2/3, 65-73.
- Errejón Galván, Í. (2011) "La construcción discursiva de identidades populares". *VIENTO SUR*, 114, 75-84. Disponible en: http://www.vientosur.info/articulosabiertos/VS114_Errejon_Politica.pdf
- García Linera, Á. (2006) "Crisis del Estado y Poder Popular". *New Left Review* (en castellano), 7, 66- 77.
- Gómez, L. (2004) *El Alto de pie. Una insurrección aymara en Bolivia*. La Paz: Preguntas urgentes.
- Iturriza López, R. (2007) *27 de febrero de 1989. Interpretaciones y estrategias*. Caracas: CELARG.
- Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books.
- Laclau, E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2006) "La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana". *Nueva Sociedad*, 205, 56-61.
- Máiz, R. (2004) "Yawar Mayu: La construcción política de identidades indígenas en América Latina". En S. Martí I Puig y J. M. Sanahuja (eds) *Emicidad, autonomía y gobernabilidad en América Latina* (pp. 325-366). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Martínez Dalmau, R. (2008) *El proceso constituyente boliviano (2006-2008) en el marco del nuevo constitucionalismo latinoamericano*. La Paz: Enlace/OXFAM.
- Mejía, A., Araujo, M. C., Pérez-Liñán, A. y Saiegh, S. (2006) *Veto Players, Fickle Institutions and Low-quality Policies: The Policymaking Process in Ecuador (1979-2005)*. Washington: BID.
- Noguera Fernández, A. (2009) "El constitucionalismo de los derechos: apuntes sobre la nueva Constitución ecuatoriana de 2008". *Revista Vasca de Administración Pública*, 83, 117-148.
- Olivera, Ó. (2006) "La Coordinadora del Agua y la insubordinación popular". En VV AA *Sujetas y formas de la transformación política en Bolivia* (pp. 77-86). La Paz: Tercera Piel.
- Portelli, H. (1979) *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ramírez Gallegos, F. (2010) "Fragmentación, reflujo y desconcierto. Movimientos sociales y cambio político en el Ecuador (2000-2010)". *OSAL*, 10 (28), 17-47.
- Viciano Pastor, R. y Martínez Dalmau, R. (2005) "El proceso constituyente venezolano en el marco del nuevo constitucionalismo latinoamericano". *Ágora-Revista de Ciencias Sociales*, 13, 55-68.
- Vilas, V. M. (1981) "El populismo como estrategia de acumulación: América Latina". *Críticas de la economía política*, 20/21, 95-147. México DF.
- Zavaleta Mercado, R. ([1986] 2008) *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz: Plural Editores.



4. Crisis de régimen y procesos constituyentes

Democracia y república. Apuntes para la nueva federación europea

Emmanuel Rodríguez López

El rapto de Europa es hoy el de su olvido. Origen y epicentro de la crisis financiera, espacio político natural para cualquier proyecto de cambio institucional, institución anómala, extraña y opaca, Europa es sin duda el problema. Ningún movimiento “nacional”, ninguna revolución provinciana podrá alcanzar siquiera la exaltación de una primavera si no se considera en su escala europea. La cuestión radica pues en encontrar la ecuación que sepa igualar “democracia y revolución” a “Europa y federación”.

La crisis europea no tiene solución

Desde que tras los primeros signos de recuperación se produjera el giro a la austeridad en 2009, el desarrollo de la crisis se ha desarrollado sobre una clave estrictamente política: la prioridad del rescate bancario antepuesto al bienestar y los derechos de las poblaciones. La opacidad y la naturalidad con la que se pretende hacer pasar la crisis no debería movernos de esta verdad: la crisis es sobre todo política. En este sentido, las preguntas que nos deberíamos plantear no son solo las de qué ha provocado la crisis, cuáles han sido los mecanismos y evoluciones concretas que explican este resultado, sino sobre todo las de ¿a quién se quiere hacer pagar la crisis? ¿Y quiénes son los responsables y beneficiarios de esta? La primera respuesta se comprende en tres líneas de transmisión de “costes”: 1) del sistema financiero (verdadero órgano vital de la crisis) a las poblaciones y los estados; 2) de los países del centro (especialmente Alemania) a la periferia europea; y 3) de las clases propietarias a los segmentos sociales más depauperados y precarizados.

De las tres, la principal y determinante es la primera. La crisis europea es primordialmente una crisis bancaria que se ha convertido en una crisis de deuda pública. Después de casi tres décadas de desregulación de los flujos de

capital, sofisticación de la ingeniería financiera y generosa permisividad al capital privado, los estados han pasado de ser los “gendarmes políticos de la generación de rentas” al “recurso de última instancia” para el negocio financiero. Es, así, tras el colapso de los mercados financieros cómo la deuda pública se ha convertido, primero, en valor refugio, frente al creciente colapso de los principales mercados financieros; y, después, en el nicho predilecto para el relanzamiento de las rentas financieras. El *tour de force* de este modelo consiste en que el endeudamiento público, empujado a partir de 2007-2008 por la contracción económica, pero sobre todo por las sucesivas rondas de rescate y salvamento financiero^{1/}, se ha convertido a su vez en el principal nicho de negocio de los capitales financieros en crisis, ávidos de obtener nuevas formas de renta financiera.

En términos mucho más clásicos deberíamos admitir que se trata de una simple *política de socialización de pérdidas*. Basta considerar el papel del Banco Central Europeo, clave de bóveda de la real *constituency* europea que ha resultado de Maastricht^{2/}. Desde 2008 este ha inyectado, mes a mes, una cifra que oscila entre los 600.000 (el PIB de Holanda) y los 350.000 millones de euros (el PIB de Grecia e Irlanda juntas) a las grandes agencias financieras europeas. Su objetivo: salvar su deficitaria liquidez, esto es, su insolvencia largamente conquistada en más de tres décadas de apuestas financieras sobre derivados de las burbujas financieras e inmobiliarias ahora quebradas.

Si se admite que la crisis económica es sobre todo una crisis bancaria, la segunda línea de transferencia de costes –de los países del centro a los de la periferia– aparece como una simple derivada de la primera. Sencillamente, los llamados países periféricos han acabado por cargar con los crecientes costes de endeudamiento necesarios para sufragar los delicados balances bancarios de las grandes entidades europeas.

El método que ha puesto en la picota a los PIIGS es conocido: rebajas crediticias de las agencias de *rating* que operan con los “seguros” de los mercados secundarios (los *credit default swaps* sobre los bonos de deuda); estas se expresan en subidas de la prima de riesgo; y a su vez en un encarecimiento de los intereses reales que pagan los estados. El “único” problema de este mecanismo de extorsión financiera radica en su debilidad como “programa” de rescate financiero a medio plazo. Sencillamente, la capacidad de pago de los esta-

^{1/} Los distintos programas de rescate financiero en la Unión Europea suman un total de cinco billones de dólares, o lo que es lo mismo más que la suma del PIB de Francia y Alemania juntas. De esta cantidad, a principios de 2013, se había comprometido ya cerca de un 30 %.

^{2/} Se trata del Tratado de la Unión Europea firmado en 1992 en la localidad de Maastricht. Este tratado reordenó el entramado institucional de la Comunidad Económica Europea, con sus instituciones características (Parlamento, Consejo, Comisión, Tribunales). Su principal función fue, sin embargo, establecer el “procedimiento” para la creación de una moneda única, por medio de tres criterios fundamentales: el control de la inflación, de los tipos de cambio y de la deuda pública. El Tratado estableció también la constitución de un Banco Central Europeo. Este último vio finalmente la luz en 1998 tras la firma del Tratado de Ámsterdam.

dos periféricos tiene un límite. Y la continua escalada de la actividad predatoria de los pequeños sobre los grandes (de Grecia o Portugal a España e Italia) tiende a alcanzar este límite a gran velocidad.

El problema es fácil de comprender. Basta reconocer que cuando en un determinado espacio económico se agotan las posibilidades de recuperación económicas a través del aumento de la demanda, ya sea externa –ahora bloqueada por la contracción mundial y la debilidad competitiva del continente– o interna –imposibilitada por la contracción económica interna y el fuerte endeudamiento de los agentes privados–, el único actor económico con capacidad de intervenir como dinamo es el sector público. En la medida, en que este es subordinado a los intereses de los acreedores, pierde no solo su autonomía sino toda capacidad de favorecer el crecimiento. Se trata del mismo tipo de aporías que el neoliberalismo impuso como receta al Sur global durante las década de 1980 y 1990.

A escala europea, y ya no nacional, asistimos, por lo tanto, al *big bang* de lo que en términos clásicos podríamos llamar las contradicciones del régimen económico. Se trata, en primer lugar, de un desajuste temporal entre los intereses inmediatos del capitalista colectivo y sus intereses a medio plazo. La crisis reside, en definitiva, en las causas que impiden dar una solución “técnica” a la crisis de la deuda soberana. Algo sin muchas complicaciones y que de forma alternativa o conjunta podría haber pasado por: a) la aceptación de un mayor nivel de inflación; b) la mutualización de las obligaciones públicas (los llamados eurobonos); c) la modificación del papel del Banco Central Europeo, esto es, su definitiva constitución como Banco Central y por lo tanto prestamista en última instancia; y d) la unión bancaria y fiscal, o lo que es lo mismo, la federación real de las economías europeas.

Si los obstáculos a estas soluciones técnicas siguen siendo tan grandes, se debe sencillamente a que el problema lejos de ser técnico es político. Cualquiera de estas “soluciones” implica: o bien la devaluación de los activos bancarios, o bien la distorsión del único negocio financiero viable, o bien la subordinación de sus gendarmes políticos, especialmente el gobierno alemán, a una federación económica y política europea que finalmente dome y limite el poder de los intereses financieros. Por eso la respuesta “inmediata” de los intereses “inmediatos” del capitalista colectivo europeo no puede y no va a dejar pasar ninguna solución “técnica” que vaya contra sus intereses.

Si se aceptan estas premisas, los posibles horizontes para la Unión Europea van desde las tonalidades sombrías de la implosión, hasta las más grisáceas de una larga atonía económica dentro una unidad política que se mantiene, pero sin evitar su decadencia. Sea cual sea la combinación de estos posibles horizontes, este vendrá marcado por modalidades duras de *gobierno de los acreedores*. Por eso mismo, el aventurismo armado del capital financiero, capitaneado por el gendarme alemán, no es en absoluto irracional o descabellado. Y por eso

en el *trade off* que se dirime entre un crecimiento económico, que solo puede ser renqueante, y las soluciones descarnadas, eficaces a corto plazo (aunque no a largo) del capital financiero europeo, no son pocas las opciones en favor de estas últimas. Hoy el capitalista europeo es una bestia herida, y sus reacciones pueden ser tan peligrosas y suicidas como la de aquella cuando se sabe en serio peligro.

Todo fuera de Europa, nada fuera de Europa

Las respuestas a este doble desplazamiento de los costes de la crisis de los agujeros bancarios a las poblaciones y de los países del centro a los periféricos ha tenido, como no podía ser de otra manera, su punto de condensación allí donde se cruzan ambos movimientos: las poblaciones de los países periféricos. El 15M, el movimiento de las plazas griego, el éxito del ambiguo *Movimiento 5 Stelle* o el menos ambiguo de Syriza son todos ellos las primeras declinaciones políticas provinciales de un movimiento que necesita ser europeo. La pregunta es propiamente la de cómo una virtual revolución, o al menos un cambio político radical, en los países del Sur se puede transmutar en revolución europea. Pregunta ambiciosa, y con repuestas demasiado inciertas, ya que es todavía el registro nacional lo que domina buena parte de las posiciones que quieren marcar el cambio de rumbo de la Unión Europea/3.

Por resumir mucho, cuando la izquierda contraataca sigue siendo keynesiana en términos económicos y soberanista en términos políticos. Por eso en tantas ocasiones ambos argumentos devienen uno solo. El núcleo de su razonamiento es sencillo; se trata de recuperar las competencias robadas, la soberanía secuestrada por los “mercados”, principalmente la política monetaria y los controles de capital, lo que implica restaurar a los estados nacionales si no todo, sí buena parte de su poder. En el centro del argumento se encuentra, como no podía ser de otra manera, la moneda única, el euro.

La unificación monetaria ha sido, ciertamente, la clave de bóveda de la arquitectura europea durante los últimos veinte años. Veinte, porque aun cuando la moneda única solo se hizo efectiva en 1999 y la circulación de los primeros billetes de euro esperó hasta 2001, los comienzos se remontan bastantes años atrás, al Tratado de Maastricht redactado en 1992. El Tratado ha sido

3/ Se trata de un viejo tic de la izquierda europea, anclada en los registros de la economía política keynesiana que reconoce en el estado el marco más propicio para la lucha de clases, las conquistas sociales y la regulación económica, además de ser el único sujeto “pensable” para el ejercicio de la soberanía política frente a los mercados. Sobra decir que estas posiciones solo pueden entender la Unión como una confederación de estados, que conservan lo sustancial de su soberanía económica y financiera. No obstante, es preciso reconocer que entre sus filas se encuentran algunos de los mejores analistas del momento como el francés Jacques Sapir o el griego Costas Lapavistas, ambos críticos con el mantenimiento de la moneda única. Defensores de posiciones parecidas, si bien no del todo decantadas son también los españoles Juan Torres, Vicens Navarro o Alberto Garzón. Al otro lado del Atlántico no muy distintos son tampoco los argumentos de nuevos y viejos keynesianos como Paul Krugman.

el principal instrumento de la élites europeas en el diseño de la nueva institucionalidad continental. Sus prescripciones fueron el medio por el cual las respectivas “burguesías nacionales” consiguieron el doble objetivo de controlar el gasto social –escalando el control del mismo a nivel europeo– y remozar la estructura económica de la Unión según los intereses del capital financiero. Las clausulas del Tratado eran, de por sí, toda una declaración de intenciones: control de la inflación por encima del crecimiento económico y sometimiento de la deuda pública a estrictos controles. Pero lo verdaderamente relevante residía en el modelo elegido para construir la unión monetaria.

La opción por una moneda única, frente por ejemplo a una moneda común, implicaba una liberalización financiera total/4, la creación de un verdadero mercado financiero europeo, un espacio completamente liso y sin trabas a los flujos de inversión. Las consecuencias pesan con gravedad en la actual crisis, por no decir que son su necesario armazón institucional. Pero aquí tampoco cabe la sorpresa: las dos grandes debilidades del proyecto fueron desde el principio diseñadas y previstas en sus efectos. De una parte, en ausencia de un presupuesto comunitario suficiente –que algunos cifran en torno al 15 % del PIB de la Unión, esto es, en torno al 40 o el 50% de los presupuestos públicos según países/5–, la moneda única solo podía jugar empujando la divergencia económica entre las distintas regiones del continente.

De otra parte, la renuncia a establecer un presupuesto federal suficiente se ha visto acompañada de un instrumento bancario diseñado también a la medida alemana. Tal y como se ha tratado de explicar, el Banco Central Europeo, creado en 1998 pero ya previsto en Maastricht, es un banco central solo en términos nominales. Concebido según una arquitectura puramente “monetarista”/6, el BCE es una institución de nuevo tipo. Su único mandato es el control de la inflación, que para el conjunto de la zona euro se recomienda por debajo del 3%. De este modo, el euro se ha convertido en una moneda legal para los estados integrados en la zona, pero al mismo tiempo, y como señalan sus críticos, en una “moneda externa” para cada país; y esto en la medida en que

4/ El economista francés Jacques Sapir defiende esta crítica de la unificación monetaria, a la que antepone la posibilidad de la construcción de una moneda común. Tal propuesta supone mantener o devolver a los respectivos países “su” moneda nacional, indexada a las demás por tipos de cambio regulados si bien flexibles según la coyuntura. Esta propuesta implicaría, desde luego, restaurar fuertes controles de capital. Su ventaja deriva de la desconfianza de Sapir hacia cualquier propuesta propiamente federal, que implicaría necesariamente una fuerte redistribución del PIB europeo a nivel territorial, esto es, la existencia de una unificación presupuestaria real. Véase Sapir, J. (2012) *Faut-il sortir de l'euro?*. París: Seuil.

5/ *Ibidem*.

6/ El monetarismo se ha considerado una escuela o tendencia económica derivada de la economía neoclásica, valga decir en términos modernos de la ortodoxia neoliberal. Su orientación, determinada casi pura y exclusivamente por el equilibrio de oferta y demanda monetarias, ha funcionado tanto como pantalla ideológica académica, como recetario para el gobierno macroeconómico sobre la desbocada espiral de salarios-precios de los años setenta. Su más conocidos y destacados teóricos fueron Irving Fisher y Milton Friedman.

no viene respaldada por el banco central. No en vano se ha insistido repetidas veces en que el euro es una moneda incompleta, en tanto carece de suficiente respaldo político⁷.

La cláusula que, por lo tanto, resulta determinante en la arquitectura económica –y por ende política– de la Unión se sigue del principio de independencia del BCE. En la medida en que la autoridad bancaria no está obligada a operar como prestamista en última instancia de los estados, estos se han visto forzados a recurrir a los mercados financieros, convertidos de hecho en la única fuente de financiación posible. El diseño de la moneda única y con ello del núcleo de la Unión es quizás el único experimento de gobierno supranacional orientado por criterios propiamente neoliberales, esto es, en beneficio del capital financiero.

Hasta aquí, la crítica a la moneda única podría inducirnos a pensar que la mejor solución es, efectivamente, la vuelta a las monedas nacionales, la recuperación de la “soberanía económica”. La cuestión radica en saber, por un lado, el grado de irreversibilidad económica, y por lo tanto política, que ha supuesto la Unión para los países miembros. Y por otro, y de un modo mucho más importante, lo que en términos de posibilidad de un horizonte democrático supondría la fragmentación política y económica del continente, lo que viene a ser inextricable con el reforzamiento de las fronteras y del Estado.

Respecto al primer asunto, es preciso reconocer que la Unión, y ya antes la Comunidad Europea, han provincializado tanto a cada una de las viejas potencias europeas, como al continente en su conjunto. Integrados en un único espacio financiero y arancelario, y sometidos como el resto del planeta a las presiones competitivas de la fragmentación y reorganización de las cadenas de valor a escala global, la bifurcación de las “especializaciones económicas” de los distintos países no ha hecho sino acentuarse en estas últimas décadas. Dicho de otro modo, el euro acelera, antes que palía, esta tendencia. Los motivos son aquí fundamentalmente tres. De una parte, el control de la inflación impuesto por los criterios de Maastricht y el BCE se ha convertido en una tarea prácticamente imposible. Para la mayor parte de los países periféricos los umbrales impuestos han sido muy inferiores a los de su “tasa estructural”, lo que traducido en términos económicos implica crecimientos económicos inferiores a su nivel potencial y por otro una tasa de inflación de todas formas superior en varios puntos a los de los países del centro. El resultado, para estos países, ha sido una notable pérdida de competitividad. De otra parte, la evolución de los tipos de cambio tampoco ha beneficiado a los estados periféricos. Derivada de la posición predominante del capital financiero europeo, la fuerte posición del euro en la primera década de este siglo que cabalgó desde un

⁷ Un desarrollo completo de este argumento y de la crisis de la zona euro, se puede encontrar en el libro del viejo regulacionista Michel Aglietta (2012) *Zone Euro. Éclatement ou fédération*, París: Michalon.

“La futura Europa tendría que considerarse a partir de la constitución de un poder federal que se constituye de ‘abajo a arriba’ y de un poder republicano que va de ‘abajo a abajo”

valor por debajo de la paridad con el dólar en 2001 hasta un cambio de 1,6 dólares por euro en 2008, ha implicado una pérdida aún mayor de competitividad para los países periféricos incorporados a la eurozona. Finalmente, la ausencia de un presupuesto federal, así como de políticas industriales y de investigación coordinadas, ha imposibilitado cualquier compensación de estos desequilibrios que no pase por vías financieras.

El resultado es la actual división del trabajo a escala continental, galvanizada entre dos polos económicos cada vez más diferenciados. A un lado, Alemania, seguida de los pequeños países

centrales como Austria y Finlandia, se ha convertido en la gran potencia exportadora de la Unión, su superávit comercial alcanzó en 2008 el 7 % de su PIB, obviamente la mayor parte de este excedente (hasta el 60 %) se producía en sus relaciones comerciales dentro la zona euro. Al otro lado, un amplio grupo de países (incluidos todos los PIIGS) han visto cómo se erosionaba su competitividad, deslizándose hacia una posición de ahorro neto negativo: en ese mismo año los déficit comerciales de España y Grecia se situaron en el entorno del 10 %. Entre medias, pero más bien del lado de estos últimos, la otra gran economía europea, Francia ha funcionado sin autonomía política y económica propiamente dichas.

Pero si la vuelta a las viejas economías nacionales parece del todo imposible sin un proceso de des-globalización, que además de los recomendables controles financieros, supondría el abandono de la moneda única, la recuperación de la soberanía monetaria y seguramente un segundo choque económico aún mayor que el que ha producido la crisis hasta ahora⁸, la vuelta al juego político de los Estados-nación puede resultar aún peor. La razón es también económica. Y aquí no se trata de que el control de las finanzas sea únicamente posible a escala continental, sino, sobre todo, que las políticas de reparto y redistribución que exige el programa de democratización no son viables a escala de un Estado. El pequeño olvido de muchos izquierdistas es que la financiarización no se reduce a un “circuito de economía ficticia” puramente especulativo, un discurso sobre el que han cerrado filas buena parte de la crí-

⁸/ La des-eurización implicaría como poco una rápida devaluación de las monedas nacionales (y con ella de todos los activos antes valorados en euros), problemas severos para la financiación de los Estados en los mercados financieros y seguramente una nueva ronda de “deflación” social, no muy distinta a la que ahora se impone con las políticas de austeridad. Para los defensores de la salida de la moneda única, estos problemas son en cualquier caso temporales. Y caso de producirse de forma coordinada, deberían paliarse los efectos más negativos. Véase para el caso griego, y en relación con una virtual salida coordinada, la propuesta del economista Costas Lapavistas *et al.* (2011) “Crisis en la zona Euro: perspectiva de un impago en la periferia y salida de la moneda única común”. *Revista de Economía Crítica*, 11, 131-171.

tica económica. Antes bien, la financiarización es hoy la forma de articular la ganancia capitalista y, por ende, el modo de gobierno de la riqueza social. La notable concentración de la gestión de estos activos en un puñado de agentes financieros es la mejor demostración del grado, de nuevo en viejos términos, de “socialización de la producción”. No se puede así olvidar que lo que ha entrado en crisis en 2007-2008 ha sido todo un modo de extracción de beneficio, de gobierno de la producción social; que la crisis económica es sobre todo y ante todo una crisis bancaria (nada más); y que lo que se juega en todo posible “asalto a los cielos” es el modo en el que se puede articular la “reapropiación” de la riqueza. Es en este sentido en el que pensar hoy la política posible, no puede pasar por la “revolución en único país”, sino propiamente por la fundación de una nueva República: Europa.

Pero ¿se puede atacar esta forma de gobierno económico a través de una revolución que solo puede ser “política”? ¿Puede un movimiento de democratización en un estado, España o Grecia o Cataluña, desplazar los ordenes institucionales de la Unión Europea? Obviamente sí, pero solo si no se comprende ni se conforma a esos límites territoriales. La respuesta pasa por considerar el movimiento constituyente como un movimiento propiamente europeo. La cuestión radica en identificar el acto político (la revolución) capaz de fundar el espacio político (Europa).

La apuesta por una Europa política, ciertamente la única viable, ha sido repetidamente desacreditada por la tozudez de los prejuicios y de las culturas nacionales. Ahora bien, conviene aquí ser claros. La *chance* de la revolución europea se juega hoy en la guerra económica que los países del centro, y especialmente Alemania, ha puesto en marcha contra la periferia europea. Los eslabones débiles son los países del Sur (Grecia, España, Italia, Portugal) sobre los que el expolio y el ataque a las poblaciones se ceba sin tregua. Es sin duda en estos donde las revoluciones, los procesos constituyentes locales, pueden llevar a la construcción de las primeras repúblicas europeas. Pero el éxito, en cualquier caso, solo puede pasar porque el contagio del centro. La victoria comenzará a ser posible cuando también en las plazas de Francia y Alemania suene la misma consigna que en Grecia y España: *People of Europe rise up!*⁹.

Que tal movimiento hacia el centro sea posible dependerá desde luego de que la brecha que hoy se ha abierto entre el Norte y el Sur se considere no sobre los términos de una inerradicable diferencia cultural entre “las dos hojas del continente” –lo que supondría asimilar la lengua natural con la que hoy se gobierna la crisis– qsi no como la línea de frente del capital financiero europeo. Dicho de otro modo, la brecha Norte-Sur puede servir como palanca para la articulación de la primera forma de alianza intereuropea, que necesariamen-

⁹/Observatorio Metropolitano de Madrid (2011) *Crisis y revolución en Europa. People of Europe Rise Up!*. Madrid: Traficantes de Sueños.

te tendrá que arrancar de los países meridionales. Pero en tanto palanca, el frente “meridional” solo puede ser una retórica táctica y temporal. La imposición de la constitución democrática de las nuevas repúblicas ibéricas, el triunfo de la Syriza griega, la nueva república italiana, o la articulación de un frente de oposición en el Parlamento europeo, solo podrán empujar la democratización del Norte, y por ende de la Unión, si estos se encuentran finalmente con su enemigo común: el capital financiero europeo y el anidamiento institucional de las élites continentales en ese artefacto político llamado Unión Europea. En este sentido, también para los movimientos, las diferencias geográficas son la pantalla a rebasar para imponer la revolución democrática. Sencillamente se trata de pensar y actuar en Europa como la unidad política y económica que ya es, antes que como la fragmentación de tradiciones y estados que imaginamos que es.

El federalismo como solución democrática a la crisis

Sobra decir que el federalismo europeo, con su probada y respetable paternidad francesa –recuérdense los nombres de Aristóteles Briand para los años veinte, Jean Monnet para los cincuenta y sesenta y Jacques Delors para los ochenta y noventa– es básicamente esto: el espejo de una confederación de Estados. Un modo, primero, de impedir la guerra en el continente, después, de favorecer el desarrollo económico y, por último, de constituir una unidad política a escala continental. Su fundamento en las instancias de la democracia representativa y en la realidad “natural” de los estados sigue impidiendo la posibilidad de pensar el territorio Europa como base de una nueva democracia. ¿Sirve pues de algo este federalismo descafeinado una vez estallada la guerra; una vez el capital financiero se enfrenta a las poblaciones y divide al continente entre el Norte y el Sur?

El principal escollo a la “República Social y Democrática Europea” reside en las fronteras, en las “culturas patrias”, en la idea de lo “francés” distinto de lo “alemán” o de lo “inglés”, idea tanto más absurda en sociedades metropolitanas, complejas y cada vez más mestizas. Y sin embargo, “idea” que sirve y ha servido para contener la crisis en sus recintos estatales bajo las viejas fórmulas de los “problemas nacionales”, aun cuando la conexión de tales problemas sea evidente, probada, inapelable. La primera tarea de demolición revolucionaria, una tarea que por cierto durará décadas, es pues esa misma idea que entiende Europa como una colección de pueblos y naciones distintas, y no como una intrincada malla de relaciones cuarteadas de modos mucho más complejos que los nacionales, para lo que basta remitir a los repetidos ejes de género, clase, raza y minorías de toda índole. Sobra decir también que el imperialismo europeo no ha cedido del todo, que la unificación continental no impidió la guerra extraeuropea librada por las viejas potencias en Argelia, “Indochina”, Argentina. Y hoy en Afganistán, Libia y la antigua África francesa. La decadente Europa sigue manteniendo sus áreas de influencia, sus servidumbres, sus estados vasallos que a su

alrededor trabajan para ella. Por eso Europa es mucho más que Europa. Y por eso también pensar Europa debe incluir al menos la cuenca del Mediterráneo.

Admitidas estas cuestiones elementales, el federalismo que aquí se propugna coincide con la forma de una radicalización democrática, y no de una unión de estados. Recordemos que democracia son ante todo dos cosas: derechos o libertad e igualdad o reparto. La libertad es imposible en desigualdad y viceversa. El equilibrio virtuoso del federalismo democrático reside así en su capacidad para garantizar un máximo de libertad y un máximo de “reparto”. Y por supuesto pensar en términos de “reparto” supone reconocer la riqueza allí donde esta se halla. Para el caso europeo, tal cosa implica abordar dos cuestiones. La primera apunta a la financiarización en tanto medio de extorsión y gobierno de la riqueza social. El análisis de la crisis remite, una y otra vez, al poder de las finanzas, al carácter forzado, arbitrario y político de la crisis de la deuda. La base para cualquier ensayo de democratización europea pasa así por atacar la riqueza financiera. Se trata de imponer controles, reformas fiscales y sistemas impositivos sobre la circulación y el beneficio financiero que doten de músculo económico al futuro presupuesto europeo, esto es, a la caja común de los derechos sociales del continente. Aquí es donde reside el hueso duro de la relación de fuerzas en la que se dirime el futuro de Europa, disyuntiva política que se podría nombrar con los términos de “oligarquía financiera o democracia”.

La segunda apunta a la división del trabajo a escala continental, lo que incluye también las áreas de “servidumbre” europeas, especialmente el Norte de África, la Europa Oriental no incorporada y Turquía. Aquí es preciso reconocer que la Unión Europea es principalmente un hecho económico, que el capitalismo europeo es básicamente uno, y no varios, y que por lo tanto la integración material avanza la integración política y cultural. Ahora bien, reconocer que la integración económica es un hecho, o en otras palabras, que no hay espacio, estado o región en Europa que pueda pretender nada siquiera cercano a la autosuficiencia económica no implica, obvio, que esta integración se haya realizado de una forma homogénea y equilibrada. Los análisis presentados aquí sobre la reciente articulación de la geografía económica europea son solo una de tantas demostraciones de este tipo de ordenamiento espacial, fundado en la desigualdad, las especializaciones territoriales, la concentración de las funciones de mando en núcleos específicos. La crisis europea, tal y como se ha visto, refuerza y redobla este juego de desigualdades tanto como dispositivo de extracción de beneficio que en tanto método de gobierno. Y es aquí, donde el proyecto federal se la juega: este debe proveer los mecanismos redistributivos y de reequilibrio a nivel territorial, compensar y recomponer las desigualdades creadas por los diferenciales históricos de poder, destruir las formas de concentración del mando territorial.

A partir de estas dos cuestiones, se pueden ya concretar algunas de las prevenciones y consideraciones sobre las que necesariamente deberá arrancar el proyecto para una nueva federación europea. En términos institucionales, se

podría decir, que la apuesta por la democratización de la Unión, debería fundarse en un doble movimiento de “centralización” y “descentralización”; o por ser más precisos, la futura Europa tendría que considerarse a partir de la constitución de un poder federal que se constituye de “abajo a arriba” y de un poder republicano que va de “abajo a abajo”.

El primer movimiento apunta efectivamente hacia arriba, hacia la forma de gobierno de la Unión. Y aquí nunca se será lo suficientemente áspero a la hora de rechazar las soluciones presidencialistas y parlamentaristas. En este terreno, quizás el cimiento y fundamento último de la Unión deba quedar referido a un acto de decisión, un proceso constituyente que resulte de la discusión y decisión directa de las poblaciones europeas. Tal acto es ya de por sí una obra revolucionaria, en las antípodas de las “cartas otorgadas” que hasta ahora se han hecho pasar como fundamentos constitucionales de la Unión —sea la fallida Constitución, sean los Tratados de Maastricht, Lisboa, etc.

Esta labor constituyente tendría que concentrarse en dos ámbitos: la forma del estado federal y los derechos y garantías de los europeos. En lo que se refiere al primer aspecto, el objetivo no puede ser otro que garantizar el máximo de democracia de las nuevas instituciones. En primer lugar en lo que se refiere a la Constitución, sometida siempre a la posibilidad de ser modificada, radicalmente reformada por la iniciativa social, por un poder constituyente nunca cancelado. Pero es sin duda el segundo aspecto, el apartado de derechos, el que resulta crucial. Este, además de ser lo más amplio posible en materia civil, política, social y económica, tendrá que ser efectivamente dotado de los medios efectivos para asegurar tales derechos. Dicho de otro modo, la Constitución no es solo el mecanismo de garantía de los derechos, sino también el vehículo de reparto de la riqueza a nivel continental, a partir de la inversión de las dos condiciones dadas: la financiarización y las desigualdades espaciales.

Como se puede inferir ya, lo que aquí se propone es un *gobierno de la Constitución*. Este gobierno será tanto más democrático en la medida en que quede reducido a una serie de mecanismos automáticos de distribución de la riqueza, esto es, de compensación de las desigualdades sociales y territoriales sobre las que se impone y se sostiene el capitalismo financiero, por no decir el capitalismo a secas. Tal gobierno de la Constitución supondría una sustancial *disolución del poder ejecutivo*, que pasaría a manos de las unidades administrativas más pequeñas. Lo que aquí se pretende se asemejaría a aquel mecanismo administrativo que para Engels y luego Lenin, estaría hecho de simples reglas y automatismos.

El segundo movimiento que propugna el nuevo federalismo europeo opera de “abajo a abajo”. Su principio es el de “separar en el poder todo lo que sea separable”. Se trata de descomponer la administración de los bienes y del poder del estado hasta el nivel de aquellas unidades mínimas en las que el gobierno directo de las poblaciones resulta posible. Este movimiento debería confirmarse en el proceso revolucionario y constituyente de las entidades o repúblicas fede-

radas en la nueva Unión, esto es, a partir de las victorias de los movimientos constituyentes en cada una de las provincias europeas: Grecia, España. Italia. Pero ¿cuál es aquí la base y el fundamento de tales repúblicas?, ¿solo el territorio? Sin duda, la administración y el gobierno directo, cuando se quiere como un derecho universal a la asamblea y a los servicios, tiene que tener algún tipo de referencia espacial. Ésta podría recogerse en tres o cuatro niveles: los municipios, las regiones y nacionalidades, los viejos Estados para alcanzar luego a la Unión. Sin duda la democracia puede aquí cumplir un papel de restauración cívica y social, de reconstrucción del vínculo por medio de la vía más directa y concreta: la política. Pero ¿por qué no añadir entonces una nuevo nivel transversal a las escalas territoriales, una nueva colección de repúblicas fundadas en agregaciones que resulten inmediatas y “naturales” para los ciudadanos, que estimulen un nuevo sentido cívico que seguramente acabará por reforzar el interés por lo común? Repúblicas ciudadanas basadas en agregaciones voluntarias y/o formas de vida común deberían también tener su lugar en la nueva Confederación Europea al lado de las clásicas repúblicas territoriales como la francesa o la española; o las nuevas regionales como la valona, la catalana, la bretona o la napolitana; o las repúblicas metropolitanas de Madrid, Barcelona o Milán.

Con este movimiento se trata de extender el principio de la autodeterminación política hasta el límite en el que se rompe todo vínculo o sustancia trascendente (llámese pueblo, nación o estado) y que reside en la agregación “voluntaria” e “inmediata” fundada en las relaciones inmanentes que se producen en la sociedad. Es previsible, desde luego, que este régimen móvil de repúblicas ciudadanas entrañe conflictos, posibilidades de segregación, que terminen en situaciones de privilegio. Por eso la apelación a la Constitución, a sus principios, deberá ser tan rápida como efectiva, a fin de garantizar la igualdad sustancial de todos los miembros de la Confederación.

En definitiva, Constitución y descomposición del poder. Como se ve, las clásicas instituciones del Parlamento, los partidos, y todas las instancias de representación deberían jugar aquí un papel reducido, mínimo.

República, democracia, federalismo palabras viejas tanto para un ciclo de luchas como para un nuevo proyecto de revolución política e institucional.

[Este texto es un resumen y una colección de extractos del libro Hipótesis Democracia. Por una revolución democrática (en quince tesis), Madrid: Traficantes de Sueños, 2013. Este trabajo ha sido desarrollado de la mano del Observatorio Metropolitano de Madrid y en el marco de discusión de la Fundación de los Comunes]

Emmanuel Rodríguez López (Observatorio Metropolitano de Madrid) es autor del libro: *Hipótesis Democracia. Quince tesis para la revolución anunciada.*



5. Crisis de régimen y procesos constituyentes

Impulsar el proceso constituyente, construir un instrumento político para “los de abajo”

José Antonio Errejón

Las líneas de fractura que agudizan la crisis de legitimidad del régimen son el tema de la deuda y el derecho a decidir, pero también el fracaso de la política de vivienda desarrollada con escasas diferencias por el PSOE y el PP¹.

La crisis del régimen es la crisis de las instituciones y mecanismos que aseguraban la adhesión de las capas subalternas a la hegemonía del bloque dominante y tiene como indicador más relevante el carácter disfuncional que, cada vez más, tienen los derechos y prestaciones sociales (convenios colectivos, pensiones, salud, vivienda, educación, etc) que constituían el núcleo social de la Constitución para el funcionamiento de la dominación capitalista. La crisis del régimen es el fin del “Estado de Bienestar a la española”.

No se puede constatar la crisis del régimen y no sacar consecuencias en términos de posiciones políticas. Eso se lo puede permitir un “movimiento” pero no nosotros. Si no lo hacemos, ¿en qué nos diferenciaremos de IU, que pretende ocupar la vacante parcial de la crisis del PSOE?

Nuestra *chance* está precisamente en la consigna “romper con el régimen” y eso es ya parte del proceso constituyente. Romper con el régimen afirmando los derechos que ahora nos niega, para situarnos en una perspectiva anticapitalista. Un bloque histórico –no “sociopolítico”– un proyecto de reconstrucción social con nuevas reglas, un proyecto de nueva convivencialidad, una nueva geografía de lo social, un sentido distinto de la economía orientada a la producción para las necesidades

¹/ Con vistas a reanimar el mercado inmobiliario, el gobierno del PP promueve lo que no se atrevió a hacer el del PSOE, impulsar una cierta política de alquiler.

El contenido social de la crisis del régimen

Hay que definir el contenido social, material, del proceso constituyente. La PAH lo está haciendo, contribuyendo a quebrar los lazos que ataban a los de abajo con el régimen a través de la propiedad de la vivienda. Esa quiebra es un hecho trascendental; miles de familias están despertando de una forma brutal del sueño en el que se veían parte de una “nación de propietarios”, con cuya condición se justificaban y aceptaban todas las privaciones materiales que de hecho la gente trabajadora viene soportando desde hace tiempo.

La propiedad de la vivienda, ese objetivo histórico que suponía el cumplimiento del sueño de redención de la condición proletaria, es arrancada de pronto por quien de verdad era su auténtico dueño: el capital financiero quien, a punto de hundirse, moviliza todo el poder del estado (policías, jueces) para consumir este despojo. Se trata de un fenómeno tan relevante que el gobierno no ha dudado en acelerar una política de vivienda que, orientada a reactivar el negocio inmobiliario (el único motor económico que el capitalismo español es capaz de concebir), es presentada ahora como un cambio en el régimen de acceso (¡a buenas horas mangas verdes!) a favor del alquiler, descubierto como la prueba de la europeidad con tal de distraer la atención de la gente del despojo histórico del que está siendo víctima.

Quiebras similares pueden producirse con ocasión del aumento del recibo de la luz, del agua, con el hundimiento del sistema público de sanidad o de enseñanza, porque es claro que su sostenimiento por las finanzas publicas es incompatible con las reglas de austeridad que no van a dejar de aplicarse en esta parte de Europa, pasando por encima, si es necesario, de venerables instituciones del Estado constitucional y de Derecho, como el Tribunal Constitucional portugués. Y en todos estos campos puede producirse, se está produciendo ya de hecho, un despojo tan violento como en vivienda.

Nuevas y más duras medidas de ajuste se anuncian para su aprobación inmediata, entre la que destaca una nueva vuelta de tuerca a la reforma laboral abaratando el despido improcedente, la reducción de los artículos con IVA reducido y otra vuelta de tuerca a las pensiones desvinculando su revalorización del incremento del coste de la vida.

Operaciones políticas al interior del régimen

El disgusto de Rajoy es para la galería, para poder seguir sosteniendo que no hace la política que le gustaría sino la que “tiene que hacer”. Su gobierno y el partido que le sostiene han demostrado con creces la más absoluta insensibilidad para con los sufrimientos de la gente trabajadora y su odio de clase ante las protestas de quienes están siendo despojados de sus condiciones básicas de existencia.

De parte del PSOE en vano se esperará alguna reacción para siquiera tratar de amortiguar esta nueva ofensiva contra los de abajo. Con su ya mencionada

pirueta de reforma constitucional y con la legitimidad “de izquierda” por las medidas expropiatorias en viviendas amenazadas de desahucio en Andalucía, su dirección estima que puede aguantar a la espera de mejorar su relación electoral de fuerzas con el PP con el que, en todo caso, no tendrá inconveniente alguno en discutir su descafeinada propuesta de reforma electoral, obteniendo así algo más de presencia mediática.

Las apariciones de Felipe González, sea apoyando al candidato de la derecha en Venezuela/2, sea manifestando su preocupación por los escraches, sitúan con bastante precisión el papel de este partido del que, no se puede olvidar, sigue siendo su principal referente histórico. La contribución de este partido es fundamental para la salvación del régimen del 78 del que ha sido la espina dorsal y con el que está indisolublemente unido.

Es preciso tener esto claro incluso cuando desde posiciones habitualmente lúcidas en mostrar la crisis del régimen/3, se postula su refundación. No hay refundación posible del régimen sino es en una clave acentuadamente posdemocrática y autoritaria por dos razones principales.

La primera es que, al contrario que en 1978, no hay una fuerza de las clases subalternas que le confiera la legitimidad de que aquel dispuso. Los sindicatos llamados mayoritarios de hoy ni por asomo tienen (para mal y para bien) el caudal de respeto y confianza entre los trabajadores que tenía el movimiento obrero de la época.

La segunda es que el “referente Europa” que, para una gran mayoría de la gente de izquierda de la época jugó como sinónimo de libertad y democracia, y con cuya referencia se legitimó el régimen desde antes de su nacimiento, opera hoy en sentido contrario para la mayoría de la población, incluyendo una parte considerable del pequeño y mediano empresariado que ya se ha desengañado de Europa como el vivero de los negocios.

Como venimos diciendo desde hace algún tiempo, frente a la instauración *de facto* de un régimen político posdemocrático al que se orientan los sectores hegemónicos de la burguesía española, solo existe la alternativa histórica, la de un proceso constituyente de un marco democrático de convivencia en el que puedan encontrar solución alguno de los graves problemas ecológicos, energéticos, sociales y económicos.

El contenido del proceso constituyente y las tareas de los anticapitalistas

El contenido del proceso constituyente es un cambio sustancial en la relación histórica de fuerzas entre los grupos dominantes y los subalternos, solo fugaz-

2/ y promoviendo la carta de los expresidentes latinoamericanos expresando su preocupación por la transparencia en las elecciones del 14 de abril.

3/ Ver artículo de Josep Ramoneda en *El País*, 11/04/13.

mente alterada en 1936 y en 1976. Es ese cambio el contenido esencial de un proceso histórico que se abre con la ruptura del consenso constitucional. Su condición esencial es la construcción de un entramado de instituciones alternativas en la lucha contra los recortes y los desahucios, por el impago de la deuda y por los derechos sociales plenos.

No basta con la resistencia, es preciso dotarse de contenidos propositivos para la solución de los problemas de la gente. La solución de los problemas del paro, de la vivienda, de la energía, del transporte, del medio ambiente, etc., deben y pueden tener un enfoque y un contenido constituyente, ofrecerlo a la gente que lucha.

En una situación tan dinámica como la presente es absurdo empeñarse en separar las tareas de fortalecimiento de los movimientos de impugnación del régimen de las de “la construcción del partido”. La crisis política nos ha cogido con esta dotación de fuerzas y el instrumento político necesario para el proceso constituyente solo podrá formarse en las propias luchas que lo precipitan y llevan en su seno. La tarea de los y las militantes anticapitalistas debería ser aportar nuestra visión general de la crisis y su salida desde dentro de los movimientos.

La crisis del régimen, ya se ha dicho anteriormente, es en muy buena medida la crisis de los sindicatos y los partidos de izquierda que han sostenido y legitimado el diálogo social, el desarrollo de un capitalismo que se pretendía del bienestar y que ha abocado al país a un empobrecimiento generalizado. Pero son estos partidos y sindicatos los que tenemos y no parece que los que militamos fuera de ellos hayamos sido excesivamente eficaces en la tarea de construir otros. De hecho, nos sumamos a sus convocatorias (otros no lo hacen pensando que están construyendo alternativas) con una voluntad crítica pero nuestra audiencia es limitada.

La izquierda situada dentro del régimen pierde toda posibilidad de alterar el rumbo de los acontecimientos a favor de la gente de abajo, atada como está por su responsabilidad en la modificación del art. 135 de la Constitución y en su apoyo al Pacto Fiscal. La direcciones sindicales que con la formación de la Cumbre social parecían querer configurar un bloque social en torno la defensa de los valores democráticos y sociales de la Constitución, en la defensa del “Estado social y democrático de Derecho” han comprobado cómo estos valores se han visto reducidos a una mera función ornamental, mientras que se robustecen en forma preeminente los que tienen que ver con la defensa de la propiedad privada, el poder de los empresarios y el mercado como el vínculo esencial de las relaciones sociales. Todo ello en la dirección inequívoca de un estado liberal autoritario y al amparo de un marco europeo que otorga prevalencia indiscutida a los derechos del capital sobre los del trabajo.

La necesidad de un instrumento político para los de abajo se revela ahora urgente. La crisis del PSOE no está siendo acompañada por la emer-

“El contenido del proceso constituyente es un cambio sustancial en la relación histórica de fuerzas entre los grupos dominantes y los subalternos”

gencia, con claridad, de una posición de izquierda que consiga referenciar la multiplicidad de las demandas sociales y ciudadanas planteadas. De no producirse esta emergencia, no podrá descartarse que un PSOE mínimamente renovado pudiera volver a encontrarse en la situación de la única opción viable para “enfrentarse” a la derecha, a una derecha cada vez más decidida a infringir una derrota histórica a la población trabajadora, similar por su alcance y pretensiones a la de 1939.

No cabe descartar la posibilidad de que el PSOE “tome oxígeno” como ya parece estar ocurriendo con su propuesta de reforma constitucional para la que parece estar contando con la tambaleante CiU a cambio de incluir la financiación autonómica y un cierto “hecho diferencial” en el Título VIII reformado. Con ello, aparte de reaparecer en la escena con un discurso propio y no a la contra de lo que hace el gobierno, encontraría materia con la que sentarse a la mesa y tener algo que negociar con el PP a cambio de asegurarle a este su neutralidad ante las medidas adicionales de austeridad que exige Bruselas/Berlín. No hay que decir, además, que para esta empresa no le sería difícil contar con las direcciones de CC OO y UGT que buscan desesperadamente cualquier resquicio para volver a ocupar un sitio institucional, por recortado que sea.

Si así ocurriera se habría vuelto a dar un cheque en blanco a una fuerza política asociada a una etapa del desarrollo capitalista definitivamente superada que ha demostrado su incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos a favor de la gente trabajadora a la que el capitalismo español está ya despidiendo y agradeciendo los servicios prestados en estos 35 años de “modernización” y democracia vigilada.

“Tirar con lo puesto”

Es difícil que lo que la izquierda anticapitalista no hemos hecho en tantos años, construir un instrumento político que disputara a la izquierda del régimen el apoyo de la gente trabajadora orientándolo a la conquista de más y mejores derechos y en una perspectiva anticapitalista, lo vayamos a conseguir con tanta premura, por mucho que confiemos en que “la necesidad agudiza el ingenio”.

De modo que tendremos que “tirar con lo puesto” como de hecho hacemos todos los días acudiendo a las convocatorias de los sindicatos del régimen del 78, engrosando y animando sus piquetes cada vez más mortecinos, impulsando las luchas por la sanidad y la enseñanza pública, defendiendo la titularidad pública del CYII que ellos son incapaces de defender, etc.

Tenemos un factor a nuestro favor que no habíamos conocido en otras ocasiones, un sector muy importante de la sociedad civil en trance de movilización permanente, responsable en buena medida de la agudización de la crisis del régimen del 78 y del partido que lo ha vertebrado durante decenios, el PSOE. Desde el 15 de mayo del 2011 la sociedad española parece haber recobrado la pasión ciudadana por la política, parece haber superado ese estado letárgico al amparo del cual se han cometido los atropellos sociales y ambientales en estos últimos lustros. Los actores políticos y sindicales no pueden desconocer tan sustancial cambio en la sociedad, de hecho ya lo registran pretendiendo aprovecharlo en favor de la recuperación de sus posiciones perdidas. Labor de la gente anticapitalista es que esta inmensa energía social y ciudadana no sea secuestrada e instrumentalizada por las instituciones del régimen para su prolongación.

La oligarquía está diciendo adiós al régimen y a aquellas de sus instituciones que cumplían funciones de paz social. Simplemente por ese hecho el régimen del 78 ha mutado en forma sustancial y aquellas fuerzas que se afanan en recuperar esas funciones y el papel que desempeñaban están condenadas al fracaso si no consiguen convencer a la derecha y al capital financiero de la utilidad de su contribución. La posición *gatopardiana* de *El País*, el PSOE/4 y los medios progresistas, intentando convencer al PP de la necesidad de contar con ellos para salvar a las instituciones del régimen y ofreciéndose como mediador para tan alta misión, se orienta en tal sentido.

La gente trabajadora necesita otras instituciones que oponer a las que ya está levantando el gobierno de los banqueros. Pero no se pueden construir solo desde fuera. El control de una parte de los aparatos del estado es indispensable para complementar la acción creadora de la sociedad civil. Un gobierno de ruptura democrática es un objetivo que, de un lado, eleva el punto de mira de las movilizaciones para transformar la energía social en medidas ordenadoras de la convivencia (en pugna, claro está, con los poderes fácticos dominantes) y, de otro, compromete a los partidos de izquierda en una acción de ruptura con el consenso constitucional que les ata a la gestión antisocial y antidemocrática del sistema

Algunos dicen que “la crisis del régimen no está madura”, que “hay que proceder a una acumulación de fuerzas”. No han advertido el cambio de época en el que estamos. La derecha ha acometido un proceso de desorganización del Estado democrático y social caracterizado, entre otros rasgos, por el paso de la responsabilidad colectiva a la individual, de la financiación del gasto público por tributos al crédito y por la idea de que toda intervención del estado en un área potencialmente rentable es ilegítima y, en fin, por la primacía de la lógica del mercado para la ordenación de las relaciones sociales.

4/ Por ejemplo. la petición de Pere Navarro a Felipe Borbón para que dirija una “2ª transición”.

Una amplia y sostenida movilización democrática

Hemos constatado, de un lado, la ausencia de un instrumento político adecuado a la naturaleza y alcance de las tareas a desarrollar en esta empresa constituyente; y, de otro, la existencia de un amplio movimiento democrático responsable de la agudización de la crisis del régimen pero que no es capaz, por el momento, de dotarse de unas instituciones que sirvieran de referencia para la gente de abajo en su vida cotidiana.

Las asambleas populares del 15M, con diferencias entre ellas en función de la tradición de cultura popular de sus respectivos barrios y pueblos, no parecen haber conseguido trascender su papel de encuadramiento territorial de la gente indignada para fines de movilización. No era fácil, desde luego, alumbrar instituciones arraigadas en el territorio después de lustros del tsunami modernizador durante la época de la hegemonía del bloque inmobiliario rentista que ha erradicado prácticamente todos los relictos de cultura asociativa que resistían desde los tiempos del tardofranquismo.

Es esta la tarea central del movimiento de movimientos y, desde luego, de la gente anticapitalista.

La conjunción de ambas circunstancias permite pensar la empresa constituyente y obliga a hacerlo teniendo en cuenta el conjunto de las instituciones que conforman la izquierda del régimen, activando el movimiento como una palanca de presión permanente que obligue a estas instituciones a ir más lejos de lo que querrían en su accionar inmediato. Una amplia y sostenida movilización democrática de masas que permita evidenciar la oposición entre democracia y Constitución y la forma en la que la invocación permanente de la segunda en favor de los intereses de la oligarquía ha ahogado las escasas posibilidades de emergencia de la primera.

Es verdad que la izquierda del régimen se encuentra un notable grado de desafección entre las capas subalternas. La principal, el PSOE, ha gestionado en forma desastrosa para los intereses de estas capas y la desconfianza es muy alta. IU, aun encontrándose en una fase de incremento de apoyo electoral, no parece terminar de inspirar confianza en su capacidad de modificar el rumbo político y su participación en el gobierno andaluz parece confirmar esta desconfianza. CC OO y UGT, por su parte, impulsan un amplio reagrupamiento de organizaciones sociales de muy diversa naturaleza e influencia social pero no dan signos de estar dispuestos a impulsar y promover el amplio movimiento democrático de masas que confronte con el proyecto autoritario del PP.

Dicho lo cual, hay que reiterar como todos ellos han cambiado sustancialmente sus posiciones desde hace algo más de un año y lo han hecho presionados por el empuje, la riqueza de reivindicaciones y propuestas que los movimientos sociales y ciudadanos han sido capaces de incluir en la agenda. La continuación y profundización de esta dinámica de movilizaciones está convirtiéndose en imposible el juego de la alternancia previsto por el PSOE para

operar con tranquilidad la renovación de su proyecto político en el marco diseñado con el PP a partir de la constitucionalización de la política de austeridad y consolidación fiscal. La oposición tranquila pensada por Rubalcaba es sencillamente imposible en el contexto de generalización e intensificación del sufrimiento social y del clima de resistencia social que está ganando capas cada vez más amplias de la población, en su mayoría antiguos votantes del PSOE. Este simple hecho, el que la agenda no la marquen los partidos sino la acción de los movimientos populares, introduce un elemento de ruptura y discontinuidad con el curso “normal” de la vida política desde 1978.

Ese elemento de ruptura de la temporalidad del régimen en un buen indicio de que es posible pensar aceleraciones del tiempo político si sabemos dar con las consignas que permitan articular el conjunto de las energías sociales de protesta en un bloque social en pos de transformaciones sustantivas del cuadro político institucional. “Hacer de la necesidad o de la carencia virtud”, convertir la debilidad objetiva de los partidos y sindicatos del régimen en una ventana de oportunidad para obligarles a asumir posiciones de ruptura inequívoca con el régimen del 78. La consigna del gobierno de izquierda ilustra de forma expresiva esta ruptura con el régimen.

Esta es la tarea que corresponde a cuantos entendemos que la crisis del régimen del 78 es solo un indicador de la inviabilidad del capitalismo reformista y que abre paso a un régimen de explotación y opresión que las actuales generaciones no hemos conocido. Esta es la tarea de las y los anticapitalistas, en el seno de los movimientos de la gente trabajadora y subalterna, señalando objetivos más ambiciosos, potenciando la autonomía y la capacidad de autoorganización de la gente, contribuyendo a construir un instrumento político que supere la fragmentación y dispersión de las múltiples expresiones de rechazo e impugnación de los planes capitalistas.

El “partido” de los de abajo ya vive en el espíritu de rebeldía que anima a los que luchan contra la violencia de los desahucios y de los ERE, por los derechos de los jóvenes a vivir y trabajar en el país donde han nacido, en la defensa de los bienes comunes como la costa y los servicios públicos del agua, sanidad o educación, contra la estafa de las preferentes. Vive como la expresión de su necesidad para afrontar los conflictos que indefectiblemente tendrán que librar si quieren ser mujeres y hombres libres.

José Antonio Errejón es militante de Izquierda Anticapitalista.

El capitalismo en 10 lecciones

Breve curso ilustrado
de economía heterodoxa

Michel Husson

ilustraciones de Charb
pról. de Manuel Garí y Nacho Álvarez

LOS LIBROS DE
viento sur



LA OVEJA ROJA

2 miradas voces





Espacios 2010

JM. Taker

JM. Taker (Justo M. García Llaveró) es un fotógrafo de una altísima calidad. Sus imágenes recogen tal variedad y matices de grises, negros y blancos que casi nos hacen pensar ¿para qué queremos el color?

En los últimos tiempos se enfrentó a un proyecto como un reto: realizar una fotografía diaria que marcara un momento único, que *le proporcionara un sentimiento o le transmitiera alguna emoción*. Y lo que empezó como una propuesta entre amigos, se convirtió en un diario íntimo, personal pero abierto al mundo. De ahí surgió su proyecto *De mis 365* compuesto por varias series.

La mayoría de su trabajo se centra en Madrid, lugar donde vive. Pero su recreación de la ciudad es diversa. En su serie *Espacios interpretados*, el color pálido, no saturado, produce en las imágenes una sensación cinematográfica, escenográfica, de maqueta creada en 3D. Esta ilusión está reforzada por las pequeñas figuras humanas que, como muñecos, se mueven, sin sombra, en unas calles y espacios abiertos y desiertos. El gran angular ayuda al desapego, a la enajenación que reflejan.

En <http://jmtaker.com> podéis acompañar su mirada por las fotografías, con tono muy diferente, de carácter dramático, que recoge en la serie *Momentos* donde se centra en la reflexión sobre lo humano: el humor, la soledad, la marginación...

O por estos *Espacios 2010*, imágenes que presentamos en este número de *Viento Sur*, sobre la ciudad y su entorno. Aquí los cielos escenográficos siguen presentes, los matices extremos de las luces y las sombras, la soledad y la compañía, en definitiva, todos los temas que reflejan su intenso estilo. Una maravilla.

Carmen Ochoa Bravo









3 plural2 plural2

Mesa Redonda **VIENTO SUR**

Y ahora, ¿qué hacemos?

Debate entre Quim Arrufat, Xosé Manuel Beiras, Raúl Camargo, Sabino Cuadra, Adoración Guamán, Laia Ortiz y Raúl Sánchez Cedillo

[El pasado día 20 de marzo tuvo lugar en un estudio de grabación, cedido amistosamente por Radio Vallekas, una mesa redonda organizada por nuestra revista con compañeros y compañeras de la izquierda alternativa. En la invitación que les enviamos planteamos así el objetivo de la reunión: “Queremos contribuir, en la medida de nuestras modestas posibilidades, a que personas significativas, no ‘representantes’, de diferentes corrientes de la izquierda alternativa, dialoguen y debatan entre sí sobre los desafíos que plantea la crisis capitalista, la crisis del ‘régimen de la Transición’ en el Estado español y también las dificultades que creemos que encuentran las propias izquierdas políticas, diferentes en los diversos marcos nacionales, para construir alternativas socio+políticas con sentido hegemónico”. Aceptaron nuestra invitación y participaron en la mesa redonda Quim Arrufat, Xosé Manuel Beiras, Raúl Camargo, Sabino Cuadra, Adoración Guamán, Laia Ortiz y Raúl Sánchez Cedillo.

Mariano Sánchez y José Luis Navarro, de Radio Vallekas, se encargaron de la grabación y, en general, de ayudarnos a que todo saliera bien.

El debate se organizó sobre cinco temas que resumimos a continuación:

1. La Unión Europea y la eurozona.
2. Crisis de “régimen”, crisis de legitimidad.
3. Desarrollos, desigualdades, convergencias reales y potenciales en los movimientos sociales. Papel político de los movimientos sociales.
4. Izquierda política alternativa. Acción institucional y en las movilizaciones sociales.
5. Viejas y nuevas formas de hacer política.

Por parte de la revista se encargaron de organizar y moderar la mesa redonda Ladislao Martínez, Jaime Pastor y Miguel Romero.

La grabación tiene algunos cortes y momentos en los que se introducen ruidos que hacen imposible entender a quien está en el uso de la palabra. La transcripción, una vez editada, ha sido enviada a las y los participantes en la mesa redonda para que pudieran revisarla, con el fin de garantizar que responde fielmente al debate realizado].

“El coste vital de la desobediencia, de decir que no, está variando. Es una oportunidad histórica pero esta oportunidad requiere un proceso, una vía para aprovecharla, para realizar un cambio de sistema, que sería el resultado del proceso constituyente, desde abajo, desde los ciudadanos”
(Adoración Guamán)

Moderador. Buenos días. Muchas gracias a todas y a todos los asistentes por aceptar nuestra invitación y a Radio Vallekas que nos acoge en su casa tan amistosamente. Como os dijimos en la carta de invitación, aspiramos solamente a servir de cauce a un diálogo entre diferentes personas de corrientes de la izquierda alternativa sobre los temas de actualidad e interés común. No queríamos inventarnos nada raro.

La idea es hacerlo en un ambiente tranquilo, grabarlo, editarlo y difundirlo en audio por nuestra web y en la versión escrita en la revista.

El tiempo es vuestro. En la tradición de los actos que organizamos, a los moderadores cuanto menos se nos note, mejor.

Vamos pues con el primer tema. Por favor, irnos presentando en la primera toma de palabra siempre en el bien entendido de que no estáis aquí como “representantes” de vuestras organizaciones. ¿Quién empieza? ¿Adoración? Adelante.

1. *La Unión Europea y la eurozona. Cuál es, cuál podría ser, cuál debería ser el papel de las izquierdas social y política.*

Adoración Guamán. Soy Adoración Guamán, profesora de Derecho del Trabajo, militante de EUPV y del Partit Comunista del País Valenciá. Respecto a la cuestión de la Unión Europea y la eurozona creo que hay tres temas fundamentales que están ligados y que se tienen que debatir en conjunto: la salida del euro, el impago de la deuda y la permanencia o no en la Unión Europea.

Empezando por la salida del euro, es una propuesta que ha pasado desde ser algo absolutamente minoritario a estar cada vez más presente y ser considerada por muchos como el único camino posible para afrontar la situación actual.

Frente al “ajuste largo” que se nos propone desde el gobierno, que está plagado de pauperización y solo hay que ver el caso griego, la propuesta es un “ajuste corto”. El ajuste corto es una salida del euro. Pero no es nada fácil, no se pueden hacer análisis simplistas, no podemos decir: sí queremos la salida del euro y sin más. Tenemos que tener muy claro lo que supondría de pérdida a nivel adquisitivo, de posibilidad de crisis bancaria y, sobre todo, respecto al tema de la deuda. No se puede dar la salida de euro sin plantearnos que la deuda es impagable y que se tiene que hacer una auditoría para decidir qué se paga y qué no se paga y esto tiene que ser decidido democráticamente tomando ejemplos que tenemos cercanos: por ejemplo, Ecuador que nos podría ser muy útil para ver qué camino democrático tenemos por delante para no pagar la deuda ilegítima.

Otro pilar de esta visión de Europa es qué hacemos con la Unión Europea. Evidentemente la salida del euro implicaría una salida de la Unión Europea, que se presenta interesadamente como una catástrofe social y económica. Nuestra alternativa debe ser que con esta Europa no es posible ni salir de la crisis, ni desde luego acometer reformas políticas democráticas; con esta Europa no es posible un proceso constituyente. Otro tema es plantearnos que lo necesario es un proceso constituyente a nivel de toda la Unión Europea. Que todos los pueblos de Europa aborden los procesos de democratización. Esa sería la salida idónea, por supuesto, pero lo que tenemos que tener bien claro es que con esta estructura de la Unión Europea que marca nuestro poder de decisión jurídico, político y económico, no es posible abordar la propuesta de democracia radical que queremos.

Evidentemente, y la sentencia en el tema de los desahucios lo confirman, la Unión Europea nos está siendo útil y hay que utilizarla en lo que podamos. Pero creo que la postura que se debe adoptar es un debate valiente acerca de salir del euro y demostrar las virtudes que podría conllevar esta salida, como es el impago de la deuda ilegítima.

Raúl Sánchez Cedillo. Soy Raúl Sánchez Cedillo. Me he estado moviendo en diferentes proyectos colectivos autónomos, centros sociales autogestionados, etc. Desde hace tiempo participo en un proyecto que se llama Universidad Nómada. Recientemente hemos creado junto a otras redes del Estado una Fundación de los Comunes. Pero estoy aquí mandado por un proceso organizativo en Madrid que se llama EnRed. Sobre este tema, tendríamos que ver cómo puede pensarse un proceso constituyente desde abajo a nivel europeo en toda la UE de los 28, redefiniendo obviamente las fronteras imperiales establecidas. Pero esta es una cuestión enorme y abierta.

La salida del euro me parece ahora mismo una cuestión táctica en un proceso en el que nos faltan muchos factores y estimaciones de relaciones de fuerza a nivel europeo. Todo el respeto a las posiciones que puedan plantear una cierta soberanía nacional sobre la moneda, sea la española o la eventual de nacionalidades o de naciones que quieran tenerla, sin embargo me parece un completo error en la situación actual. Si algo hay que salvar del euro es precisamente la idea de una moneda que puede servir o podría servir precisamente para un proceso de salida directa del neoliberalismo, un proceso posneoliberal que tiene que ser, como mínimo, europeo.

A ese respecto, creo que es interesante tener en cuenta las consideraciones que ha hecho Syriza, a saber: se hace mucho más daño desde dentro de la UE a la coalición de la austeridad, al “euro neoliberal” –porque podría haber otro euro, obviamente– no pagando la deuda, negándose absolutamente a las políticas de austeridad y diciendo: “venga, echadnos”.

En los próximos meses tendríamos que contar con un frente del sur, una unidad de los países del sur de Europa: Chipre, Grecia, Estado español, Portugal,

etc., que se enfrente desde dentro contra la coalición de la austeridad que está destruyendo la UE, pero diciendo: “no nos vamos, echadnos”. Yo creo que es una forma de plantear el problema como una cuestión radical de democracia, antes y más que de soberanía.

A ese respecto me parece que el papel de las izquierdas debería ser imponer la exigencia de democracia europea. Hacer lo posible para que tras las próximas elecciones, el propio PE se declare soberano frente al “golpe comisario” de la Troika, a la propia Comisión, al Bundesbank y el BCE y, al mismo tiempo, contribuya a animar las instituciones, los procesos, las discusiones que permitan la emergencia de ese *demos* europeo que directamente se reapropia de las instituciones democráticas, que exija “democracia real ya” para evitar una catástrofe.

El problema fundamental es, por un lado, la legitimidad de una decisión como la de salir del euro y, por otro lado, los criterios del tiempo político, la dimensión estratégica y la necesaria unidad que está lejos de conseguirse. La coordinación de las izquierdas y de los movimientos del sur de Europa es todavía debilísima.

En esta situación, las cuestiones de soberanía, tanto estatal como nacional, cuando se plantean objetivos como salirse de una moneda, gestionar la política financiera y monetaria propia, generan la competencia inmediata entre monedas y entre Estados. Lo bueno que tienen los mecanismos federales existentes es que permiten una lucha desde dentro y una estrategia común contra un mismo enemigo o adversario dentro de la Unión. Pienso que eso sería lo más adecuado.

Sabino Cuadra. Soy Sabino Cuadra, diputado de Amaiur en el Congreso español y militante de Sortu, organización de la izquierda abertzale. A mí me parece que, junto a los elementos económicos en relación con los temas de la deuda y del euro, tiene una importancia también esencial analizar todo lo que tiene que ver con los aspectos más políticos, democráticos, en relación con la Unión Europea. Es evidente que desde sus previos, los acuerdos sobre el carbón y el acero anteriores al Tratado de Roma, toda la evolución ha ido acentuando mucho más los aspectos económicos, los intereses de las grandes transnacionales, de la banca europea y se ha ido vaciando esta Unión Europea de contenidos que tenían que ver más con la democracia, con las libertades, con los derechos sociales. Hoy este aspecto tiene tanta importancia como el otro para conseguir una rebelión ciudadana popular, social en contra de lo que estamos padeciendo. Es bastante descarado que llevemos tres o cuatro años de profunda crisis y que lo único que conozcamos de la Unión Europea sean decisiones que corresponden al Banco Central Europeo, a la Comisión Europea, al Consejo Europeo..., mientras tanto, el Parlamento Europeo que, en teoría, es el órgano representativo de la ciudadanía, está de vacaciones.

Este aspecto político me parece muy importante porque, también desde sus inicios, esta Unión Europea ha sido una Europa de los Estados por encima de las naciones, una Europa de los gobiernos por encima de la ciudadanía, una Europa

de las multinacionales por encima de la clase trabajadora y este componente antidemocrático fundacional, esencial, que tiene este organismo, me parece fundamental para poder desarrollar alternativas de respuesta y alternativas de combate frente a esta Unión Europea.

Visto desde Euskal Herria hay que señalar, como uno de los elementos importantísimos a poner encima de la mesa –también para avanzar en la confrontación, en esos frentes de respuesta, frentes de izquierda, que se están planteando– señalar cómo el problema nacional, y sobre todo el existente en el Estado español, tiene una envergadura clara para servir como un elemento de contestación.

En positivo, yo creo que más que salir o no del euro, salir o no de la Unión Europea, el reto fundamental que tenemos es cómo es posible la coordinación de las luchas de izquierda, de las luchas sociales que se están dando de forma dispersa, que van y vienen; cómo es posible conformar, sobre todo en todo el flanco sur europeo, una coordinación de luchas, de respuestas, que puedan ser institucionales en algunos casos, pero sobre todo sociales y políticas, para frenar esta ofensiva que nos viene encima, para rebelarse ante ella. En este sentido, el tema de la deuda me parece muy importante para construir salidas frente a la crisis.

Avanzar en este terreno me parece que es el reto práctico y el reto estratégico que hoy está ante nosotros, y no tanto discutir sobre si puede ser posible hoy o no salirnos del euro. Porque la pregunta previa a todo eso es: desde dónde impulsar esta salida del euro o esta salida de la Unión Europea, o esta reforma, o este dejar patas arriba a la Unión Europea. En esa tarea previa es donde creo que tenemos bastantes más vacíos, más huecos, más deficiencias.

Raúl Camargo. Soy Raúl Camargo, de Izquierda Anticapitalista. Dos consideraciones. Yo creo que aquí lo que tenemos que constatar es que a escala europea la debilidad de las coordinaciones y de las izquierdas tanto sociales como políticas es enorme. Hay que partir de esto. Es decir, por poner ejemplos prácticos, en el terreno social frente a la Comisión, que dicta resoluciones y decretos todos los días que afectan a la vida de las personas, al Consejo, al Banco Central Europeo, a los lobbies que campan por Bruselas a sus anchas, que influyen de forma decisiva en la política que se aprueba allí..., la izquierda social tenía hasta ahora un solo instrumento, que creo que todavía existe, pero con un papel bastante marginal: el Foro Social Europeo, del que salían algunas iniciativas de coordinación de movimientos que impulsaban campañas diversas. En el terreno político, hay partidos a escala europea, como el Partido de la Izquierda Europea, y otras coordinaciones con un peso menor, pero a pesar de que se toman iniciativas y se hacen cosas, sin embargo, la dimensión europea de estas coaliciones es muy pequeña y las iniciativas que se toman desde allí tienen muy poco reflejo luego en los diversos países. Hubo fases en las que el Partido de la Izquierda Europea estuvo liderado por Rifondazione, que luego se hundió, otras en las que

estuvo o se inclinaba más hacia la centralidad de Die Linke, pero también eso parece ahora cuestionado, ahora es cierto el papel de Syriza que yo creo que es un fenómeno muy interesante como señalaba Raúl y que tendríamos que analizar bien porque es la única posibilidad real que tenemos en este momento a escala europea de que pueda haber un partido que gane unas elecciones con un programa en ruptura con la austeridad y con las políticas de la Troika. Pero en todo caso, a pesar de esto y ahora el relativo éxito de Syriza, las políticas que emanan del Partido de la Izquierda Europea tienen muy poca traslación luego en la situación real en cada sitio.

Esa debería ser una de las primeras reflexiones. Cómo podemos impulsar, o reimpulsar en el caso social, coordinaciones que realmente sean efectivas y que les hagan daño mínimamente a los poderes establecidos dentro de la Unión. En ese sentido sería muy importante, como se ha señalado antes aquí, que al menos en los países del sur hubiera una agenda común de movilizaciones en contra de las políticas de la Troika.

Y un segundo punto. Claro, con este panorama de debilidad de la lucha coordinada social y política, qué hacer frente a las políticas inmediatas de la Unión Europea y a las agresiones que vemos todos los días. Se ha comentado ya que hay que reclamar otro modelo en ruptura radical con el de la Unión Europea y con las políticas derivadas de los tratados sucesivos. Un programa de ruptura con la deuda, contra los recortes de los servicios públicos, contra los despidos, los desahucios..., que debe ir dando una fuerza común a estas coordinaciones sociales y políticas.

La salida del euro puede ser la consecuencia de la defensa de un programa y de la aplicación de un programa, pero no creo que deba ser la consigna principal ahora, porque es algo que todavía a escala general está muy poco asumido. Incluso en Grecia, el otro día una encuesta decía que casi el 70% de la población estaba en contra de la salida del euro. Yo creo que ahí tenemos que valorar bien, teniendo en cuenta que esa es una de las posibilidades más ciertas, cuál debe ser la política y la ruptura y, como decía Raúl, es mejor que no nos vayamos sino que nos echen.

Laia Ortiz. Soy Laia Ortiz, de Iniciativa per Catalunya-Verds. Comparto gran parte de los diagnósticos. ¿Saliendo de Europa nos desconectamos de la globalización, del neoliberalismo? Yo creo que, como izquierda, hay que plantear esta cuestión. Y también: ¿somos más fuertes saliendo de Europa? O sea, ¿podemos desconectarnos de ese sistema y crear espacios de libertad, de soberanía, de los ciudadanos, de protección también frente a este capitalismo financiero a nivel global? Yo creo que esa debería ser la pregunta original. Y a partir de ahí cómo construimos una estrategia y un modelo. Creo que deberíamos plantearnos de nuevo las preguntas de hace diez años en el propio Foro Social Europeo, de la campaña contra la Europa del capital y de

la guerra, de la que toda la izquierda alternativa formaba parte: Otra Europa es posible, ¿sí o no?

Seguramente ahora estamos en el corto plazo, en vencer las políticas de austeridad, la imposición de esa deuda para pagar a los bancos, la esclavización de los ciudadanos... Estamos intentando dar respuesta a esa inmediatez, sin poder ver hacia dónde queremos ir. Sin duda, creo que como izquierda debemos continuar apostando por el internacionalismo. Creo que somos más fuertes si somos capaces de coordinarnos e impugnar esa Europa del capital. Luego podemos hablar de estrategias.

Creo en ese proceso constituyente a nivel europeo. Pero para llegar a él deberíamos crear esos espacios de coordinación, esa coordinación de las izquierdas. Y no solo en todos los países del sur, esa es la primera etapa. Seguramente si hubiera Syriza en todos los países del sur de Europa, sería más fácil plantear, impugnar y dar la batalla a esas políticas que se están reforzando. Pero deberíamos también empezar a articular mecanismos de coordinación, de debate, de intercambio con el centro de Europa y con el norte de Europa. Son retos seguramente más complicados, pero si no tampoco va a ser posible ese cambio a nivel de la UE.

El otro día había un artículo en *Madrilonia* que hablaba de construir Europa contra la Troika. Creo que ahora mismo el debate de la izquierda debería ser este y luego, ya veremos. Es decir luego, si no es posible, salimos del euro, pero debe ser una consecuencia de esa impugnación al sistema y no un objetivo en sí mismo.

Quim Arrufat. Soy Quim Arrufat, de las Candidatures d'Unitat Popular (CUP). Creo que en la realidad se está dando en términos efectivos una guerra de clases. No es tradicional, no es industrial, es en otros términos. No es el uno contra el noventa y nueve, es como la queráis llamar, pero es una guerra de clases. O sea, no hay un programa del capital financiero (dejadme primero hablar de eso para luego llegar a la Unión Europea) para salir todos de la crisis más o menos democráticamente, repartiendo más o menos beneficios o pérdidas, sino que hay ya un plan del capital financiero para sobrevivir él, a pesar de todos o contra todos y a eso se le llama guerra, es una confrontación abierta. Es una confrontación abierta que ha iniciado el capital financiero y que no está obteniendo aún la respuesta en términos de confrontación abierta por parte de las clases populares organizadas.

¿Cómo ligo eso con la UE? Porque la UE es, básicamente, la construcción de los Estados y del capital financiero, que han ido dejando a las instituciones más cercanas a la ciudadanía los temas más susceptibles de debate en la sociedad y alejando de la población los debates que les interesaban a ellos, que es básicamente la desregulación de los sectores económicos, la concentración de capitales, etc.

¿Qué está sucediendo? Pues que en esta guerra de clases, la UE no es el escenario institucional donde se da, sino su instrumento. No tenemos una

guerra de clases en la que la institución democrática es el escenario, y ahí se produce la confrontación política de lo que en términos económicos se está dando fuera del Parlamento. Ahora mismo el europeísmo pasa por el cuestionamiento radical de cómo se ha construido y qué es la UE.

Si analizamos y entendemos que las instituciones europeas son un instrumento al servicio de un bando determinado de esta guerra, básicamente la respuesta tiene que ser en términos de confrontación de este proyecto, provocando una escisión de legitimidad entre la que se han arrogado las instituciones europeas, que nosotros rechazamos y juega en contra nuestra.

Y cómo se puede hacer eso. El Foro Social Europeo no fue en su momento una mala idea, pero básicamente ahora se trata de vaciar en todo lo que podemos las instituciones europeas y construir una institución alternativa que ayude a confrontarlas, en términos de legitimidad. Lo que se tiene que hacer es vaciar de toda legitimidad democrática los miniespacios como el Parlamento Europeo, etc. Vaciarlos para acelerar la confrontación de proyectos, visualizar la confrontación de proyectos. Y hacerlo desde el europeísmo, y desde la colaboración, la cooperación con el resto de pueblos de Europa, por el reconocimiento mutuo de un espacio común, de una cierta cultura común, de un proyecto no excluyente del otro... En términos prácticos creo que esto lo podría hacer ahora la izquierda política y social a nivel europeo.

Xosé Manuel Beiras. Soy Xosé Manuel Beiras, de Anova Irmandade Nacionalista. Voy a plantear sobre todo interrogantes y disyuntivas.

Ante todo, quiero decir que estoy de acuerdo con Quim Arrufat. Me parece muy importante lo que ha planteado sobre la guerra de clases, que además es una guerra de clases declarada desde el corazón del imperio y del núcleo del capital financiero internacional.

Un economista serio decía en un artículo, ya hace cosa de año y medio tal vez, que lo que hay que hacer es que salga Alemania del euro. Tenía toda la razón porque el euro ¿qué es, sino la máscara del marco? El euro no es más que la moneda alemana convertida en moneda europea.

Si hablamos de problemas de política monetaria, la alternativa puede estar entre salir del euro o convertir el Banco Central Europeo (BCE) en un auténtico banco público sometido a control democrático; igual esta es la solución. Ahora lo que existe es un arma que se llama euro y un BCE que no está sometido a ningún control político y que además no funciona como banco de estado, no financia a los gobiernos de los Estados miembros, sino que fabrica dinero para los mercados financieros, el sistema financiero...

Estamos en una fase de caos, de crisis del sistema mundial. Necesitamos proyectos políticos y estratégicos. Estamos al final de un ciclo histórico: yo estoy insistiendo mucho en esto, en mi país, con mis ciudadanos. Entonces, ¿estamos o no a favor de un proyecto político de construcción europea? Porque puede

haber, teóricamente, razones suficientes para volver a potenciar el estado nacional, para romper la globalización.

Digo “un proyecto político” porque lo que tenemos es simplemente la construcción de una unión monetaria en el momento en que ya habíamos pasado a la fase del ultraliberalismo y de la hegemonía del capital financiero. ¿Retomamos un proyecto político europeo? Si lo retomamos está claro que tiene que ser una Europa de los pueblos, se acabó la Europa de los estados, no puede valer. Y tiene que ser la Europa social y la Europa de los ciudadanos, por lo tanto, plenamente democrática y ahí tenemos que tener un enfoque que aplique a la reconstrucción de Europa lo que estamos aplicando aquí: la crítica a las formas convencionales de partidos, la creación de puentes entre ciudadanía e instrucciones políticas, entre la sociedad civil y la sociedad política. Porque lo más grave no es la deuda que nos están haciendo pagar; lo más grave es que están liquidando los derechos constitucionales propios de cualquier constitución democrática.

Entonces, ¿cuál es el papel de las izquierdas? Para mí está muy claro. En primer lugar, el papel de las izquierdas tiene que ser trabajar sobre todo en el seno de la sociedad civil, que es donde se funda, donde se engendran los vectores que definen hegemonías que se trasladan a la sociedad política. No podemos hacerlo al revés.

Yo soy miembro de dos organizaciones. Una es Anova, una organización construida a base de suscitar un proceso asambleario desde abajo. Pero por otra parte soy miembro del grupo parlamentario de una coalición de cuatro grupos: la propia Anova, Esquerda Unida de Galicia, Equo y el Espacio Ecosocialista. Lo que funciona en el Parlamento de Galicia, y además está rompiendo el juego, son los nueve diputados y diputadas de AGE, la Alternativa Gallega de Esquerras, pero sabemos perfectamente que eso no puede conducir a nada si eso fuera el motor de todo el proceso, y no lo es. Ahí está Anova, Esquerda Unida..., y en conexión con toda la red de movimientos sociales, de plataformas cívicas, etc., porque si no acabaremos como acaba el PSOE.

Sabino. Creo que incluso también dentro de la izquierda sigue existiendo un exceso o, por lo menos, un punto de seguir sacralizando el proyecto de la UE, a pesar de que se le hacen críticas. Creo que la crítica tiene que ser muy fuerte porque en realidad, hoy en día, la UE es, yo lo definiría así, como una dictadura que está sometiendo a toda la ciudadanía europea a unas condiciones políticas antidemocráticas y antisociales. En esta medida no podemos aceptar ningún proyecto para Europa que no se levante y asiente sobre los pueblos, las naciones y la ciudadanía. Hay que romper esa dictadura que se encarna en la UE, con la misma determinación con la que combatimos a la dictadura franquista. Lo que salga de esa ruptura, pues ya veremos. Habrá que luchar porque sea un marco radicalmente diferente social, económica y políticamente.

“...tiene que haber un proyecto articulado, con movimientos sociales de masas apoyándolo en las calles y con herramientas políticas nuevas, conformadas a partir de lo que existe, por supuesto, pero que se ganen una credibilidad que yo creo que en estos momentos no tiene ningún partido. Ni los grandes ni los pequeños”
(Raúl Camargo)

Adoración. Creo que todos tenemos claro que hay que transformar Europa y que la mejor alternativa es la Europa de los pueblos. Pero la cuestión es que mientras nosotros luchamos desde hace años por otra Europa, la UE desde sus instituciones está abordando un proceso desconstituyente, que nos está eliminando nuestros derechos y el Estado social, con todas las fallas que debemos señalar, pero que fue la base de entrada a la UE.

Otra Europa es posible y necesaria; la cuestión es desde dónde la construimos, teniendo en cuenta la debilidad de la izquierda en el nivel supranacional. Yo creo que hay que dejar de pensar en que, por sí solo, el trabajo de la izquierda en las instituciones puede servir para la transformación. Es un elemento importante para la resistencia y como protección frente a los abusos del poder, pero la transformación debe hacerse desde la construcción de espacios de contrapoder por fuera de las instituciones, que, como decía antes

Quim, tienen que ir impugnando al poder. Para ello hace falta avanzar en una unidad de los movimientos sociales y de las izquierdas en el marco europeo.

Y ahora estamos en una situación de emergencia, que exige decisiones valientes. No se trata de plantear sin más que hay que salir del euro, sino de afrontar el debate, teniendo en cuenta que hay que abordarlo desde una postura valiente en la crítica absoluta a la UE y a sus instituciones que son un arma del capital contra los pueblos...

Xosé Manuel Beiras. Disculpa la interrupción. Volviendo sobre el euro, para nosotros no se trata de estar en el euro por razones monetarias. Si funcionara adecuadamente, podría establecer un balance de poderes con el dólar. Pero lo fundamental es que representa hoy la hegemonía de la política monetaria sobre la política social, la política fiscal, sobre la política financiera. Es como si te vendieran un coche, pero el que te lo vendió mantiene el control del acelerador y la caja de cambios. La alternativa la planteó bien Syriza: no se trata de salir del euro, sino de que el euro sea una moneda controlada por el conjunto de los ciudadanos. Salir o no del euro es una cuestión de táctica. Estoy completamente de acuerdo en que se ponga sobre la mesa ya. Pero el problema está en que o se rediseña el Banco Central Europeo o no quedará más remedio que salir del euro.

Adoración. No haría de esto un tema de debate. Creo que todos estamos más o menos en la misma onda. O el euro cambia, como acabáis de señalar, o no nos

sirve, al revés, nos está dañando. En referencia a América Latina, la internacionalización ha venido después de un cambio en Venezuela, en Ecuador, en Bolivia... No se ha avanzado desde arriba hacia abajo. Se ha avanzado desde cada país, sobre todo desde los procesos constituyentes en Venezuela, Bolivia y Ecuador a la construcción de un actor internacional que apoya esos procesos. Al revés es muy difícil; los cambios tienen que venir desde abajo.

Raúl S. Me gustaría insistir en el intervalo temporal en el que estamos. Estamos viviendo, como se ha señalado, un período de caos sistémico y uno de los centros del sistema mundo es la UE, que está patas arriba. Hay que tener en cuenta no solo esa deslegitimación radical que tiene ese sistema de Estados que está detrás, que ha federalizado parcialmente la UE, sino también las potencialidades catastróficas; es decir, si tenemos en cuenta lo que podemos llamar las irreversibilidades que han generado cincuenta años de UE, desde todos los puntos de vista: energía, sistemas de bienestar, división europea del trabajo, etc.; tenemos una parte de deslegitimación, pero también un expolio, una política de rapiña que remite a las viejas pesadillas europeas, no ya de la guerra de los Treinta Años, sino de los años 1930. Hay que intentar que los fantasmas no nos dominen, pero así y todo resucitan: no hay más que ver la situación, que está fuera del debate, del este de Europa, Hungría, Polonia..., con la emergencia de populismos de extrema derecha, antieuropeos y anti-UE por lo demás.

Quim ha señalado una cuestión fundamental: no por casualidad, con el estallido de la crisis sistémica, surge la cuestión del 1% vs. 99%. Xosé Manuel ha planteado cómo esta última fase de la globalización neoliberal ha estado en manos de una parte muy reducida del capitalismo global y la gestión de la crisis, es decir, este expolio rentista, esta gestión a través de la destrucción de la riqueza social incrustada en un sistema de bienestar, en los servicios públicos, etcétera. Obviamente la destrucción de empleo, de riqueza social productiva es un expolio que beneficia a ese 1% que, además, ha conseguido dominar radicalmente los sistemas de partidos en Europa. Esto nos lleva, por retomar viejas problemáticas que nos son comunes, al programa democrático, el programa de revolución democrática para la izquierda es fundamental. Porque precisamente así se puede construir desde la izquierda una hegemonía. Y, por otro lado, qué tenemos: la nada absoluta, el hundimiento de la socialdemocracia, tanto que ya ni necesitamos criticarla. Y lo que tenemos delante, aunque todavía no ha surgido con fuerza determinante, son nuevos populismos agresivos, que van a hacer de esta situación una narración también antieuropea, antipopular y de división. Nos la jugamos en esta cuestión europea y el punto de vista de la izquierda tiene que pasar por profundizar ese proceso no reconstituyente, sino destituyente: el “que se vayan todos”. Pero, a la vez, hay que ser realista y considerar que todas las izquierdas, todas, incluyendo las izquierdas nacionales de las naciones subalternas en el Estado español, así como las federales, tienen que hacer su propia

constituyente para estar en condiciones, como ha dicho Xosé Manuel, de contar en este proceso. Porque el programa democrático solo se va a poder realizar con una participación que va mucho más allá de los sectores ciudadanos en los que las izquierdas son capaces de influir. Y partamos de lo que en cierto modo nos permite estar hablando aquí: del 15M como un proceso inaudito, comparable, y perdonadme los que lo vivisteis en primera persona, a episodios de la lucha contra el franquismo, desde el punto de vista de la capacidad destituyente y de empoderamiento ciudadano y de la pérdida del miedo, que es fundamental. No hay que tenerle miedo a la inevitable ingobernabilidad de la UE, ni tampoco a la “recuperación política”: no hay nada que recuperar, salvo lugares vacíos. Hay que estar en el Parlamento Europeo y a la vez construir contrapoderes que lo asedien. Pero hay que ser extremadamente realistas, porque si no lo ocuparán los populismos terribles, toda esa extrema derecha que ya está dentro.

Al mismo tiempo que la izquierda se reconstituye empapándose de toda la creatividad social que está habiendo, asumamos esa cuestión de la revolución democrática y luego pensemos en una larga transición, en la que no sabemos muy bien qué va a suceder desde el punto de vista de los programas históricos de la izquierda.

Laia. Primero un inciso. Creo que el debate sobre el euro ha sido muy a corto plazo. Es decir, ¿podemos vencer a la austeridad dentro del euro o fuera del euro? Al final es un debate económico: ¿si nos devaluamos podemos vencer mejor a la crisis o no? ¿Con una devaluación, volviendo, digamos, a la peseta, qué ofrecemos a los ciudadanos? Tenemos un sistema productivo completamente arrasado por el modelo económico. El debate tiene que ser político y llevado a la Unión Europea.

Podemos compartir el diagnóstico sobre la UE: no es una institución democrática, estamos en una dictadura de los mercados, las imposiciones de la Troika, con una preponderancia todavía de los Estadosnación que no representan nada, etc. Pero ese proceso deconstituyente o constituyente, ¿lo hacemos en paralelo? ¿Jugamos o no jugamos? Es el debate que nos acompaña siempre. Creo que a veces damos por sentado que las cosas solo pueden ir a mejor, hacia donde nosotros apuntamos. Y creo que las cosas pueden ir manifiestamente peor, con todas esas expresiones, populistas, fascistas. Las críticas a la UE no vienen solo de la izquierda, vienen también del otro lado. ¿La izquierda tiene que tener un proyecto político para Europa? Yo creo que sí. No nos valen los cimientos de la UE. Queremos estar dentro para cambiarlos. ¿Es posible cambiarlos desde dentro? ¿Se puede hacer solo desde las instituciones de la UE? No, porque la debilidad de la izquierda, por ejemplo, en el Parlamento Europeo es manifiesta. ¿Se tiene que hacer cambiando a los partidos, creando hegemonías desde abajo? Obviamente. Hay que cuestionarlo todo. Pero una vez que lo hayamos hecho, ¿qué planteamos? Tenemos que crear una alternativa.

Yo creo que tenemos que decir que sí jugamos. Jugamos a impugnar esa institución que se está cargando la débil democracia que tenemos y generando movimientos peligrosos.

Y hay otra cuestión fundamental: ¿qué piensan los ciudadanos? Hemos empezado el debate recordando que la mayoría de los griegos quieren permanecer en la UE. El planteamiento de Syriza es no queremos irnos del euro, pero queremos producir cambios radicales en la UE. Yo creo que en España, y en Catalunya, y en Galicia, a pesar del sufrimiento que se extiende por las políticas de la Troika, todavía hay una percepción de que nos vinieron cosas muy buenas de Europa. ¿Cómo cambiamos desde la izquierda esa percepción, para poder iniciar un proceso constituyente? Creo que debemos ir hacia un proyecto y una estrategia común en el marco europeo.

Raúl C. ¿Es posible cambiar la UE desde dentro? Yo digo que no. Incluso aunque hubiera una mayoría en el Parlamento de izquierdas, único espacio mínimamente democrático, con competencias completamente devaluadas, los cambios serían muy pequeños. La arquitectura institucional está diseñada de tal forma que el peso de las decisiones recae en el Consejo, formado por los líderes de los Estados, y la Comisión, elegida por estos mismos Estados, sin la menor participación democrática. Lo que sería necesario es un gran movimiento social, como comentaba antes Xosé Manuel, que desde fuera impugnara las bases mismas sobre las que se ha construido esta Europa y fuera capaz de poner en pie el proyecto de Otra Europa, construida sobre otras bases: una Europa de los pueblos que garantizara los servicios públicos, que los hiciera intangibles, que nunca pudieran ser privatizados... una Europa que garantizara la solidaridad entre los países, un comercio justo... Creo que efectivamente hay referencias, que son mejorables, pero en las que nos podemos fijar, como el ALBA...

Las instituciones, no solo europeas, luego hablaremos del Estado español, hay que utilizarlas. Incluso se podría decir que ahora es imprescindible que las izquierdas estén presentes en los Parlamentos para ganar legitimidad ante la gente que sigue considerando, en general, a esas instituciones como referentes. Pero hay que hablar claro: desde allí es muy difícil, por no decir imposible, promover cambios radicales como los que se necesitan ahora.

Volviendo a temas que planteé antes: Quim dice que hay una guerra de clases. Es cierto, pero todavía en nuestro lado, en el 99%, hay muy poca conciencia de que esa guerra existe. Al menos en Portugal, en Grecia, aquí... tenemos una agenda común para luchar contra la Troika, pero hay pocas iniciativas tanto de los movimientos como de los partidos. Más allá del programa general lo importante es que ahora veamos cómo empezar a poner en común debates, actividades...

Raúl S. Una puntualización: estamos poniendo ejemplos de América Latina, pero el nivel de federalización que hay allí es mucho menor que el de la UE. Los

procesos constituyentes del área andina son muy interesantes pero el proceso de federalización es debilísimo en comparación.

Raúl C. Sí, pero pueden servir de ejemplo de que hay caminos alternativos...

Quim. El ejemplo del ALBA, no en concreto, sino como idea de algún proceso que se tendría que dar en Europa, es útil. Allí no se federan, no hacen una unión política: mancomunan instrumentos claves para potenciar su propia soberanía y sus alianzas estratégicas. Y eso es un proceso correcto. No digo a trasladar aquí, pero sí es un diseño que se tendría que considerar desde esa institucionalidad alternativa, ese foro que vaya tomando fuerza, que vaya deslegitimando lo existente, vaya dibujando lo que tiene que venir y pueda ser incluso plataforma que ayude a que, si se gana en varios países, puedan empezar a mancomunarse por fuera del marco de la UE, empezando a hacer efectivo un lazo de unión alternativo al dictado por los mercados financieros.

Se ha planteado la debilidad de la izquierda en el Parlamento Europeo, pero aunque fuera fuerte. Luchamos por procesos destituyentes-constituyentes porque estamos en desacuerdo con el marco, no porque la relación de fuerzas nos sea desfavorable.

2. *Crisis de “régimen”, crisis de legitimidad. En qué sentido, con qué perspectivas. Fortalezas y debilidades del “régimen” y de los sectores en conflicto con él. Sentido de los procesos constituyentes.*

Moderador. Bueno, pues pasamos ahora al segundo punto sobre crisis del régimen, de legitimidad, en qué sentido se podría hablar de un proceso constituyente... Quién empieza... Adelante, Sabino.

Sabino. Durante décadas, por desgracia, ha funcionado una sacralización de este régimen “democrático-constitucionalista” que tenemos y de repente, en un proceso muy corto, esto ha estallado y nos encontramos en una crisis muy de fondo. Entre los elementos a analizar yo señalaría que ha habido una contestación masiva con el régimen que se ha venido plasmando de distintas formas desde el ámbito social, 15M, “no nos representan”, el torpedo a la línea de flotación que ha supuesto la Diada, el nuevo escenario político abierto en Euskal Herria,... Así, lo que más o menos hace cinco años se veía como un marco estable, con deficiencias pero estable, ahora se ha visto que ha entrado en una crisis importante y es un elemento de discusión en los medios, en los partidos, que hace retomar nuevas discusiones aparcadas y hoy están encima de la mesa: federalismo, independencia...

Hay que retomar viejos debates, que son de tremenda actualidad, en relación con todos los elementos de continuidad que tiene este régimen con aquella dic-

tadura que dejamos atrás, pero que no está tan atrás. Y así, más que hablar de una segunda transición, hablaría de una primera ruptura que nunca se hizo. Tanto a niveles financieros, políticos, nacionales..., y a todos los niveles, los elementos de continuidad están asentados en gran medida sobre pilares carcomidos de la dictadura franquista. Y no se puede saldar sin una crítica radical que vaya hasta el fondo. En concreto, desde Amaiur, desde Bildu es evidente que no solucionar y no poner pilares definitivos a una presión de siglos que se viene padeciendo, implicaría un cierre en falso de todos los problemas que en Euskal Herria se vienen planteando.

Laia. Yo creo que al hablar de crisis de régimen, estamos ante un cambio de etapa. La crisis es a todos los niveles: económica, social, ambiental a nivel planetario, de Europa, del Estado y de nuestros territorios. Esta transversalidad de la crisis y el fallo del sistema son los que hacen impugnar los elementos institucionales que ahora se ponen en cuestión. Primero, la crisis económica pone en cuestión los fundamentos del sistema, la injusticia desde la que se gestiona la crisis. Por otro lado, la crisis de la Transición que pone en evidencia que ese pacto de silencio no sirve y, más allá de la crisis territorial, que las aspiraciones y la voluntad de los pueblos no caben en esta Constitución y en este régimen. Todos los capítulos que han ido acompañando a la política española en los últimos tiempos han puesto en jaque a pilares que vienen desde la Transición: la corona, corrupción en partidos y gobiernos, la justicia..., a lo que se ha sumado una crisis ética evidenciada ante la ciudadanía y la crisis de los partidos como espacios de representación...

Pero hay fortalezas y debilidades. El régimen tiene fortalezas, aunque esté tocado en algunos de sus pilares. En primer lugar, por la gran capacidad que tiene el capitalismo de sobrevivir. Al inicio de la crisis veíamos que el problema estaba en la desregulación: hay que intervenir, hay que regular... Se ha hecho lo contrario..., y sobrevive. Otro tema es la opinión pública secuestrada y la dificultad de crear mecanismos de comunicación. Aunque tenemos nuevos instrumentos, gran parte de la ciudadanía sigue secuestrada por los medios. Otra fortaleza del sistema es el miedo de mucha gente que vive una situación personal muy complicada como para rebelarse. ¿Debilidades? Pues el aumento de la rebeldía, el 15M, los movimientos sociales, la capacidad de empoderamiento de gente que había quedado fuera del proceso político y que en poco tiempo se ha sumado y forma parte del proceso de participación..., alternativas que se están construyendo: formas de consumo paralelo, espacios comunitarios donde se facilita este intercambio... Pero hay mucho camino por recorrer.

Adoración. Primero hay que definir qué es crisis de legitimidad. Para que un Estado sea reconocido como legítimo, democrático, no solo tiene que tener un procedimiento para producir leyes mediante la participación de los ciudadanos,

sino también asegurarse que las leyes se adecúen a valores de justicia y dignidad. Y ambas cosas se han roto. Esto que en el Estado social europeo de posguerra regía nuestra manera de funcionar se ha roto, aunque formalmente se siguen utilizando conceptos como democracia, justicia, derechos humanos... Se ha producido una mutación de las categorías jurídicas democrático-políticas.

El otro día el profesor Javier de Lucas hablando sobre el derecho a la resistencia nos explicaba que ha caído “*la pantalla de la comodidad*”. La crisis ha afectado a los *output* que el sistema nos daba y nos permitía una vida cómoda en términos económicos –mediante la explotación de la mitad de la población mundial, por supuesto– y pasar por alto todos los abusos. Esto está cambiando, el ascensor social se ha parado a largo y a corto plazo. El coste vital de la desobediencia, de decir que no, está variando. Es una oportunidad histórica pero esta oportunidad requiere un proceso, una vía para aprovecharla, para realizar un cambio de sistema, que sería el resultado del proceso constituyente, desde abajo, desde los ciudadanos.

Empezamos a introducir tres términos: destituyente, deconstituyente y constituyente. Por fin estamos impugnando la Transición de manera abierta y en la calle. Es una de las consecuencias del 15M más potentes. Gritamos contra las instituciones, contra la Constitución. Sin esta evolución nunca podríamos llegar a un proceso constituyente porque la santificación de la Constitución del 78 nos había incapacitado para ver un horizonte que no fuera atrincherarnos en el Estado social moribundo para apalancar los derechos que tenemos.

La gran pregunta es cómo se empieza, cuál es el sujeto, cómo construimos unas identidades para pasar de un consenso negativo, de esto es lo que no queremos, y llegar a un consenso positivo, de esto es lo que queremos. El ejemplo de América Latina (Venezuela, Bolivia, Ecuador) nos podría servir de guía. La posibilidad de empezar un proceso constituyente mediante una opción electoral o de la unión de unas fuerzas electorales que llegasen al poder como frente común con la opción de convocar una asamblea constituyente. Pero esa vía necesita un contrapoder social que desde el principio hubiera llevado a la victoria, controlara el proceso, participara en la asamblea constituyente, participara plenamente en la elaboración de la Constitución y luego controlara su desarrollo. La dificultad está ahí: construir ese contrapoder social mediante amplias alianzas, mayorías que permitan el cambio.

Raúl S. Sobre la crisis del régimen, la putrefacción, la descomposición: la puntilla es la crisis sistémica y los efectos retardados de la fallida federalización financiera y fiscal real de la propia UE. Eso ha significado la total incapacidad de las clases políticas y los sistemas de partidos europeos y nacionales para dar respuesta a los efectos devastadores de esa crisis. En el Estado español se traduce en que la constitución material, es decir, el pacto de fuerzas sociales de la Transición, que estaba vinculada a los ciclos de crecimiento inmobiliarios y a la

producción de una clase media que ha sido fundamental, financiarizada, propietaria, ha perdido sus fuentes de reproducción. Constitución material que, legislatura tras legislatura, reproducían PP, PSOE con variantes y en Cataluña, en Galicia y Euskal Herria, las variantes de derechas del nacionalismo. Eso significa el desplome total de la base de ese pacto. Teniendo en cuenta que incluso a medio plazo no hay salida, no hay ciclo de crecimiento posible, no hay posibilidad de distribución de renta diferencial que permita reconstruir ese pacto del consenso, del miedo, ese pacto del “*que viene lo peor*”: así el hundimiento es absoluto. Me preocuparía más de los monstruos que están en el armario que del actual régimen, incluido su monarca.

Pero la lectura todavía positiva de la situación tiene que ver con algo imprevisible, un acontecimiento: lo habéis señalado, es el 15M.

¿Por qué? Si el 15M algo expresa es que esta es la verdadera transición, la que ahora empieza. Porque hay un elemento que marcó la Transición que era el miedo, la violencia real, pero también el juego de una cierta izquierda que advertía que puede haber un golpe, que puede ser mucho peor. La declaración imprevisible, masiva, multitudinaria del 15M dice no tenemos miedo a que nos peguéis, a que nos encarceléis... Eso marca un sentido radicalmente distinto a lo que inevitablemente es un proceso destituyente y constituyente, porque construye una base democrática que deberá influir la nueva izquierda que se tiene que crear en este proceso, que permite, como ha dicho Sabino, directamente retrazar, reconstruir de abajo arriba ese programa de ruptura histórica.

Pero tengamos en cuenta que han pasado cuarenta años y el programa histórico de la izquierda se enfrenta a unas realidades nuevas. Los procesos constituyentes tienen sentidos radicalmente nuevos. Uno es cómo las izquierdas pueden pensar la cuestión territorial. A este respecto introduciría una cuestión polémica: qué significa la soberanía si estamos criticando el Estado nación. Significa obviamente, y esto a mi entender permanece, una radicalidad democrática y popular incrustada en una formación histórica, en unas tradiciones, en unas instituciones de la decisión sobre qué tipo de república queremos, qué forma de goberarnos queremos. A mi modo de ver, una parte de la cuestión territorial pasa por un referéndum de autodeterminación, que podrá hacerse legalmente y también ilegalmente. Precisamente el 15M permite desde el punto de vista tecnopolítico, es decir, desde la capacidad de no depender del aparataje del Estado para organizar ese tipo de consultas para darles una fuerza material, permite simultanear esos dos procesos: exprimir hasta los límites la legalidad vigente pero al mismo tiempo ejercer esa fuerza destituyente desde la capacidad de la sociedad civil.

Ahora bien, ¿para decidir qué? Yo creo que es la autoconstitución de un *demos*: aquí estamos y decidimos. Estamos hablando de una radicalización democrática generalizada a través de dos instrumentos: uno, el del conflicto y el consenso para cuestionar y destituir la legalidad vigente a partir de otra legalidad

“...no hay ‘cuestiones territoriales’. La organización territorial del Estado es una cuestión de derecho administrativo. El tema es la articulación de sujetos políticos de soberanía diferentes dentro del ámbito de un Estado. Esa es la cuestión. (...) No vale la soberanía nacional si no va unida a la soberanía popular”
(Xosé Manuel Beiras)

propuesta, y los procesos de desobediencia civil, porque los contrapoderes parten de ahí: en el ámbito económico, social, laboral, de los servicios públicos frente a una violencia estructural absoluta en el caso de la sanidad, la educación, etc.

Pero vuelvo al tema de la cuestión territorial: cuál es la forma de transición respecto a la viabilidad de una radicalización democrática que primero es europea y tiene tareas comunes con el sur de Europa, pero también en el propio Estado español... A día de hoy, pero eso es algo que tenemos que discutir, la forma de transición sería una república federal decidida a través de referendos territoriales o nacionales y por referendo de todo el conjunto. Pero una república federal que al mismo tiempo esté dominada por los contrapoderes, que haya inventado instituciones de autogobierno que pasen por los municipios, por los territorios y que sea capaz de imaginar un Estado mínimo, dándole la vuelta a la narración liberal. El Estado mínimo

represivo, de forma de autoridad, de imposición, y el contrapoder y las instituciones de autogobierno máximas en cuanto a la reapropiación de la riqueza, la reorganización de la producción, la empresarialidad social que sea capaz de gestionar como mínimo la reproducción social de la vida. Pero también esa parte de representación que batalle para las cuestiones fundamentales de Europa. Es decir, las cooperativas no son nada sin una moneda y un sistema fiscal y financiero que funcione en un circuito monetario en el que hay que tener mucho cuidado, mucho realismo y un absoluto agnosticismo frente a los dogmatismos, puesto que es una situación inédita en el sistema mundo y en el bloque occidental. Se trata de una realidad y una transición epocal.

Raúl C. La crisis de régimen se da en dos sentidos. Uno por arriba, de las instituciones, la monarquía, los partidos políticos, instituciones representativas hoy deslegitimadas..., y otro por abajo, que se manifiesta a partir del 15M y tiene un poder de deslegitimación muy fuerte del sistema político y económico vigente. Pero el elemento de mayor peso desestabilizador del régimen salido de la Constitución de 1978 es la cuestión nacional. La cuestión social tiene una importancia creciente: cada vez hay más gente que tiene claro que no se puede ir por la línea neoliberal de privatizar los servicios públicos y de arrinconar los bienes comunes en beneficio de los bienes privados, pero el potencial desestabilizador que tiene la cuestión nacional no lo tiene la cuestión social. Las mareas, el 15M se lo pusieron difícil en un momento determinado, hubo movilizaciones, manifestaciones que ellos van

encajando; pero ante lo que recurren al Constitucional o salen generales escribiendo artículos, es frente a la posibilidad de que haya una consulta en Cataluña. Eso les desestabiliza de verdad. Cuando hablamos de proceso constituyente, de asamblea constituyente, crisis del régimen... , este tema tiene que ser fundamental porque es la línea de fractura que ahora tiene más posibilidades de quebrar el sistema del 78. Y es importante que desde las izquierdas sociales y políticas tengamos una línea de apoyo clara al derecho a decidir de las naciones del Estado y, en este caso, al desafío de Cataluña. No creo que esté tan claro en muchos sectores que, incluso, reclaman el proceso constituyente y debemos clarificarlo, porque, como ha dicho Sabino, es una reivindicación democrática fundamental. Hay que hablar más de procesos constituyentes que de un solo proceso constituyente.

En cuanto a las fortalezas del régimen del 78: yo creo que, a pesar de lo que nos gustaría, siguen existiendo. No tengo tan claro que el régimen esté putrefacto, por lo menos de momento. Es un régimen con elementos que tienen crisis de legitimidad, como por ejemplo la monarquía. Pero todavía cuenta con apoyos económicos y sociales nada desdeñables. No hay dudas todavía dentro del bloque dominante. Hay que generarlas para poder romper con esto. Tiene que haber contradicciones entre el poder económico, el político, las instituciones... , que todavía no son muy relevantes. Pero sobre todo la principal fortaleza del régimen es que no tiene una propuesta alternativa fuerte y creíble. Frente al régimen del PP, PSOE y al pacto social con los sindicatos, con los que han mantenido la paz social todo este tiempo, todavía no hemos sido capaces desde la izquierda alternativa de crear instituciones nuevas, contrapoderes, asambleas... Y sobre todo tiene que haber un proyecto articulado, con movimientos sociales de masas apoyándolo en las calles y con herramientas políticas nuevas, conformadas a partir de lo que existe, por supuesto, pero que se ganen una credibilidad que yo creo que en estos momentos no tiene ningún partido. Ni los grandes ni los pequeños.

Quim. Pongo a debate una definición de crisis de régimen: es la incapacidad del artilugio jurídico político instaurado, representativo de unas ciertas fuerzas económicas y políticas, para resolver los problemas sociales que se han generado. En la sociedad catalana se ha visto claramente una incapacidad de resolver el tema nacional dentro de los marcos existentes.

Nosotros insistimos en solitario en el Parlamento de Catalunya en la desobediencia en el derecho a decidir, porque ese es el inicio posible de nuestro proceso constituyente. Posible. Puede ser un fracaso, puede haber un reparto entre fuerzas conservadoras, hegemónicas ambas, en Catalunya y en el Estado español, se podrían repartir civilizadamente el pastel. Nosotros vamos a intentar forzar que tenga que ser un proceso por desobediencia institucional; es decir, convocatoria autónoma del referéndum, porque no hay espacio en el marco constitucional para hacerlo. Vamos a ir sumando *inputs* en ese proceso de escisión que es la consulta desobediente para que cuando se dé el proceso constitu-

yente haya suficiente acumulación de fuerzas y propuestas para que exista una disyuntiva con el marco constitucional existente.

Hay también una crisis económica que el régimen no sabe cómo solucionar, pero delega la solución a otros marcos, a la Unión Europea o los capitales financieros. Y hay la crisis que catapultó al 15M y es de más calado: la de representación democrática. Darse cuenta de que todo lo que afecta a nuestras vidas, todo, lo hemos delegado y la población era feliz e inconsciente de esa delegación. La cuestión central es que se ha delegado demasiado en lo político, en lo económico y en lo cultural. No hay espacios de participación democrática. Nos hacen la cultura, nos hacen la economía y nos hacen la política.

El proceso constituyente que en lo político se da de una determinada manera, en lo cultural ya se está dando en las redes sociales, en muchos proyectos autoorganizados de producción cultural, etc. En lo económico también está operando en la escena personal y colectiva, común: reapropiarse de los ahorros, controlar dónde, en qué entidades, cooperativas lo invertimos y cómo podremos decir hacia dónde va esa inversión, hacia dónde dirigimos nuestro consumo... El proceso constituyente se tiene que dar en tres ámbitos que afectan a lo personal; a las decisiones colectivas comunitarias; a las nacionales, a las que tienen que ver con la república y con el régimen que se tiene que construir.

Xosé Manuel. No tengo respuestas, ni pronósticos, tengo algunas diagnósticos. Crisis de régimen, crisis de legitimidad es para mí lo fundamental. Ellos mismos se cargaron la legitimidad. Tienen derogada la Constitución en la mayor parte de sus normas fundamentales principalmente, por ejemplo, el título primero completo. Tienen la legalidad, como la tenía el franquismo, pero no tienen la legitimidad porque en este caso ellos mismos se encargaron de cargársela.

¿Cuál es la fortaleza primordial del régimen? El poder concentrado en la plutocracia. Lo que Sousa Santos definió con mucha audacia como “fascismo financiero”. Yo sostengo que estamos en una metamorfosis del fascismo y no solo en el Estado español. Cuando digo que la Unión Europea es actualmente el IV Reich sin Wehrmacht no es una boutade, es una metáfora. Las contradicciones entre el poder político y el económico no se ponen de manifiesto porque forman una amalgama. No existe poder político. Existe un poder financiero plutocrático que utiliza las instituciones políticas como un espectáculo en los que manipula los muñecos del ventrílocuo. Estamos en una posición orbital que coincide con la vertical de los años veintimuchos, comienzos de los 30, y el problema está en que sepamos aprender de esa historia.

Otra fortaleza del régimen es la atomización de la sociedad, de la ciudadanía. Hay un proceso de atomización de la sociedad que funcionó mientras el *panem et circenses* alimentaba lo suficiente. El *panem* era un bienestar razonable a base de compresión de salarios y disparo del crédito, la burbuja brutal financiera privada, fomentada por la banca.

El poder de alienación es enorme. Y la alienación se da también en la propia identidad de los pueblos, la incapacidad de reconocer la alteridad entre pueblos. Y si eres incapaz de reconocer la alteridad, ¿cómo puedes mantener relaciones civilizadas y democráticas?

No tenemos nada parecido a una democracia. Estamos en lo que Gerardo Pisarello ha llamado “*un largo thermidor, la ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*”.

Nos encontramos en el contexto de una crisis del capitalismo. Las crisis han supuesto históricamente saltos en el proceso de reestructuración y concentración del capital. Hemos pasado de la “destrucción creativa” a la destrucción destructiva. Estamos en una crisis sistémica en la que están en juego tanto la estructura propiamente dicha, la base económica, pero también hay una crisis en el plano ideológico, que afecta a la superestructura jurídico-política, que está vaciada de contenido.

Para mí, el 15M no es el comienzo de la crisis del régimen. Es un síntoma. Antes del 15M escribí un artículo en el que decía que estábamos asistiendo a las fumarolas que preceden a la erupción de un volcán. Para mí, la clave para acelerar este proceso e ir hacia un nuevo ciclo histórico está en la coordinación de los movimientos sociales y las plataformas ciudadanas, la izquierda social y política, las izquierdas nacionales. Hacen falta espacios de encuentro donde identifiquen el enemigo principal, diseñen estrategias y métodos de combate conjunto y planteen una ofensiva contra este régimen en descomposición.

Estoy de acuerdo con lo que dijo Raúl Camargo sobre las cuestiones nacionales. Pero te has referido a “cuestiones territoriales” y no hay “cuestiones territoriales”. La organización territorial del Estado es una cuestión de derecho administrativo. El tema es la articulación de sujetos políticos de soberanía diferentes dentro del ámbito de un Estado. Esa es la cuestión. Por eso hay que entender los análisis que hacía hace muchos años Michael Lowy distinguiendo entre nacionalismos emancipadores y nacionalismos opresores. No vale la soberanía nacional si no va unida a la soberanía popular.

3. *Desarrollos, desigualdades, convergencias reales y potenciales en los movimientos sociales. Papel político de los movimientos sociales.*
4. *Izquierda política alternativa. Acción institucional y en las movilizaciones sociales. Convergencias, alianzas, pactos de gobierno. Relaciones en el marco estatal.*

Moderador: Os voy a proponer que combinemos los temas 3 y 4 en un único debate. Es probable que los temas se crucen en las intervenciones, y de hecho ya han aparecido en el debate de la mañana. Y además vamos un poco justos de tiempo. ¿De acuerdo? Vale, gracias. Empieza Quim.

Quim. Bueno, voy empezar con una reflexión que no sé si viene mucho a cuento. Se tiende a confundir movimiento social con movilización en general, y yo distinguiría el movimiento social, del que hablábamos antes, que entiende cómo está funcionando la situación política y la crisis de régimen y que ataca a cada uno de los vectores principales: por la democracia real, contra la deuda, etc., y además lleva en sí la propuesta de un mundo nuevo por decirlo así... Y luego están los movimientos sociales o movilizaciones reactivas a las medidas que toma el gobierno (las denominadas mareas) y que juegan un papel diferente que es el de protesta y no el de propuesta, ni el de crítica estructural a lo que está sucediendo...

Creo que es bueno separarlos porque el auge de las movilizaciones no significa que estas estén pensadas en una lógica de destituir el régimen y de ir incorporando propuestas de futuro y prácticas políticas de presente diferentes. Movilizaciones reactivas a las medidas del gobierno ha habido siempre, y son absolutamente justas y necesarias, pero no llevan en sí el germen de la transformación. Pueden llegar a generarlo en confluencia con otros movimientos y en la politización que estas supone en sí mismas, pueden ser el germen para que esa gente que participa de esas movilizaciones reactivas se incorpore a reflexiones más complejas, pero en sí mismas no suponen un avance, suponen un intento de freno pero no entran en la lógica de destitución del régimen.

Y esto es importante señalarlo porque estas son un poco las protestas y las movilizaciones típicas de la socialdemocracia, no porque no sean justas, ni legítimas, ni necesarias, sino porque a lo que aspiran en primer término es únicamente a frenar los recortes. Por eso es muy tentador para la socialdemocracia utilizar estos movimientos para autolegitimarse y legitimar el proceso de podredumbre preexistente al momento de la crisis económica que ha suscitado esos recortes.

Y esa es la lógica muchas veces de la vuelta a la izquierda al poder sin que esa izquierda plantee novedades ni proceso revolucionario o rupturista o cambios estructurales. Si gobierna la derecha, ataca esos servicios públicos (la sanidad y la educación básicamente), y eso genera suficiente protesta como para preparar la vuelta de la socialdemocracia, aquellos que van a defender básicamente estos dos grandes sectores públicos, más transportes públicos, etc.

Creo que ahora estamos en una crisis que va mucho más allá de esto, pero quería hacer este punto de reflexión crítico, porque no toda reacción a la crisis lleva en sí misma un potencial de transformación suficiente como para impulsar cambios; se puede convertir, sin quererlo, en arma de regeneración del régimen.

Raúl S. Creo que no te has ido por “peteneras”, Quim. Con la crisis sistémica, lo que Quim acaba de definir como movimientos de protesta ha cobrado la primera plana, y que por razones de actualidad, de presencia y de urgencia son el elemento fundamental estratégico de tanto el proceso destituyente como, sobre todo, del proceso constituyente.

El problema que tenemos, es una destrucción absoluta de lo público, un expolio, una nueva “acumulación primitiva”, es decir, estamos en el fin de la existencia misma de ese contrato social, de reproducción de clase que es el *welfare state*.

Lo “público”, el viejo sujeto que era el garante institucional y de relación de fuerzas que permitía ese “pacto”, ha sido ya descompuesto. Y la representación institucional de ese sujeto es extremadamente débil y corporativa. Entonces, el problema es que es preciso que la lucha sobre lo público, el *welfare state*, sea al mismo tiempo una redefinición política y estratégica de esa estructura misma. Eso significa que el proceso de constitución de clase que se tiene que dar ahí, tiene que ser capaz de generar unas estructuras de lucha de organización, de institución completamente nuevas y ese es el principal *impasse* que tenemos ahora mismo.

El problema de las luchas de lo público es que tienen que ser luchas sociales, inmediatamente políticas puesto que se está atacando a toda la sociedad. Ahora bien, estamos hablando de una cuestión difícil, compleja y abierta; qué es un proceso de constitución de clase, y ahí vuelvo a la idea del 99%. Si entiendo bien, en *Occupy Wall Street* se hablaba del 99% precisamente como proyecto de constitución de clase, es decir, contra la fragmentación que ha producido el neoliberalismo. ¿Quién padece y es explotado por este sistema del capitalismo rentista? Eso es una clase, una clase abierta, una clase procesual como decían Mao-Zedong y Althusser –ahí me va a atacar luego Jaime (*risas*)–, aunque en eso estamos de acuerdo, las clases se constituyen en las luchas, no preexisten a la lucha, y ese es el desafío del 99%.

Las ruinas y la fragmentación de las sucesivas derrotas sindicales y políticas, y la reestructuración social que ha producido el capitalismo financiero en el Estado español se traducen en esa división del trabajo entre sectores precarizados y sectores garantizados del empleo público, que es un problema fundamental de unidad de las luchas. Frente a esto, la estrategia del 99% permite redefinir lo público a partir justamente de una relación democrática; de una producción del servicio público que parta no tanto de quienes cotizan en el trabajo asalariado “normal” fordista en vías de desaparición y que financian ese servicio, sino desde la sociedad entera, el 99% que es explotado, oprimido con el solo fin de reproducir el 1%.

Esta es, a mi modo de ver, la única vía estratégica de redefinición de la cuestión de las “mareas”. Se trata, en primer lugar, de reapropiarse del servicio; de reinventar institucionalmente la sanidad, la educación para todo el mundo, universalizarla y practicar la autogestión en la medida en que las relaciones de fuerza, los saberes, la confluencia de esos recursos permita hacerlo. Y esto además debe acompañarse aquí en el Estado español, donde las comunidades autónomas tienen esas competencias, con gobiernos que respalden y refuercen ese proceso de reinención del servicio.

Todo esto redefine también la parte política: ¿pero qué es un partido ahora mismo? En este sentido, se trataría de invertir la vieja relación de la “correa de

“Ellos están más divididos, están más atrofiados, tienen más problemas, y nosotros hemos realizado a lo largo de estos cinco años unas experiencias tremendamente positivas que se siguen quedando bastante cortas, pero que yo creo que hay que poner en valor. (...) Hay que seguir golpeando en el mismo clavo”
(Sabino Cuadra)

transmisión”: ahora el partido sería la forma extremadamente controlada y extremadamente revocable para estar en las instituciones vigentes o en las formas representativas y de gobierno de las que nos dotemos en lo sucesivo. En este sentido, la estrategia y el análisis pertenecen a las formas de movimiento, pues no hay otra estrategia que salir de ese marasmo que está produciendo “la acumulación primitiva” actual, que está llevando a cabo una verdadera masacre social. Y ese es el escenario en el que tanto las pasiones civiles positivas, en las que nos apoyamos, como las destructivas o las de los microfascismos se están gestando.

Adoración. Voy a retomar alguna de las ideas que ha plasmado Quim para intentar unir las dos cuestiones, movimientos sociales y la izquierda política alternativa. Para empezar, creo que es evidente lo que hay, lo que tenemos: vivimos en

medio de una movilización continua en medio de plataformas que están intentando agrupar, como Frente Cívico, Constituyentes..., agrupaciones de carácter más puntual como el 25S, otras articuladas en pos de unos objetivos muy determinados como la PAH..., en fin, una continua movilización que nos lleva, conjuntamente con aquellas convocadas por los sindicatos a los que se aúna la izquierda tradicional, a estar continuamente en la calle. Sin embargo, normalmente, tras las manifestaciones volvemos a nuestra casa como si nada hubiera ocurrido. Se está ritualizando, en cierta manera, la movilización que no los movimientos.

No solamente en el Estado español, sino también en Europa, estamos ante una movilización continuada que no conduce a cambios relevantes. Y ante un escándalo continuo de corrupción, de malversación, de pauperización, de acumulación por desposesión de las clases subalternas que se movilizan en la calle con escasos resultados.

Para intentar responder por qué aquí no pasa nada habría que señalar dos retos a los que se enfrentan actualmente los movimientos sociales. Un reto de discurso y un reto de praxis.

El reto de discurso: el problema es que muchos movimientos sociales están anclados en la reivindicación de un derecho propio del Estado de bienestar, en la vuelta al pasado. Pero el reto es dar el salto adelante, no solo reivindicar “yo quiero volver a tener” o “yo quiero que se conserve mi trabajo”, sino plantear un modelo alternativo y no solo apelar a un Estado de bienestar que era insos-

tenible ecológicamente, económicamente y éticamente. El reto, pues, ir más allá de la reacción o incluso de la vuelta al pasado para pasar a un planteamiento político alternativo y articulado.

El segundo reto, a mí me parece el más complejo y el más urgente ahora, el tema de la praxis. ¿Si en el año 2012 se realizaron unas 42.000 manifestaciones, a 111 por día, por qué no ha pasado nada? ¿Por qué no hemos conseguido remover realmente a los poderes establecidos cuando nos hemos pasado el año en la calle? Pues porque nos seguimos basando en los métodos tradicionales de protesta. Y esto cuando estamos ante una ruptura del vínculo entre representante-representado, donde los poderes establecidos ya no son sensibles a lo que quiere la ciudadanía, porque ya no representan a la ciudadanía, con lo cual les da lo mismo vernos en la calle que no vernos en la calle, cuando lo único que les interesa es el apoyo electoral cada cuatro años, y con eso tienen suficiente y se auto-legitiman el resto. Luego estar en la calle y manifestarnos de la manera en que lo hemos hecho no es suficiente.

Por otro lado, el tema del poder, el poder ya no está en el Parlamento, el poder está difuso, está en numerosos sectores, con lo cual cuando dirigimos nuestra acción solo hacia los poderes establecidos en el plano político a nivel estatal o en el plano autonómico pues tampoco parece que podamos conseguir mucho. Y sobre todo, la violencia de Estado: con el 15M dijimos que habíamos perdido el miedo, pero con el 15 M seguimos actuando creyendo que la violencia de Estado se iba a utilizar en unos parámetros de legitimidad y legalidad que ha resultado no ser así. Durante mucho tiempo nos pegaron, pero resistimos hasta que empezaron las detenciones y ha empezado la violencia económica a través de las multas y esto de que “perdimos el miedo” es relativo, pues mucha de la gente que estuvo en las plazas ha sido multada y ha sido detenida y ha vuelto a tener miedo, lo cual es muy normal, pues la violencia de Estado está ejercida contra la ciudadanía de manera ilegítima e ilegal.

¿Qué hacemos? No se trata de dejar de hacer lo que tradicionalmente hemos venido haciendo como arma de protesta de la izquierda y de los movimientos sociales: la protesta en la calle. Pero hay que ir más allá, hay que reinventar nuevas formas de protesta, nuevas formas de movilización, hay formas que últimamente están saliendo bien como el *escrache*, o la huelga de consumo. O el tema del contrapoder a través de las experiencias cooperativas, pues hay ámbitos del poder que si se retiran de manos del Estado y se lo reapropian los ciudadanos pueden funcionar, como la Coop57, que es una de las experiencias que demuestran que se puede construir desde fuera.

Qué puede hacer la izquierda ante todo esto. No es que no haya movimiento sin izquierda, sino que no hay izquierda sin movimiento. No hay partido sin movimiento. La izquierda política tiene que convertirse en movimiento social.

Y en el ámbito institucional la persona que esté en la institución debe estar al servicio de la calle, ha de dejar de ser el representante tradicional para con-

vertirse en un altavoz, una correa de transmisión, absolutamente sometido al control permanente de las personas que conforman el movimiento sociopolítico. Todo esto además tendiendo hacia un frente amplio que pueda llegar a aglutinar a la mayoría de las clases subalternas.

Laia. Creo que en un punto como este, en el que hablamos de convergencias posibles entre movimientos sociales y política, hemos empezado un poco negativos como izquierda política. Sobre todo teniendo en cuenta el contexto que hemos vivido en los últimos años. Aunque creo que el contexto político, el contexto institucional, es muy malo hay que poner en valor lo que está pasando. Soy consciente de que como izquierda siempre somos hiperexigentes y es una de nuestras misiones, pero hay que poner en valor el número de movilizaciones que Adoración ha señalado, la cantidad de movimientos, la cantidad de nuevas experiencias cooperativas, comunitarias, de ayuda mutua, en defensa de los bienes comunes... Todo esto resultaba impensable hace unos años. Es necesario autoexigirnos, y poner una hoja de ruta hacia donde sería deseable caminar para llegar a ese proceso constituyente del que venimos hablando desde el principio. Pero no empezaría diciendo lo que no nos vale, sino situar las luchas en su recorrido. Es decir, hay muchas luchas que son simplemente resistencialistas y abocadas a mantener lo que se tenía, pero eso es lo lógico, es la condición humana, cuando a uno lo están agrediendo se quiere defender, y eso es una semilla para construir algo. Y de hecho el 15M que empezó diciendo “basta, esto no lo quiero” se va a las plazas, empieza el diálogo y se empieza a articular también el conocimiento y el aprendizaje, empezamos a hablar, se crean las asambleas de barrio..., y mucha gente hoy es capaz de hablar de qué significa la privatización de la sanidad, cuando antes la gente que no estaba politizada estaba totalmente “desnuda” ante un bombardeo de mensajes institucionales, de los *mass media*, por todas partes..., y estaban completamente indefensos, mientras que ahora se han articulado esos mecanismos de defensa. Creo que no debemos entrar en la lógica de que hoy me he movilizado, o me he movilizado diez veces, y no he conseguido resultados, porque no hay ninguna movilización que de forma inmediata los consiga.

El otro punto a considerar es qué hacemos desde la política y cómo aglutinamos toda esa cantidad de energía, de conocimiento del movimiento social desde una perspectiva política. Es evidente que eso debe ser desde un movimiento de abajo arriba, porque está claro que un cambio a nivel institucional sin un acompañamiento, una exigencia y participación constante de esa base social que ha exigido ese cambio y ese proceso no tendrá ningún sentido. Entonces, qué hace aquí la izquierda, ¿cómo aglutinamos todas las fuerzas de la izquierda política y trabajamos conjuntamente?, ¿es posible ese trabajo conjunto?

Y esto nos lleva a un último elemento que me preocupa, gente que queda fuera de la movilización, que está fuera de la politización, que no ha votado nunca y que seguramente son los que están en el último eslabón de la crisis,

cómo llegamos a ellos. De momento ni los viejos movimientos ni los nuevos movimientos ni gran parte de la izquierda logra llegar. Ese también debería ser uno de los retos a reflexionar.

Raúl S. Solo un comentario respecto a la “separación” entre política y movimiento social. Sé que estamos de acuerdo, pero intervengo para subrayarlo. Si algo ha hecho el 15M es abolir la separación político-social. Y esto es muy significativo para la izquierda, que tendemos a conservar esas cantinelas o decir eso de: ¿qué hacemos las vanguardias?

Adoración. Me debo haber expresado mal, yo no digo que las movilizaciones no han servido de nada y nos podíamos haber quedado en casa. La cuestión es que creo que las movilizaciones no están haciendo el daño al sistema que deberían. Evidentemente creo que hay que mantenerlas, pero siendo conscientes de lo que nos está fallando. Creo que es posible combinar rebeldía y desobediencia, y formas alternativas con reivindicaciones de tipo más tradicional, la PAH es una buena muestra de ello.

Sabino. En relación con todo esto que estamos discutiendo, quería sacar otro tema que tiene relación también con el anterior, el de la crisis institucional, del régimen, de Europa, etc. En la medida en que estamos aquí en una mesa donde hay gente de todo el Estado y se está discutiendo también a este nivel. Creo que hay que romper, también en Euskal Herria, con esa especie de concepción que entiende que los movimientos nacionales contaminan los movimientos sociales, y que es un tema que mejor no tocar porque puede provocar divisiones, etc., enturbiar las reivindicaciones sociales que siempre son mucho más nítidas y claras... Yo creo que esto es un error muy grande, tanto en las nacionalidades oprimidas del Estado como en el propio marco estatal.

Hago referencia con esto a una constatación: el nivel social de autoorganización y de contestación social que se ha demostrado en las últimas décadas en Euskal Herria en todos los terrenos, en el ecológico, social, sindical, feminista, etc., en todo momento ha estado imbricado con las luchas cotidianas que se estaban dando allí en el terreno de las libertades nacionales, sin que esto signifique que haya habido unas relaciones perfectas, porque también han sido en ocasiones conflictivas.

Así, lejos de enturbiar nada, esta imbricación del elemento nacional y el social es el que ha podido servir para hacer incluso más populares las propias luchas que se estaban dando en los distintos movimientos sociales. Y voy hacer una referencia concreta al terreno sindical, ya que es un debate que ha surgido también por ahí en relación a huelgas generales.

En Euskal Herria ha habido unos procesos de desindustrialización muy fuertes, terribles, en Vizcaya sobre todo, pero en el resto también, con unas luchas sindi-

cales importantes. Como consecuencia de estas fuertes movilizaciones se ha producido un trasvase de la representación del marco sindical, y se ha pasado de aquella situación muy mayoritaria de implantación de CCOO y UGT en los años 70 a la situación de hoy donde existe un 62-63% agrupada entorno de lo que se llama la mayoría sindical (ELA, LAB, ESK, EILAS) y el resto entorno a CCOO y UGT.

¿Qué quiero decir con todo esto? Pues que articular, incluso la lucha sindical, en torno a unos parámetros de lucha más popular, de lucha más nacional, tal como allí se ha dado, ha servido para defender mejor las reivindicaciones obreras, las reivindicaciones sindicales, y el voto sindical de la clase obrera vasca así lo ha expresado.

Esto choca con quienes, desde una lectura excesivamente marxista de manual, pueden pensar que la articulación estatal sindical de la lucha obrera puede defender mejor los intereses de una clase que no tiene fronteras, etc. Sin embargo, los niveles mayores, con mucha diferencia, de colaboración con la burguesía nacional vasca no se han dado por parte de los sindicatos nacionalistas vascos, sino por parte de CCOO y UGT que en todo momento han estado sacándole las castañas del fuego al PNV, mientras que la confrontación se estaban dando por parte de ELA y LAB. Así pues, CCOO y UGT no solo practicaban una colaboración directa con su burguesía a nivel estatal, sino que la practicaban también en Euskal Herria con la burguesía nacionalista y en contra de unos planteamientos llevados a cabo por esos otros sindicatos que hacen también de lo nacional un elemento estratégico.

Yo creo que esto es conveniente decirlo de cara a luego hacer otras discusiones. Porque la soberanía por ejemplo, a la que antes hacíamos referencia, no solo tiene que ver con lo político, y aquí estamos hablando de imbricar lo social y lo político. La soberanía a aplicar en el marco de la articulación de un programa también tiene que ver, y mucho, con la propia problemática nacional.

Y en esta medida, sin hacer blancos y negros, pues hay luces y sombras en todas las estrategias, hay que plantear la importancia de la soberanía también en ese terreno de la articulación organizativa, de la articulación de la movilización. Por ello, movidas impulsadas desde una perspectiva estatal, si bien pueden contener componentes positivas indudables, pueden terminar resbalando por encima de bastantes de los problemas y de bastantes de las movilizaciones que allí en concreto se están realizando, por no asumir política y organizativamente la realidad de la lucha vivida en Euskal Herria.

Raúl C. En primer lugar, un apunte sobre algo que se ha comentado antes. Pese a que no tengan efectos inmediatos, creo que las movilizaciones sí sirven, aunque sean pequeñas, sectoriales, parciales..., no tengamos fuerzas para unificarlas, hacerlas más masivas y más frecuentes..., igualmente pienso que sí sirven. Pero también necesitamos, efectivamente, unificar, masificar y dotarnos de un plan a medio y largo plazo de movilización que acabe siendo capaz de obtener

victorias, de aglutinar sectores, unificar luchas y que, finalmente, sea también capaz de plantarles cara en el terreno político. Por eso es más necesario que nunca que el plano social y el político se entremezclen, que tengan una complicidad muy grande y que uno ayude a fortalecer al otro y viceversa.

Quería hacer mención al 15M, que es el factor más importante en cuanto a movilización social que hemos tenido en el último tiempo. Viendo lo que ocurre en países como el fenómeno Beppe Grillo en Italia, me da la impresión de que aún es más importante de lo que pensábamos lo que ocurrió aquí con el 15M.

Aquí el 15M canalizó toda la indignación hacia energías sociales que se transformaron en asambleas y en reivindicaciones, y que permitieron dotar de masividad y de una fuerza social que no tenían aún a espacios como la PAH. Por otra parte, las mareas no se entenderían sin el 15M porque inicialmente tenían un carácter más de tipo sindical y ahora tienen un contenido mucho más democrático y ciudadano, se extienden más allá de la gente que trabaja en esos servicios públicos.

Otro factor importante de la actual situación son los sindicatos. Los sindicatos mayoritarios están paralizados a pesar de haber convocado tres huelgas generales en el último periodo; han sido huelgas que no han tenido luego utilidad, que no han sido fruto de un plan de lucha establecido y debatido con otros movimientos. El 14N, aunque a lo mejor laboralmente no fuera todo lo bien que debería haber ido, en la calle tuvo una respuesta masiva, pero luego eso no tuvo continuidad. Convocan una huelga general y luego se van a negociar en secreto con el gobierno a ver si consiguen mitigar algo el tema de las pensiones... Es desesperante.

En todo caso hay que seguir presionando. También aquí los sindicatos alternativos deberían tener un papel mayor del que juegan, pues frente a la crisis del sindicalismo mayoritario, quitando los casos de Euskal Herria donde el sindicalismo mayoritario es otro o incluso Galicia donde hay un sindicalismo mayoritario más combativo, pero en lo que es el núcleo de la "pequeña España", por decirlo así, los sindicatos alternativos tienen muchas dificultades para tener un papel influyente y, a veces, también dificultades burocráticas, aunque hay ejemplos meritorios como el del SAT y otros.

Por otra parte, creo que el fenómeno inmediato más interesante es el de las mareas, son procesos en los que se están uniendo nuevas formas de organización, nuevas formas de movilización. Ahora el reto que tienen ante sí es encontrar una manera de unificarse, de golpear juntas y de hacerlo mediante un plan a medio y largo plazo. Hay que evitar los problemas que ha habido en el caso de la marea verde y que le empieza a ocurrir a la blanca. Salen con explosiones muy fuertes, con procesos huelguísticos muy continuados en el tiempo, pero el gobierno tiene la capacidad de aguantar, y finalmente la propia saturación de la gente o la imposibilidad de estar perdiendo dinero por las huelgas de forma reiterada hacen que el fenómeno acabe desgastándose mucho.

El reto que tenemos por delante ahora mismo es la unificación de las mareas y el establecimiento de mecanismos de coordinación fuerte entre ellas y plataformas como la PAH y otros movimientos que surgen.

El tema de la izquierda política lo dejo para una segunda intervención.

Adoración. Solamente una cuestión, has comentado que la movilización en sí misma sirve, pero a la vez somos conscientes de que estamos agotándonos, de que se está exigiendo un sacrificio que a la larga conlleva frustración, desánimo... Entonces la pregunta es ¿para qué? Mi pregunta, insisto, no es pesimista; intentar buscar una praxis que no nos lleve a la frustración y al desánimo. Y si mantenemos la estrategia de movilización continuada y permanente, como un mosquito que está picando en un muro de acero, pues quizás no es la estrategia adecuada.

Creo que, por un lado, el proceso destituyente requiere mantener la movilización permanente, pero nos urge encontrar la manera de hacerla efectiva sin agotarnos, como también pasó en el 15M, también morimos de agotamiento en muchos aspectos.

Frente común, calendario común..., de acuerdo en todo, pero pensemos el “cómo”, no nos lancemos sencillamente a salir a la calle porque necesitamos algo más...

Xosé Manuel. Retomaré la distinción que hacía Quim sobre los movimientos, pues me parece que desde un punto de vista metodológico es muy útil. Por una parte, los movimientos o las movilizaciones de tipo reactivo, de crítica o de protesta que abren cauces a la indignación y a la rebelión civil y luego los movimientos sociales entendidos, como por lo menos yo los entiendo, que son los encargados de ir tejiendo los mimbres de las alternativas y la autoorganización de la izquierda social y de la sociedad civil. En este sentido creo que la clave de la reformulación de la política se debe plantear en términos del movimiento político y no de la organización política.

¿Qué es un movimiento político? Pues es aquel que se engendra, se construye y se dinamiza en la sociedad civil politizada. Por lo tanto es la expresión de la democracia participativa. Ese movimiento político necesitará dotarse de un instrumento que catapulte eso en la sociedad política, es decir, en la superestructura jurídica política. Pero si llegamos a la conclusión de que esa superestructura política no vale, si llegamos a la conclusión de que están empezando a crujiar los límites o, lo que diríamos en términos de teoría marxista, las leyes de correspondencia entre la base y la superestructura, que está reventando, no sabemos si va a haber una reformulación de la superestructura de tintes totalitarios que nos aplaste o va a haber un “reventón” desde abajo que la rompa. En este contexto hay que situar los instrumentos políticos de los que se dote la sociedad, la mayoría social en movimiento, en combate..., utilizando también fenómenos explo-

sivos e implosivos como son los movimientos de indignación y rebeldía, que necesitaremos proyectarlo con instrumentos nuevos.

Algunos de los instrumentos políticos existentes están en proceso de regeneración, de renovación, de asunción de una nueva cultura política. Nuestra experiencia en Galicia es esta: estamos viendo un proceso de confluencia de dos culturas políticas, la de la gente que “estamos de vuelta”, los “desencantados” y que intentamos una reformulación de las organizaciones internas en parámetros clásicos y con los tics de partido y de aparato incluso típicos de esta cultura, y la gente que procede de la indignación, del esto no me vale y yo lo que quiero es manifestar mi protesta y cómo participo y construyo una cosa diferente.

Entonces, estos instrumentos tienen que ser de nueva factura, que a veces incluso pueden ser creados en la unidad de acción en la instancia institucional, como es el caso de la AGE en Galicia. Igual que hay unidad de acción para una huelga o una movilización, por qué no una unidad de acción para irrumpir en la cámara de representantes anquilosada, convertida en una mierda, y romper el juego y marcar otra manera de actuar. Utilizar la representación institucional simplemente para eso, para retroalimentar la movilización social, y las nuevas formas de rebelión cívica y el proceso de construcción de los nuevos movimientos políticos organizados y las nuevas formas de partido.

Por otra parte, estábamos hablando de sindicatos. En Galicia está la CIG que incluso es el más representativo en empresas de grandes dimensiones y que está equiparado en potencia representativa a cualquiera de los otros dos, CCOO y UGT. Pero dentro de ese sindicato se está viviendo la dialéctica entre un cierto proceso de esclerosis o de burocratización análogo al de los partidos y, por otra parte, sectores y corrientes dentro del sindicato que están cambiando esta lógica.

Y solo una palabra más, para mí fue enormemente enriquecedora la experiencia de los procesos de los foros sociales mundiales, desde 2001 en adelante. Aprendí de la creación de redes, por ejemplo de la red por la autodeterminación de los pueblos, de los movimientos indigenistas latinoamericanos, etc. Pero también aprendí una cosa de la etapa en que estuve en el consejo internacional del Foro Social Mundial: que todos esos movimientos altermundistas antisistema tenían que plantearse en un momento dado proyectarse a la esfera política y si se negaban a dar ese paso entonces efectivamente el mundo no se podría cambiar.

Ese también es el reto que tienen los movimientos sociales. Las huelgas, el acoso, la movilizaciones, etc., son absolutamente indispensables, no caen en saco roto, no son inútiles, al contrario, son procesos acumulativos: siempre hay un decalage entre el cambio de la dinámica en la sociedad y el cambio que se visibiliza en las instituciones, está clarísimo. El *Nunca mais* de Galicia del año 2002-2003 no tuvo su impacto en las elecciones municipales de junio de

“... las izquierdas, tienen que hacer una constituyente interna, tienen que establecer una serie de procesos de consulta, de discusión masiva y transversal, a ser posible no partido por partido, sino como foros sociales constituyentes. Y al mismo tiempo un mecanismo de generosidad o de apuesta...”
(Raúl Sánchez Cedillo”)

ese año, pero lo tuvo en las elecciones al Parlamento de Galicia de 2005. Pero este simple traslado a las instituciones también tiene que remudar las instituciones, no sirven esas instituciones, no sirven.

Ahora, cuando estamos pensando en la necesidad de una ruptura democrática, no se trata solo de acabar con la monarquía con el reino de España, etc., no es solo que tenga que haber un diseño de un pacto confederal si queremos estar todos dentro, porque sino algunos no vamos a estar. No es solo eso, es que la manera de diseñar, por ejemplo, la relación entre un poder judicial y el poder democrático de verdad, de cámara de representantes, tiene que ser completamente distinto, no puede ser el diseño que hay aquí... La Constitución boliviana, por ejemplo, declara una constitución plurinacional; ¿por qué?, porque entran los pueblos originarios, los aymaras fundamentalmente, que nunca habían contado. Y la Constitución venezolana consagra el poder popular de las

comunidades, que es un cuarto poder, que tiene su propia estructuración y está al nivel de los demás. También la Constitución venezolana establece los derechos de la naturaleza. La naturaleza ¿puede ser un sujeto de derecho? Pues sí. Tenemos que cambiarlo todo completamente, no valen los actuales esquemas, y este es el gran reto.

Acabo con el tema de la relación entre los movimientos sociales y política. Los movimientos sociales deben ser movimientos políticos, en el sentido propio de tener una orientación y unos objetivos políticos, no entendidos convencionalmente como lo que hace un partido o lo que hace un directorio. Y después la izquierda política alternativa tiene que nacer de ahí y ser instrumento controlado por los de abajo. Y esta es una forma de entender la relación entre la sociedad y la superestructura política de nuevo cuño, este es el reto.

Raúl S. Has hecho un recorrido muy transversal e interesante, pero querría volver a un tema, inevitablemente espinoso, que hemos sobrevolado, que es el del movimiento social más viejo y que es central en esta confluencia entre movimientos sociales y su expresión política: el movimiento sindical y lo que está detrás: el movimiento del trabajo, que ahora mismo es problemático. Raúl Camargo ha señalado el problema de los dos grandes sindicatos del Estado, que son un poder constitucional y forman parte del régimen actual, son parte de la constitución material del régimen del 78.

El problema es que en la defensa de lo público siguen siendo tanto un actor como una rémora fundamentales. ¿Cómo se rompe ese escollo más allá de la denuncia? Yo creo que la forma del movimiento, y vuelvo a la cuestión de antes, es determinante, y es algo que tiene un aspecto “institucional” y un aspecto programático. Cuando no hay lucha de clases, no hay clase; hay una superestructura pero que no responde a una composición de clase, no hay una relación ni de determinación ni de expresión. Justamente el ciclo de protestas que se abre antes, pero en gran medida con el 15M, con la configuración de las mareas, abre una oportunidad de constitución de clase, de transformación interna de la composición de clase. Ahora bien, ¿a partir de qué elementos institucionales pero también de qué elementos de reconstrucción?

Respecto a la forma del movimiento yo creo que la dimensión de la red es fundamental. O sea, la red tiene aspectos técnicos, tiene aspectos organizativos, pero creo que el 15M es absolutamente inconcebible sin esa dimensión política de la red que ha permitido una capacidad de afectación social sin precedentes. La red corresponde o puede dar una dimensión antagonista a la fragmentación, a la individualización, es decir, se hace posible el uso político, la subjetivación política de la red. Para dar una dimensión de movimiento político, como señalaba Xosé Manuel, y de movimiento constituyente, el movimiento tiene que tener una forma institucional y una forma de contrapoder radical, en lugar de que tengamos que esperar a ver si Toxo y Méndez hacen esto o lo otro, eso es intolerable desde mi punto de vista. Por eso yo creo que la red y la forma institucional de la red es una herramienta fundamental de reconstrucción de clase y de reconstrucción del movimiento en lo público.

Lo que se juega en este proceso de politización de masas, en este proceso de las mareas, es la redefinición social de la institución del trabajo. Es decir, ¿qué es el trabajo? ¿Qué era el trabajo para el movimiento obrero? Estamos hablando también del trabajo reproductivo, del trabajo del cuidado, de la actividad propia de los parados. Creo que de las disertaciones sociológicas de todo este periodo de análisis del neoliberalismo estamos pasando a una experimentación de masas. Y en el Estado español encontramos aspectos bastante positivos respecto a otras situaciones, en la medida en que hay una dinámica de luchas muy abiertas en las mareas, en el proceso de deslegitimación sindical, donde creo que se juegan estos sentidos de clase, esta redefinición de la clase, sin la cual no hay izquierda. La izquierda es un concepto de clase y de más cosas, pero sin asumir este problema, yo creo que no hay proyecto de izquierda, puesto que las divisiones van a ser recurrentes.

Hay quienes siguen pensando en los dorados años 60 del fordismo como un horizonte posible cuando arreglemos todo esto. Obviando así al tercio (o más) de precariado que ya no tiene una relación “cultural” con el trabajo, ni tiene una relación institucional con el movimiento obrero, pero que obviamente es clase, y obviando también el trabajo reproductivo doméstico y el trabajo subalterno de los sujetos poscoloniales que han sido el sostén de todo esto. Yo creo que es a

partir de estas matrices desde las que tenemos que pensar el movimiento de las mareas y su dimensión estratégica.

Quim. Unas cuantas reflexiones alrededor de cosas que han surgido. Reflexiones que también me han surgido desde mi práctica política. Por una historia de los bancos se quería privatizar el agua de mi pueblo, en esto surgió la defensa sindical de los puestos de trabajo e hicieron la tarea de lobby a los diferentes grupos municipales para que se pronunciaran en contra de la privatización. La propuesta nuestra fue (la dificultad del ayuntamiento era que necesitaba quince millones de euros y eso le solucionaba el problema de liquidez) que no podían defender la compañía de agua tal cual estaba. Si ellos la querían vender al 49% a una multinacional, nosotros propusimos vender el 49% de participaciones a gente de Vilanova y evitar así que nadie la pueda volver a poner a la venta. Esto permitiría repensar la relación de la compañía de aguas y la población en otros términos, de tal modo que quedará blindada a la privatización y además proporcionar liquidez al ayuntamiento. Entonces, el ayuntamiento dijo que no hacía falta venderla y ahí se quedó todo. Se paró la movilización sindical y ya no se supo más de ello.

Pues bien, creo que la cosa va un poco en esa línea, en la línea de anticiparte, pues no servirá de nada si paramos ahora una privatización, porque el ataque frontal es tan bestia que si paras esto va a pasar por aquí y si paras por aquí va a pasar por al lado, y si evitas que cierren urgencias será una victoria popular pero van a cerrar las del otro pueblo. La batalla es común y el frente también tiene que ser común.

Al principio de la crisis había tres discursos desde la patronal: “de esta solo salimos entre todos”; el otro era “antes eras ‘paleta’ ahora hazte emprendedor”, y finalmente el de los “sindicatos malos”. Había crispación social con los sindicatos; hay crispación social sobre su funcionamiento, sobre su utilidad como palanca de cambio, sus estructuras, su burocracia..., y al inicio de la crisis se aprovechó este autodesprestigio de los sindicatos para decir “ahora nos los cargamos”. Ahora no se les cuestiona tan masivamente como hace tres o cuatro años, porque han salido más a la calle, etc., pero no han cambiado y eso es preocupante.

A los sindicatos les ha pasado un poco como (y esto es una opinión desde una sensación externa a esa realidad) en el debate de IU; que cuando baja en votos hay reflexión sobre “qué nos pasa internamente”, “cómo renovarnos”, etc., y a la que el PSOE baja en votos y ellos suben, parece que se termina ese debate porque ya vamos bien... A los sindicatos creo que les ha pasado un poco lo mismo, solo hay un sindicato en Catalunya que intenta romper esta lógica que es la IAC y que hace de articulador del movimiento social y se implica, y cada movilización también se convierte en movilización social, etc., pero es muy débil.

Por otra parte, cuando antes he dicho que las manifestaciones no servían, he sido muy crítico pero es que no sirven; crean cultura política, la cultura de salir

a la calle, etc., todo eso es positivo en cuanto acumulación de cultura de lucha, pero en cuanto a confrontación con el poder, en términos de desgaste del poder, en términos de avanzar hacia un cambio, sirven demasiado poco y cansan demasiado mucho.

Hace falta salir a la calle, pero que estas movilizaciones sigan una estrategia de derroque o (si no estamos en posición de derrumbarlo) de conseguir objetivos concretos. Y ahí demostrar la utilidad de la acción colectiva. Es importantísimo que más que sumar cultura de salir a la calle porque sí, consigamos cultura de victoria en la movilización popular y eso es la PAH ahora mismo. Además, las redes permiten que no haga falta una estructura “político-militar” para organizar las movilizaciones, la cosa es mucho más ágil. Hay que trazar una hoja de ruta colectiva, alguien ha dicho que el intelecto tiene que estar en el movimiento no en el partido, pero tiene que vincular también a los partidos a esa estrategia pensada desde el movimiento, y tiene que intentar un repertorio amplio de tipos de movilización, cada cual según el objetivo o la estrategia que se dictamine, que se considere que puede ser útil, pero con un fin, que es conseguir victorias.

Otro tema: la defensa corporativa de los servicios públicos. Se atacan los ayuntamientos desde la derecha y sale la izquierda en pleno diciendo “los ayuntamientos son la base de lo público”. Es como cuando se ataca a un servicio público y se activa una defensa reactiva que impide pensar el servicio público en otro concepto que además combine lo que para nosotros en la CUP es una obsesión: que la solución no está en que todo lo que estamos defendiendo sea propiedad del Estado sino que, sobre todo, sea propiedad del pueblo. Si tan importantes son y tanto nos los creemos tendrían que ser en parte propiedad del pueblo. No quiero que el agua sea pública sino pública-popular. Es decir, que sea una combinación de propiedad pública y de accionariado popular de algún tipo, que pertenezca al pueblo de algún modo, y eso no es público. Público ahora mismo significa que es del Estado y nosotros planteamos que haya propiedades público-populares, mediante cooperativas, mediante accionariados. Se puede decidir que en la compañía de agua de tal municipio se constituye una mitad que forma parte de los ciudadanos, y cada ciudadano tendrá proporcionalmente una acción de esa compañía y la otra será pública.

Xosé Manuel. Pero la alternativa no es público-popular sino público común, comunal.

Sabino. Hay un elemento que me parece importante alrededor de todo este tema de vaciamientos de poder, de creaciones de otros espacios, de cooperativismo... Antes se ha comentado también que esto está podrido, que el hundimiento del régimen es poco menos que un proceso natural... Yo pienso por el contrario que el elemento de confrontación (y cuando hablo de confrontación quiero decir confrontación en grande) es algo que tiene que estar también presente en

el análisis, pues no se trata tan solo de buscar propuestas alternativas y reinventar fórmulas. Es verdad que hace falta mucho de todo esto: quitar viejos vicios, quitar viejas inercias y todo lo que se quiera. Pero después, cuando a fórmulas imaginativas y nuevas como los escraches les empiezan a llover las multas, estamos en el mismo problema de antes. Cuando te tropiezas con las porras y con los procesamientos por participar en una manifestación o en una ocupación, no puedes abstraerte de la necesidad de abordar el tema de la confrontación social y la desobediencia civil. Esto no son las murallas de Jericó que empiezas a tocar las trompetas y de repente el régimen se cae: o las derribas o no se caen. Entonces, no vamos a buscar atajos ni fórmulas que eviten en el camino y al final estos elementos de confrontación (y no estoy hablando aquí de movimientos armados ni nada de eso, ese es otro debate).

Hablando de movimientos sociales, es muy importante subrayar todos los elementos que tienen que ver con los aspectos de autoorganización y autonomía de los mismos porque si esto no se tiene bien fundamentado y llevado a la práctica, la práctica puede conducir a gestiones o “manipulaciones” un tanto raras de todos estos movimientos.

Por otro lado, tras los análisis que hemos hecho tanto a nivel europeo como a nivel estatal, el tema de la desobediencia civil a mí me parece importante, porque los cauces de participación legales a todos los niveles están muy viciados; porque los poderes fácticos, al margen de las propias leyes, son muy poderosos y están ahí también obstaculizando y cortocircuitando cantidad de todas estas fórmulas organizativas que nosotros podemos pensar que sirven.

Luego, hablando de los movimientos sociales y de partidos políticos. Veo también que la moneda tiene dos caras. A mí me parece muy importante el buscar elementos para dar contenido político a lo que es la movilización social, a las organizaciones sociales y darles una perspectiva de cambio, de ruptura..., pero al mismo tiempo es preciso avanzar también en una dirección paralela. Es decir, es preciso impulsar también la socialización de estas mismas formaciones políticas, pues es evidente que estas, muchísimo más por supuesto las grandes formaciones, tienen serios problemas de asentamiento social en la parte militante y afiliativa, que cada vez es más débil, y esto convierte estas formaciones en una carrera por la búsqueda de subvenciones institucionales y favorece la aparición de castas políticas separadas y distantes de la realidad social. Por tanto, conseguir una afiliación y militancia asentadas en nuevas formas organizativas y relacionales es fundamental. Se trata de politizar los movimientos, pero también de socializar a las formaciones políticas existentes.

A pesar de todo, subrayaría bastante el tema de la unidad, de la unidad de las izquierdas, de la unidad de las formaciones sociales, pues sin este elemento también es muy difícil poder avanzar en otras direcciones. En una de las últimas huelgas generales que se han hecho a nivel estatal, aquí en Madrid, no en la última sino en la anterior, me sorprendió cómo aparte de la manifestación oficial de

CCOO y UGT existían cinco manifestaciones alternativas más organizadas por cinco corrientes sindicales y sociales diferentes. Eso no es plan. Afortunadamente en la última huelga general, más o menos, todo el mundo funcionaba dentro de un mismo marco de contestación y en una única manifestación. El objetivo de la unidad es un objetivo estratégico en cualquier movilización, en el trabajo social y en el trabajo político. Otra cosa es que no la consigamos, pero siempre debe haber tareas que trabajar en esa dirección.

Y después, en relación a lo que comentabas Quim, a mí me surgen un pilón de interrogantes, pues uno de los mensajes generales del sistema respecto a lo público va por la “socialización” de esos servicios públicos dejándolos en manos particulares también. Ya sé que no es lo que quieres decir tú, Quim, pero ese mensaje de que, por ejemplo, el sistema de pensiones tiene que tener una componente de aportación individual, particular y privada, está muy presente en debates en que he estado metido últimamente en la Comisión del Pacto de Toledo –pensiones– del Congreso.

Ese mensaje de hacer corresponsable a la sociedad, en parte, de lo que es la prestación de servicios sociales, es algo que está muy operativo hoy en día, en relación con el debate relativo a la privatización de los servicios públicos. En lo de tu pueblo Quim ni me meto, y tú no te metas en el mío (*risas*) pero claro, la posibilidad de comprar acciones está limitada, pues un 23 o un 25% de la población no puede comprar esas acciones porque está viviendo por debajo del umbral de pobreza. Entonces, habrá una parte que pertenecerá al ayuntamiento y otra parte que pertenecerá a la gente que puede comprar esas acciones, pero habrá una buena parte de la población que no podrá acceder a ese poder de decisión sobre ese bien tan esencial para la vida social como es el agua.

En cualquier caso, veo la tremenda virtualidad que tienen las propuestas que se hacen en estos sentidos. Y pienso además que en el proyecto que nosotros tenemos que impulsar tiene que afirmarse al mismo tiempo tanto la propiedad pública o institucional como una propiedad cooperativa, social y comunal. Y toda esta mezcla de propiedades es buena y el proceso nos tendrá que ir marcando las distintas componentes, porque también hay muchas trampas en todo lo que está ocurriendo. Por ejemplo, una empresa en crisis que se deja en manos de los trabajadores para que hagas una cooperativa cuando sabes que esa propuesta en concreto lo único que puede servir es para que un empresario se vaya de rositas y deje el marrón a los propios trabajadores.

El régimen cooperativo que existe en Euskal Herria presenta unos aspectos bastante interesantes y positivos y presenta otros aspectos que van en la línea de enmarcarse y encarrilarse en este sistema globalizado y capitalista. Digo todo esto porque yo no creo que la solución esté sin más en buscar nuevos conceptos o nuevas fórmulas, sino en analizarlo en el proceso político concreto que estamos viviendo de crisis, de avances y de retrocesos.

Y termino con una última cosa que me parece esencial respecto a la confrontación. Comparto con Laia una cosa que antes ha dicho. Motivos para estar tristes, dos; para estar contento hoy en día tengo 35, o sea, sobre todo hay que ser optimista, tremendamente optimista. Si comparamos la situación actual que hoy estamos viviendo con la de hace cinco años no solo a nivel nuestro sino a nivel de cómo están ellos, creo que no hay ni punto de comparación. Ellos están más divididos, están más atrofiados, tienen más problemas, y nosotros hemos realizado a lo largo de estos cinco años unas experiencias tremendamente positivas que se siguen quedando bastante cortas, pero que yo creo que hay que poner en valor. Porque en toda la gente que ha estado a lo largo de todos estos años den todas estas movidas, por encima de todas las frustraciones está la dignidad y el aspecto positivo de haber participado en algo que ha servido para plantar cara, como mínimo, al sistema. Hay que seguir golpeando en el mismo clavo. Todo esto sirve no para conseguir “la victoria final”, pero sí para estar nosotros mejor y ellos peor.

Una anécdota, hace algunos años en la final del campeonato de pelota vasca entre Retegui y otro contrincante, estaban ya en los últimos tantos, y Retegui (el campeónísimo de la pelota vasca) estaba reventado, absolutamente roto, no podía más, y pidió descanso. En el descanso le dijo a su ayudante, que era su tío, “no puedo más, no puedo ni dar un paso”. Y su tío le dijo: “El otro está peor”. Y Retegui se levantó de la silla y ganó el partido (*risas*).

Raúl C. Quería hablar un poco del tema de izquierda política alternativa y acción institucional, pactos de gobierno, etc. Creo que la acción institucional de la izquierda alternativa en este momento debe ser coherente con la necesidad de ruptura con las políticas de la Troika y debe ser coherente también con darle centralidad a la lucha social. La lucha social ahora mismo también tiene que tener un papel fundamental en la expresión institucional, incluso en las formas y en los gestos que se adopten en las cámaras donde pueda estar representada lo que pueda ser una izquierda alternativa. Una izquierda alternativa hoy, que quiera ir ganando legitimidad, simpatía y credibilidad entre la mayoría de la población, tiene que ser desobediente e incluso desleal con las instituciones del régimen. Hay que intentar introducir factores y gestos que claramente supongan una desobediencia a algunos ritos o rituales aprobados por reglamentos de cámaras o por leyes de hace mucho tiempo, y que muchas veces se han aceptado por la cortesía parlamentaria. Es el momento de hacer también gestos allí; que refuercen las movilizaciones en las calles y viceversa: que las movilizaciones en las calles también se vean reflejadas y reconocidas por gestos dentro de las instituciones.

Por ejemplo, y para entrar ya en polémica, creo que fue ayer cuando hubo la reunión de la Comisión de Secretos Oficiales en el Congreso que trataba entre otros temas del asunto Corina. Esta comisión tiene un reglamento que prohíbe a los miembros que participan hablar de lo que allí se ha comentado, y si hablas

supongo que habrá una sanción, no sé de qué tipo, económica, o de vetar... Bueno, al diputado de ERC no le dejan entrar en esa comisión porque piensan que lo va a largar todo. Pues después de la reunión salió Cayo Lara diciendo que, bueno, que le había gustado lo que había dicho el representante del CNI, que Corina debía dar más explicaciones, etc., pero que no podía decir mucho más porque el reglamento se lo impedía... Ese era un momento para rebelarse y decir: en la comisión se ha dicho esto, esto y esto; el del CNI ha dicho esto otro, y yo sé que voy a ser sancionado, pero me parece infame que venga aquí el jefe de los espías que está hablando de cosas que están saliendo cada día en los periódicos y yo no pueda decir lo que aquí se ha hablado.

Lo pongo como un ejemplo, pero desde la práctica institucional de la izquierda alternativa en las instituciones (y Sabino o Quim han hecho cosas de estas que han sido muy bien acogidas) hay que empezar a tener estos gestos. Creo que refuerzan mucho y hacen ver a una parte de la población eso de que no todos son iguales, que realmente hay gente que está allí para ser la voz de la calle y para desafiar normas que son absolutamente ridículas, como esta.

Siguiendo en esta línea, las convergencias y las alianzas hoy son más necesarias que nunca. Por el momento en el que estamos, por lo que ya hemos analizado; la crisis del régimen, la situación europea, la agresión sin precedentes a las clases populares por los de arriba..., en fin, hay factores más que justificados para que haya alianzas amplias y duraderas. Pero estas alianzas deben hacerse también teniendo en cuenta programas de acción y estrategias necesarias para crear una fuerza social que las haga posibles. Y esto significa tener, por supuesto, credibilidad política y electoral, fuerzas reconocidas por una gran parte de la clase trabajadora, pero también tienen que ser creíbles socialmente: que no vayan a entrar en el mercadeo político institucional, que no vayan haciendo cosas inconfesables en cajas de ahorros, en fin, gente que sea creíble en todos los terrenos. Creo que los objetivos que se deben plantear en este momento a nivel de los instrumentos políticos deben ser ambiciosos. Se debe plantear claramente que hace falta que haya una nueva fuerza de gobierno que supere al bipartidismo existente y que, efectivamente, plantee procesos constituyentes, plantee ruptura con las políticas económicas imperantes, plantee no pagar la deuda, revertir los procesos de privatización, revertir las reformas laborales y de pensiones, parar inmediatamente los desahucios, hacer parques de vivienda en alquiler social..., todo el programa que seguramente si nos pusiéramos a redactarlo llegaríamos a un acuerdo en poco tiempo. Hay materia clara para un plan de urgencia social compartido por buena parte de las organizaciones sociales y políticas de la izquierda alternativa.

Pero claro, además de un programa, hace falta tener una práctica política que esté en concordancia con estos objetivos ambiciosos, que sea creíble. En ese sentido, hay que abordar el asunto de los pactos de gobierno ¿cómo influyen los pactos de gobierno actuales que se desarrollan entre fuerzas de la izquierda alterna-

“Nunca más una izquierda sin gente, mucha más gente que estructura; que cuando le falte gente la vaya a buscar, que abra al máximo los espacios para que entre gente, y que además sea un híbrido entre partido y movimiento social”
(*Quim Arrufat*)

tiva y otras fuerzas social-liberales, en el desarrollo de los objetivos ambiciosos que es necesario tener? Creo que en general eso casa mal, por poner ejemplos presentes (se podrían poner ejemplos pasados como el del tripartito en Catalunya), el acuerdo entre IU y el PSOE en Andalucía creo que es un acuerdo que aleja el objetivo de poder crear un gran frente social y político de la izquierda para combatir las políticas de la Troika y para levantar un nuevo programa antiausteridad y basado en nuevas reglas... Creo que lo aleja, porque cuando alguna gente dice que IU puede impulsar un proceso de frente antiausteridad, y a la vez en Andalucía, que es la comunidad más poblada del Estado, está aplicando políticas de recortes en ámbitos tan fundamentales como la educación, es

muy complicado después poder casar eso con una política estatal que sea coherente.

Hay que hacer una discusión sobre la izquierda alternativa que necesitamos, las relaciones de marco estatal, las posibilidades de acuerdo y de unidad. Tiene que haber garantías de que lo que realmente se quiere impulsar es una ruptura real con el bipartidismo existente y con las políticas que ambos partidos han estado aplicando desde hace mucho tiempo.

Adoración. Voy a hacer dos alusiones a cosas de temas anteriores, y luego me centraré un poco en la línea de Raúl Camargo, no para polemizar, pues yo abogo por lo mismo. En primer lugar, no me resisto a pasar el tema de los sindicatos. Es cierto que ha mutado el sustrato productivo, que ha mutado el sujeto que era representado por el sindicato, ha mutado el mismo marco jurídico que encuadraba la acción sindical, y el problema ahora es cómo representamos o cómo aglutinamos la defensa de los derechos de los trabajadores. Yo puedo compartir muchísimas críticas al comportamiento de las elites, pero mi pregunta es ¿quién está negociando los convenios colectivos en la actualidad? Convenios que con la última reforma laboral perderán su vigencia en julio, lo que provocará que millones de personas pueden dejar de tener un convenio colectivo aplicable. Si los sindicatos ahora mismo siguen teniendo el poder en las empresas para intentar forzar la negociación de sus convenios, y en muchas la tienen, hay que reconocer que siguen siendo una fuerza necesaria en este momento para el bienestar de multitud de personas y que hay que complementar la crítica a la cúpula con el apoyo a las bases que están negociando convenios colectivos y dejándose la piel en las fábricas. Y esto lo están haciendo los dos sindicatos mayoritarios junto con muchos otros.

Hay que renovar el sujeto, pero hay que ver cómo complementamos esa renovación con la valoración de lo que hacen en la base, tanto los mayoritarios como, evidentemente, los que no tienen esa condición. Otro tema que han comentado Laia y Sabino: el miedo y la reacción ante la represión. Una cosa que nos enseñó el 15M son estrategias contra la represión, a organizarnos contra la represión. Desde que hemos aprendido cómo se comportan las fuerzas de represión nos hemos organizado en plataformas antirrepresión. El 15M, la primavera valenciana han sido procesos de aprendizaje y esto es una cuestión fundamental de la cual tenemos que seguir sacando réditos. A partir de ahora la represión va a venir muy fuerte y hay que potenciar estas estructuras de autoprotección con abogados y abogadas que están trabajando gratis en la defensa continua de los multados, de los detenidos, etc.

Finalmente, creo que en la izquierda no estamos en un momento de ruptura, sino en un momento que exige que trabajemos en conjunto. La ruptura se da cuando podemos plasmar las alternativas y realizarlas; ahora estamos en un momento previo y eso nos lo tenemos que meter en la cabeza. De acuerdo con lo de las condiciones que apuntaba Raúl, de acuerdo con lo de las condiciones para el pacto, no todo vale, y llamarte izquierda alternativa no implica que seas izquierda alternativa..., en eso estoy absolutamente de acuerdo y también con ciertos aspectos de tu análisis. Pero es necesaria la contestación permanente a la institución estando dentro de ella. Porque para llevar a cabo esa tarea de ser altavoz de la movilización y ser útil como instrumento de la movilización, lo que tenemos que hacer es no estar al servicio de la institución, ni dejar absorberse por ella. Este es uno de los retos que tenemos delante: comportarnos en las instituciones como nos comportamos en la calle. Este es un elemento central de cualquier coalición o frente amplio que vayamos a construir.

Laia. Creo que hemos entrado en un cierto: “si algo no es exactamente como nos gustaría, no nos es útil”. Aquí suscribo lo que decían Adoración y Sabino; estamos hablando todavía de millones de afiliados con una conciencia de clase de la que es verdad que ahora queda fuera mucha gente, pero que creo que no podemos dejar de contar con eso. Y de la misma manera que el 15M y el movimiento han interpelado a los partidos y los que nos damos por aludidos tenemos que cambiar nuestras formas de hacer, creo que también los sindicatos de forma lenta también tendrán que hacer su propio proceso si quieren sobrevivir.

Sobre el tema pactos y coaliciones. Hablaré del tema tripartito, a ver, estamos hablando de 23 años de pujolismo, 23 años de un régimen en Catalunya, y yo en esa situación volvería a hacer un pacto. Seguramente no de la misma manera, pero creo que la izquierda se presenta con vocación de gobierno y difícilmente la izquierda alternativa hemos tenido mayoría absoluta en las instituciones. Creo que en ese momento estábamos siendo útiles a un cambio y a una alternativa a nivel de gobierno, con muchas dificultades y con muchos déficits, sobre todo

siendo los pequeños de una coalición de tres con las dificultades que eso comporta. Sobre la gestión propia hay una crítica que todavía la llevamos arrastrando desde el propio partido, desde temas de la Consejería de Interior, las dificultades que eso llevó, cosas que se hicieron mal y lo que eso conllevó internamente... Hay todo un proceso de aprendizaje que también hemos hecho en ese sentido.

Pero tampoco me parece bien decir: como no se hizo de forma impecable, ese gobierno no nos vale. Parece que el relato de la derecha sobre ese tripartito ha acabado triunfando en todas partes, en todas partes, y especialmente en sectores de la izquierda. En siete años aumentamos un 200% la inversión en servicios sociales, cambiamos la proporción entre escuela pública y escuela privada que estaba invertida por 23 años de apuesta por las privadas, el tema las guarderías..., mil cosas que en siete años se cambiaron, mil otras que no y que tuvimos unos conflictos monumentales desde temas de fiscalidad, temas de infraestructura, como partido ecologista que somos... Pero creo que una parte de ese patrimonio que se dejó es bueno, a pesar de los costes que eso ha tenido como organización. En ese momento, en el 2003, y después de 23 años de pujolismo, teníamos que hacer esa apuesta y eso ha permitido un cierto cojín social que se ha dilapidado en poco tiempo, pero creo que ahí también fuimos útiles.

Ahora, en el contexto actual ¿lo volvería a hacer? Ni lo volvería a hacer, ni de la misma manera que se hizo. Pero debemos tener vocación de transformar la realidad sobre cuestiones concretas, si no lo puedo hacer al 100% como yo lo quiero hacer ¿renuncio a influir? Estoy de acuerdo en que hay que poner otras condiciones, hay que crear un programa estable y un compromiso con la ciudadanía y que eso marque la hoja de ruta de un gobierno, y más cuando es de coalición.

Y ya para terminar, la derecha está utilizando la palabra cooperativa. Boi Ruiz en la Generalitat hablaba de privatizar centros de atención primaria y les llamaba “cooperativas de médicos”. El tema del agua es delicadísimo. Lo que te da ahora mismo la continuidad de la propiedad pública es el ayuntamiento, es la institución, porque de momento no tenemos otra manera de hacerlo, como serían los bienes comunales.

5. Viejas y nuevas forma de hacer política. Temas de ruptura. Qué se puede hacer en común.

Moderador. Pasemos al siguiente punto, en el que se puede tomar algún debate pendiente del anterior. Por favor, con la mayor capacidad de síntesis posible, que vamos muy justos de tiempo, tenéis la palabra.

Raúl S. Es un tema fundamental. En las discusiones que hemos tenido en EnRed, pensamos que no hay negociación posible sencillamente porque la soberanía y la capacidad de negociar por parte de las elites del sistema de partidos es absolutamente nula. El hecho eventual de que hubiera una tentativa de negocia-

ción introduciría una crisis muy interesante dentro de las elites de gobierno. Por poner un ejemplo, el ejemplo problemático, crítico, el gobierno de la unidad de la izquierda en Andalucía, es obvio que es una cuestión de tiempo que se vea obligado o a romper el gobierno e ir a elecciones, o bien introducir una línea de lo menos malo que es igualmente una crisis completa de la coalición de gobierno y por lo tanto una deslegitimación enorme.

En esa medida, yo creo que el proceso constituyente es una absoluta realidad concreta en el sentido de que solo una nueva forma de poder y un cambio radical, una sustitución de unas elites por otras en términos digamos jurídicos y en términos históricos. Yo no veo que podamos hablar de toma del poder en base a una mayoría en el sentido de la revolución de octubre o de revoluciones anteriores. Yo creo, y vuelvo a la cuestión de la revolución democrática, que es posible, que es factible y que, como cualquier proceso en el ámbito europeo tiene que ser multilateral, tiene que ser una etapa que inmediatamente te conecte con otra, tiene que suscitar, afectar a otras regiones y a otros procesos de Europa (en el caso del sur por ejemplo). Ahora mismo es muy difícil y no sabemos cómo generar una verdadera sincronía, o por lo menos una coordinación temporal de los procesos en el sur. Vemos que, por ejemplo en Italia, la izquierda ha sido totalmente barrida; por cierto, la izquierda política, pero también lo que era la izquierda social, el movimiento de centros sociales que ha quedado completamente fuera de la partida. Francamente, o hay un cambio de orientación, una decisión radical por parte de esas formaciones para poder contar algo en el proceso o partamos del hecho de que en Italia no va a haber izquierda, o va a ser una fuerza totalmente residual. Hablo tanto del Partido Democrático como de Nichi Vendola, como de lo que fue Refundación Comunista o los centros sociales. No vamos a entrar en lo que puede significar Grillo, puede ser algo interesante, pero puede dar lugar también a nuevas formas de populismo, populismo de red, de extrema derecha, de populismo ciudadano absolutamente demagógico y manipulador de las pasiones civiles y del resentimiento social.

Por lo tanto la izquierda o las izquierdas tienen que aplicarse en el proceso constituyente, por así decirlo, hacerlo necesario, para poder contar, hegemonizar. Y más en el caso concreto del Estado español, porque si seguís un poco a la "intelligentsia" de derecha, no solo la izquierda habla de proceso constituyente. Personajes de relativa inteligencia dicen que no hay más remedio que generar un nuevo proceso constituyente. Por algo le llega a Rosa Díez y plantea, en pleno Parlamento, que hace falta un nuevo proceso constituyente. Personajes tan incalificables como Jiménez Losantos, también. Cuando hablaba yo antes de los monstruos que están agazapados, hablo de esas realidades, es decir, que el proceso constituyente no va a ser el patrimonio de las izquierdas, sino que va a haber que pelear para hegemonizarlo. Entonces para mí una cuestión fundamental, la planteo así, tampoco la tengo particularmente desarrollada, es que las izquierdas, y si fuera posible conjuntamente, tienen que hacer una constituyente

interna, tienen que establecer una serie de procesos de consulta, de discusión masiva y transversal, a ser posible no partido por partido, sino como foros sociales constituyentes. Y al mismo tiempo un mecanismo de generosidad o de apuesta, de poner en juego los “muebles”, el patrimonio, la potencia y la pasión y hacer una especie de primarias para ese proceso constituyente. Unas primarias no solo internas de los partidos, sino unas primarias “a la americana”, es decir, unas primarias en las que tú estableces unos mecanismos, donde tú te apuntas aunque no seas militante y luego votas. A mí me parece que es fundamental para relegitimar a la izquierda en el campo social, en el campo de los movimientos. No sé si lo percibís, pero la izquierda está en tela de juicio, su virtualidad, su capacidad, la confianza. Yo creo que reforzar eso pasa por las luchas, pero cuando estamos hablando de representación y de instituciones en la mayoría de los casos pasa por esa apuesta, la misma que hemos visto en el 15M y en los movimientos asociados. Esa superestructura política tiene que hacerla porque ese baño de legitimidad es el que luego va a reforzar un eventual proceso constituyente, procesos de gobierno, una dialéctica de contrapoderes inevitable, etc. Y esa constituyente yo creo que es el mejor elemento –más que las discusiones de individuos, de pequeños grupos, inevitables pero insuficientes y generadoras de una gran desconfianza, pequeñas elites de las cuales todos participamos inevitablemente–, el mejor procedimiento a través del cual se gesté la unidad de la izquierda de la que estamos hablando. Pero ojo, no como una unidad de fuera a dentro, sino de dentro a fuera, es decir, como una especie de salida en común a recomponerse con el tejido de los movimientos, sin dimensiones hegemónicas en el mal sentido, en una dialéctica abierta, en un pluralismo interno no formal. Teniendo en cuenta que la hegemonía de la izquierda será útil para suscitar una derecha democrática que se crea mínimamente el proceso constituyente, y hasta cierto punto lo respete, como forma de excluir a la derecha no democrática o a los restos del régimen que si se oponen deberán ser desarticulados. Creo que esto es extremadamente importante y pasa por las propias izquierdas.

Termino: la desobediencia civil debe profundizarse y radicalizarse, y en ese sentido la estrategia está lejos de estar clara. Como se hizo con el movimiento insumisión en los años 90, asumimos ese riesgo, esa autodefensa, pero al mismo tiempo estamos dispuestos a ir a la cárcel por este proceso. La represión es también una forma de gobierno y también una forma de división de los movimientos; si no se anticipan esas políticas con respecto a la represión y se usan estratégicamente como hicieron la insumisión y las luchas de los derechos civiles, puede ser bastante problemático y resucitar viejas divisiones.

Quim. Varias divisas que nosotros usamos y que creo que pueden ser útiles en el debate. Usamos no quiere decir que cumplamos. Luego está el reto de poderlas cumplirlas, uno no es puro.

Nunca más una izquierda sin gente, mucha más gente que estructura; que cuando le falte gente la vaya a buscar, que abra al máximo los espacios para que entre gente, y que además sea un híbrido entre partido y movimiento social.

Dado que las estructuras que intentan imitar al estado que se llaman partidos, tienen una estructura paralela a la del estado, parecida, intentando ser una copia en pequeño del estado, porque básicamente van a gobernarlo, son demasiado rígidas y transmiten demasiado lentamente los debates, las decisiones y las novedades. En cambio, la sociedad está en perpetuo cambio y hablando de las izquierdas, necesariamente una formación política que quiera estar imbricada en los debates, en las movilizaciones y en las nuevas formulaciones que van saliendo, en una sociedad que vive en red, en la red social, va a tener que tener por fuerza un tipo de organización cuyos márgenes no estén cerrados sino estén abiertos, deshilachados de tal manera que conecte con todo lo que palpita en la sociedad. Eso se consigue con la autonomía de las partes en diferentes grados.

La centralidad no está en la acción institucional. Eso es muy típico de los movimientos de liberación nacional: la tradición de percibir que la acción es un frente más, pero que hay otros muchos frentes. Eso es ahora más necesario que nunca. No solo no creer que las relaciones institucionales son el centro, sino hacer pedagogía de esto, para no tener votantes clientes, sino votantes activistas. La acción política esta en la calle, es la autoorganización; entonces que me hayas votado esta muy bien pero que cambien las cosas depende de ti, no de la institución. Y eso no quiere decir no hacer nada en la institución, solo no darle centralidad.

Los municipios, no como ayuntamiento, sino como delimitación territorial, una identidad común, una tradición común, con unas asociaciones comunes, son espacios donde potenciar contrapoderes populares. Vienen a sustituir un poco la centralidad que tuvieron las fábricas como espacio de socialización y de generación de contrapoderes. Incluso las grandes fábricas no sirven en este sentido, o sirven cada vez menos; sin embargo, los municipios sí que sirven para la lucha municipal más allá de la lucha a nivel de la institución municipal, que tienen muy pocas competencias; puede dar lugar a espacios de conciencia colectiva y de contrapoder que cubra una de las vertientes de la lucha.

En una sociedad que tienen la red social uno de los puntos de organización cada vez más fuertes, tiene que tener necesariamente una mezcla de los dos tipos de democracia, o de comunicación horizontal. Una es la democracia deliberativa que se produce en el terreno físico: nos juntamos y aprendemos colectivamente, y luego está la de la red social, que es lo mismo pero sin conjunción territorial y con unas connotaciones diferentes. Hay que saber combinar ambas formas y ambas tienen que ser asumidas como formas de legitimación y comunicación democráticas, como proyecto político.

Sabino. En relación a los temas de ruptura, yo creo que la prueba del algodón es la gente movilizándose y participando en las distintas formas organizativas que

se van creando y no tanto la superelaboración de un programa. Yo partiría más de cuatro temas que nos permitan avanzar en la movilización, organización en la lucha, en ganar posiciones, hacer al enemigo cada vez más débil... El primero, la defensa de lo social, de lo público, nacionalizaciones, etc. Segundo, abrir vías reales hacia un nuevo modelo económico; aquí entran muchas cosas que se han dicho ya aquí, tanto en el terreno de la producción como del reparto, del transporte, del consumo, en la ecología. Y falta un tema que no ha salido en cinco horas de debate y que nos debería avergonzar a todos, que es la necesidad de romper con la invisibilización y marginalización política, social y legal del trabajo reproductivo, el modelo patriarcal-familiar, a la hora de la concepción de la seguridad social, por poner un ejemplo... Como tercer pilar yo señalaría lo democrático que tiene importancia esencial: república/s, proceso/s constituyente/s, memoria histórica, participación popular, derogación de leyes y tribunales especiales y de excepción, normativa electoral...

El cuarto punto sería que sin una solución al problema nacional no vamos a encontrar tampoco un marco democrático. Es decir, el reconocimiento del derecho de autodeterminación y poder independizarse si esa es la opción mayoritaria de la ciudadanía vasca, catalana, gallega. Y llegados a este punto me gustaría resaltar algo que debería ocupar un importante lugar en nuestras reivindicaciones democráticas: sellar cinco décadas de conflicto en Euskal Herria, lo cual nunca podrá hacerse bajo parámetros de guerra civil, de “vencedores y vencidos”, sino buscando a través del diálogo, la negociación y el acuerdo una solución que cierre todas las heridas del conflicto: víctimas –todas–, presos y presas, exiliados, desarme...

En cuanto a nuevas formas de hacer política, yo apostaría por una doble vía: la politización de los movimientos sociales, no arrinconarlos en una esquina para que se encarguen de sus cosas, sino intentar que tengan desde dentro y desde fuera cada vez más cuerpo, pero también la socialización de lo político. Por poner ejemplos: casas del pueblo, ateneos libertarios, centros sociales, casas ocupadas...; buscar espacios en los que lo político y lo social estén más implicados a nivel de territorio e institucional..., me parece esencial.

En relación con el marco estatal, nosotros nos hemos planteado la presencia en el Parlamento estatal, en plan puente. Amaiur y Bildu se han querido configurar como un puente interno dentro de Euskal Herria para aglutinar al soberanismo de izquierdas y que este sea el motor real de un proceso de liberación nacional y social. En una dirección similar desde Amaiur trabajamos también por articular unas relaciones estrechas con las izquierdas sociales y políticas existentes y con las formaciones soberanistas en el conjunto del Estado.

Laia. Para hablar de proceso constituyente y temas de ruptura deberíamos pensar qué defendemos en lo social, qué concepto de derechos sociales, públicos, cómo se prestan y también cómo nos reapropiamos la gente

de espacios de solidaridad dentro y fuera de las instituciones. Sobre el tema económico, efectivamente hay que introducir la ecología. Deberíamos crear nuevos indicadores para saber cómo nos movemos. El concepto de la finitud de los recursos se debe incorporar y yo creo que está muy vinculado al tema de la deuda.

Estamos ante un capitalismo financiero que crece endeudando cada vez más a la ciudadanía y por lo tanto si no podemos crecer ilimitadamente debemos pensar en qué debemos crecer: seguramente en temas vinculados en servicios a las personas. Otra cuestión rupturista es cómo entramos en los medios de comunicación e información. Yo creo que desde la izquierda tenemos un camino a recorrer: cómo suplimos los miles de intermediarios que hoy tenemos para comunicarnos con la gente.

Sobre el tema de democracia, nueva y vieja política, en primer lugar, los partidos no deben monopolizar todos los espacios de poder. Por la crisis de legitimidad, pero también por una crisis de funcionalidad, pues ante la crisis financiera global lo que se ha percibido es que los partidos e instituciones no son útiles para resolver la situación.

¿Cómo recomponemos eso? Hay que hacer instituciones con más democracia participativa, pero combinada con los espacios de representación también necesarios y vinculando esos espacios con la implicación de la gente en el debate y en la deliberación.

Una cuestión fundamental que poner encima de la mesa es cómo protegemos a las instituciones y a la política del secuestro por intereses particulares. Creo que es una de las grandes debilidades del régimen actual y no hay que pensar que estaremos salvaguardados en función de quien gobierne.

Coincido con lo que decía Quim: no puede haber un gobierno sin gente detrás, y no puede haber política sin gente detrás, o sin gente al lado, pero tampoco puede haber una organización o movimiento político que no esté imbricado de forma capilar en todos los espacios sociales. Por otro lado, creo que es verdad que ha de haber un proceso constituyente en los propios partidos. De hecho, en Iniciativa tenemos asamblea ahora y uno de los puntos de entrada es cómo repensamos todo, la forma de organizarnos, el tema de primarias, de la transparencia, de la coherencia, la participación directa..., repensar también las organizaciones como cooperativas políticas, sociales y culturales. Creo que es un reto de toda la izquierda, cómo llegamos a quienes están fuera del debate pero están siendo más víctimas de todo ese proceso. En países con alto nivel de pobreza, con altos índices de analfabetismo, han conseguido llegar a ellos; aquí es uno de los desafíos que tenemos.

La feminización me parece una cuestión importante en las formas de hacer política, no solo la economía y el sistema productivo. La política también está muy pensada en cómo la han hecho los hombres y en los valores patriarcales.

“... es un reto de toda la izquierda, cómo llegamos a quienes están fuera del debate pero están siendo más víctimas de todo ese proceso. En países con alto nivel de pobreza, con altos índices de analfabetismo, han conseguido llegar a ellos; aquí es uno de los desafíos que tenemos”
(*Laia Ortiz*)

Raúl C. Yo creo que la forma de hacer política de la izquierda alternativa que necesitamos hoy sería, en primer lugar, plantear la ruptura decidida con las políticas de la Troika, el no pago de la deuda ilegítima, el cambio de modelo productivo, el reparto de todos los trabajos, también los trabajos de cuidados, un tema que no hemos tratado demasiado pero que es fundamental y que frecuentemente queda olvidado en los debates que hacemos en la izquierda. En fin, una izquierda que plantee una ruptura con el sistema económico actualmente vigente, con el capitalismo.

Además de elementos programáticos como estos, una izquierda que se base en nuevas formas de relación interna, dentro de las organizaciones, y también de su relación con los movimientos sociales y con las entidades del mundo asociativo.

Dentro de las nuevas formas de hacer política

deberíamos tener también muy en cuenta qué papel juegan en ella la gente de la calle y por eso mismo hay que rechazar la política entendida como una profesión. La actividad política tiene que basarse ante todo en un compromiso, aunque en la vida de algunas personas pueda haber una dedicación permanente. Hay un tipo de medidas que han sido muy bien acogidas, por ejemplo, los parlamentarios de la CUP, que desde el principio han puesto un límite temporal a la estancia en la institución, y un límite salarial conocido previamente; me parece una buena forma de demostrar que se es distinto, no solo por el programa que se defiende, por las políticas que se defienden en el Parlamento. Yo creo que es un mensaje que llega y que demuestra que se pueden hacer las cosas de otra manera. Para nada cuestiono que tenga que haber representantes a tiempo completo en las instituciones y organizaciones, que cobren por esa tarea, pero tienen que tener límites temporales y salariales, conocidos previamente y razonables, para que la política no se acabe convirtiendo en una profesión y la defensa de ese puesto se convierta en algo más importante que la propia ideología de los representantes electos. También creo que en la medida que no se hayan cambiado las instituciones del régimen y no se haga un nuevo proceso constituyente, porque todavía parece que durará esto algunos años, debe quedar claro que estas instituciones las utilizamos pero no nos sirven, y que por tanto necesitamos programas, estrategias y formas de organización novedosas, radicales y democráticas desde la base.

Hay que debatir más, organizar más encuentros como estos, en ámbitos distintos, con otros públicos y abiertos para que la gente de movimientos y organizaciones venga y debata, sobre temas que tenemos en común: ¿qué estrategia podemos poner en marcha para activar este proceso constituyente? o ¿qué estra-

teguas en un momento determinado para tomar el poder? Este es un debate que todavía nos puede quedar muy lejos, pero que debemos debatir entre los diferentes grupos de la izquierda alternativa del Estado y de las naciones que lo componen, para que estos debates sean un inicio y a partir de aquí abramos una colaboración que esperemos sea fecunda.

Adoración. Creo que un eje de ruptura fundamental es el eje anticapitalista y los instrumentos a medio-largo plazo, los proyectos constituyentes, en plural. Se está empezando a ver un proceso constituyente en Catalunya: a nivel social, el proceso empieza con querer cambiar la realidad. El proceso no es la convocatoria de elecciones, es mucho más amplio, empieza cuando empiezas a construir espacios de contrapoder de voluntad de cambio y de alternativas.

¿Qué hacer? Hay que construir confluencias de movimientos sociales y partidos-movimiento, que creo que es la única forma que pueden tener los partidos de la izquierda alternativa actualmente para poder organizar esa confluencia, plantear los mínimos y objetivos comunes que podrían lanzar el proceso constituyente.

El objetivo común del proceso constituyente no requiere redactar la constitución. Cuando lanzas un proceso constituyente, lanzas la baraja y luego te presentas a las elecciones de la asamblea constituyente, ahora ya con un programa diciendo lo que tú querías poner en esa constitución, para que la ciudadanía elija a los participantes de la asamblea y también facilitar cauces de participación directa. Lo que es urgente en esa primera fase es un acuerdo general para iniciar un proceso de la convocatoria de la asamblea, que puede ser un frente electoral amplio. La vía más rápida, a la latinoamericana, es construir un sujeto electoral que consiga la mayoría. La experiencia latinoamericana nos dice que ese sujeto normalmente ha sido nuevo y, además, con el eje “ni de izquierdas, ni de derechas”, aunque luego fuera profundamente de izquierdas y anticapitalista.

La experiencia nos dice que hay que construir un sujeto nuevo, la izquierda alternativa debe plantearse si es capaz de confluir con los movimientos sociales para lanzar un frente electoral apoyado en la movilización continua en pos de esta asamblea. A partir de ahí, el compromiso es fuerte. Una vez conseguido el poder y la hazaña de haber ganado las izquierdas, volvemos a presentar nuestro programa, creado a través de poder popular, que contiene cuál queremos que sea nuestro marco de convivencia. Este es el proceso ideal. Mientras tanto, las herramientas de control constitucional están claras: poder popular, revocatorio, participación...

Para finalizar, hay que visualizar que utilizamos las instituciones pero que no son nuestro fin. Desde la izquierda alternativa, con los relativamente pocos espacios de poder que tenemos en las instituciones y con los que podemos llegar a tener, hay que llevar una estrategia rupturista, de denuncia permanente de lo que hay dentro. Un camino de ida vuelta, desde dentro hacia fuera: denunciar lo que

pasa, y desde fuera hacia dentro: ser la voz de toda la movilización social, manteniendo unas posturas muy duras con el poder establecido y con el bipartidismo.

Xosé Manuel. Quisiera dejar claro un par de cosas. Para mí la síntesis de una nueva forma de hacer política frente a las viejas es el principio de la lealtad a los ciudadanos y no de la obediencia a las organizaciones. Segundo, asumir con claridad y en todas sus consecuencias que la democracia y la república son ante todo una cultura, no formas de organización. Tercero, que la base de la nueva forma de hacer política, el protagonista, tiene que ser la ciudadanía del común, por tanto la gran mayoría social. Ahí hay una antítesis clara entre ese conjunto y lo que es el oligopolizado de la plutocracia universal y de sus muñecos-ventrílocuos, y sus instituciones.

Una sociedad estructurada en clases es un magma volcánico y la clave está en que la nueva forma de hacer política contribuya a la vertebración política de una sociedad que está estructurada en clases y grupos sociales. La nueva forma de hacer política tiene que plasmarse como lugar de encuentro de la dialéctica de los distintos segmentos sociales, de las tensiones que dan lugar a resultantes que se traducen, o tienden a traducirse, en soluciones hegemónicas en el sentido propio, es decir en el sentido de que son aquellas que tienen autoridad fuera de las lindes de su propia base social; es por ejemplo lo que pasaba con el BNG, el nacionalismo gallego en los años 90 que tenía credibilidad, y estaba considerado como la auténtica alternativa incluso fuera de sus lindes.

Por lo tanto, siempre de abajo arriba en el proceso de toma de decisiones, en el proceso de formulación de alternativas, y en cambio, después de arriba abajo en la ejecución. Ese es el elemento de verticalidad, como decía Mike Davies muy lúcidamente en un artículo de la *New Left Review* sobre los movimientos como el 15M; es necesaria absolutamente la horizontalidad, pero luego hay un elemento de verticalidad para que efectivamente pueda ser llevado a la práctica, si no es imposible.

¿Temas de ruptura? Son muy simples. Son los dos ejes de siempre en nuestro espacio. Uno es el tema de la estructura de clases de la sociedad, el eje entre dominados y dominantes, entre explotadores y explotados, las clases trabajadoras y las clases populares... el combate contra la forma de capital que monopoliza el poder entre los distintos segmentos, formas y relaciones de producción, es decir, el capital financiero internacional.

En ese contexto, sobre la participación en las instituciones políticas, tenemos que saber que estamos en una casa, un habitáculo que queremos declararlo en ruinas, que estamos trabajando ahí pero que otros están habitándolo, así que no nos vaya a pillar el golpe de dinamita y nos estalle en la cara.

Hay que estar conectado con los de abajo, que funcione una retroalimentación. Ahí hay dos lógicas complementarias. No soy partidario de los maximalis-

mos. Hay una lógica que se dirige a agravar la crisis del régimen, la caída y derrumbe del edificio, esta es la lógica de la transgresión: utilizar el poder para transgredir el marco jurídico político establecido. Por ejemplo, el pacto fiscal, reventarlo. Nosotros hicimos iniciativas en el debate de los presupuestos en esa dirección que rompían la consolidación fiscal y toda esta *carallada*. La segunda lógica se dirige a aliviar la situación de la mayoría social y ahí hay un campo de juego que sí que es posible: invertir la lógica de asignación de recursos establecida por el poder existente. Tú tienes recursos escasos, pero los inviertes en sanidad y educación pública y donde se acaba se acabó pero por lo menos las prioridades son aquellas que ahora están siendo sistemáticamente relegadas.

El otro eje es la pluralidad de sujetos políticos existentes en el Estado español. O abordamos un proceso de ruptura, de quiebra democrática con la II restauración borbónica que tenga como uno de sus puntos claves que cada uno de los pueblos decida libremente si quiere independizarse, si quiere trasladar incluso físicamente su territorio de “xangada [*barca*] de pedra” de Saramago, que en vez de romper por los Pirineos, rompa por el Padornelo, y Galicia derive 300 millas al oeste; cojonudo, solo se podría llegar por mar o en avión y no por tierra, y además tendríamos aguas territoriales para la pesca propia (*risas*).

Hacer lo que cada uno decida. Evidentemente, procurar que haya una fórmula de acuerdo conjunta; si queremos llegar a acuerdos a nivel europeo tenemos que empezar siendo capaces de hacer acuerdos constituyentes a nivel del Estado español pero siempre en función de esas perspectivas.

¿Qué podemos hacer en común? En una sola frase: sabotear cívica, política y moralmente el régimen de la II restauración. Sabotearlo en todas esas dimensiones.

Hay un modelo alternativo, pero tenemos que nutrirnos del patrimonio históricamente alcanzado: los movimientos de las luchas de clases de trabajadores, la clase obrera, pero también el campesinado... las luchas por la descolonización, teniendo en cuenta que el imperio nos coloniza a todos, y las luchas por los derechos civiles. A lo que tenemos que añadir todas las luchas actuales contra la mundialización desde finales de los 80. Ese es el gran contingente y ahí hay un elemento muy a tener en cuenta: el resurgir metamorfoseada de una de las grandes corrientes históricas de combate: la corriente libertaria. Buena parte de lo que es el 15M está embebido de la cosmovisión y la ética del anarquismo. Parece que todas las izquierdas provienen del tronco marxista y no es cierto, aunque este sea muy importante.

Acabo contando una anécdota. Valle Inclán en el café Derbi, años de la república, ya era muy viejito. A él le gustaba tener mucha gente en la tertulia y le gustaba mucho hablar a él; los demás, nada. Había en una ocasión un joven que aprovechó para hacer una pregunta. Y empezó a *perolar* un poco. En esto se detuvo para beber un *groló* de café. Entonces don Ramón dice: “*Y aprovechando que este joven se ha callado para siempre, tomo la palabra*”. Y ya no la dejó (*risas*).

Moderador. Buena manera de terminar. Muchas gracias de nuevo a los amigos de Radio Vallekas, especialmente a Mariano y a José, por la acogida y el trabajo que han hecho para nosotros. Y por supuesto muchas gracias a vosotras y vosotros por querer compartir con *VIENTO SUR* vuestras opiniones y propuestas en esta larga jornada. Esperemos que hayáis pasado un buen rato, amistoso, agradable, interesante y útil. Así nos ha parecido a quienes hemos hecho muy a gusto de moderadores. Y hasta la próxima que no será aquí, sino en los otros muchos lugares de encuentro que compartimos (*algunos aplausos sonoros y a mano alzada/15M, sonrisas, despedidas con buen rollo...*).

4 voces miradas

Figuras de la asfixia

Arturo Borra (Santa Fe, Argentina, 1972)

Licenciado en Comunicación Social, actualmente realiza un doctorado en estudios interdisciplinarios de la comunicación. Ha publicado el libro de prosa poética *Anotaciones en el margen* (2008), la plaquette *Cielo partido* (2009) y los poemarios *Umbrales del naufragio* (2010) y *Figuras de la asfixia* (Germania, colección *Voces del extremo*, Alzira, Valencia, 2012). Ha participado en diversas antologías. Su reflexión teórica está disponible en *Poéticas en diáspora* (<http://arturoborra.blogspot.com>) y *Archipiélago en resistencia* (<http://archipelagoenresistencia.blogspot.com>).

“Abrazar no/ la derrota sino/ los vencidos” es esta la manera en que la palabra puede sobrevivir a la asfixia de la historia; es en los vencidos, entre sus huellas, donde encontrar una genealogía en la que aliente alguna promesa. Desde ellos, con ellas; así llegan al poema. Comparece el horror del siglo vencido: Treblinka, Auschwitz, el Gulag. Y el que ahora nos asfixia: la miseria que no aparece en los mapas, la mujer pastún, Irak... los ausentes, las nunca nombradas. “Ellos regresan agitando su muerte”, alzando una “deuda de memoria” “que clama la verdad del subsuelo” y llegan al poema (es el metro de Valencia, un 3 de julio de 2006). Y, al cabo de los años, casi ayer mismo, es una multitud que llena las plazas.

Este es el lugar de la escritura: entre escombros que resisten. Aprender los huecos, trazar apenas el nombre, la palabra, como un pájaro, apenas perceptible “aleteando para no hundirse”. Este poemario, subtítulo “El libro de los otros”, convoca a los ausentes. Es el libro imposible, el más necesario, el libro de los otros: páginas donde permanezca la vida arrebatada y aliente la más improbable esperanza. Desde el inventario exacto de todos los desastres nace la palabra. Para negar la noche, para sobrevolar la jaula y posarse leve junto a los que quedaron. Para: “Arrebatarse -aún- una promesa al escombros:/ para que tanta ruina no sea la última residencia.”

Antonio Crespo Massieu

Los vencidos

Abrazar no
la derrota sino
los vencidos/ su
testimonio: una lengua
robada al letargo
desafiara la historia
y habra desentierro/ genealogías
en las que rebuscar
alguna promesa
murmurando todavía.

Auschwitz

Un silbato sentencia
el arribo: sólo la noche
espera/ sin sueño
que rescate.

Los vagones regresan vacíos y uno se acostumbra a ver pasar
los muertos.

Gulag de Vladivostok

A Ossip Mandelstam, in memoriam.

por la ranura
campos humeantes
el frío rabioso
que congela las lágrimas

veinticuatro horas no son
veinticuatro
 no hay
suma concebible aunque la estepa
del corazón
 no derrita
todo este silencio amontonado
en los ojos

(1938)

Los negros

Negro villero, esclavo negro, negrito resentido, negro de mierda, sudaca, lacra negra, oscuro légamo, negro puto, negro que destiñe lo que toca, la pulcritud de una ciudad blanca, negro vegetal, negro de noche, carbón y selva, animal y sabana donde los antílopes son cazados como negros con redes para negros, como un pez negro que salta en la canoa antes que anochezca para que no caiga la noche más negra sobre la marea blanca.

Negro como agujero negro, mancha, pozo, negritud negrísima que te opaca la risa clara.

Sin

¿Cuánto vale ser
en un metro
que desespera en sus rieles?
¿Cuánto el espanto sonoro de la sangre
/el mundo saqueado por la ceguera?

Padre ¿cuánto se cotiza
un puñado de huesos?

Hermano ¿cuánta muerte vale
tu vida? ¿Cada llamado/ mi muerte
en una patria ajena?

Y a vos que no comprendés a pesar
de la rabia: ¿cómo te abrigo
de esta intemperie?

¿Qué hacemos
sin
otros/ huérfanos
hasta la médula?
¿Y qué con los cadáveres/ su silencio
final/ con este desierto
-animal
hambriento de los cobijos que nos negaron?

(Madrid, 11 de marzo de 2004)

Huelga

Sucede que hay huelga de palabra: un hueco
sin reparo. La herida llega
antes que el nombre: derrota su precisión
mal habida.

No alcanza con gritar si
no sabés si alguien
escucha y menos
si comprende.

Perro envenenado

La asfixia delante; un aullido no alcanza el alivio de tu cuerpo vencido a la gravedad
dos minutos en su convulsión ¿cuánto suma?: sólo cuerpo arrasado/ mi mano que
mordés para soportar el cuchillo dentro mientras tus patas ceden y los buenos veci-
nos con su patio de flores negras

no sabés pero la herida no tiene más que aullido mordiendo el aire y el estertor abre
el suelo por el que caés
tendido
entre flores negras
y
yo sigo mirando tu asfixia tan viva
asomándose aún del pozo de los venenos

Residencias

Hasta los árboles míticos caen.

¿Y si
 tiembla
 la vida?

¿Si el suelo se hace grieta y
se desploma
 el cielo?

No hay dónde correr si la noche
tampoco ampara estos pies desposeídos.

Arrebatarse –aún- una promesa al escombro:
para que tanta ruina no sea la última residencia.
(Chile, 24 de febrero de 2010)

La verdad del subsuelo

También los metros se parten
y duelen en rincones supervivientes.
No sólo pérdida: la omisión
es un metro que nos quiebra
los amores/ la existencia
que otros rasgan
en rieles ciegos.

Duele lo que no se puede contar:
silencio
de subterráneo/ verdad
entre escombros
que permanecen en un recorrido
mutilado.

Sin fatalidad para ese vértigo.
Aunque no haya ruta de retorno
ellos regresan
agitando su muerte.

La omisión es duelo
que ruge: rumor
de viaje interrumpido/ grito
incongruente que interroga lo que calla
/la deuda de memoria
en un rincón superviviente
que clama la verdad del subsuelo.

(Valencia, 3 de julio)

Sin cielo

Ni ángel ni redención: promesa
desde el derrumbe.
Sólo entonces,
arriesgar la apertura, dejarse
herir por la noche, recomenzar
sin dios esos credos resquebrajados,
vencerse a la súplica más íntima
y que los ojos vuelvan a interrogar una altura
que calla
ante toda esa desesperación
de abajo.

Firma

Firma con pájaros. No escribe su nombre: lo traza como un pájaro apenas perceptible que hay que reconstruir libremente.

Tal vez él mismo sea ese pájaro disimulado entre los árboles. Sus manos mismas son pájaros aleteando para no hundirse.

Con esas alas reinventa su exilio: para sobrevolar la jaula hasta posar junto a los que quedaron.

Material utopía

Derribar una herencia y forjar la herencia del derribo. Para que estos escombros que persisten sean materiales rescatados de la memoria del desastre.

Tras el inventario de lo deshecho trazar entonces un horizonte en las grietas del asfalto.

Canción para que la justicia

“...y me di vuelta para que no viera lo que lloraba”
Cartas para que la alegría, Arnaldo Calveyra

Para que esta corrosión no oxide más los huesos
y las arterias del suburbio no se obturen
en el corazón de la usura
para que las plagas no se nutran de nosotros
y no todo sea plaga
para que la rabia no calle ante una fiesta custodiada
y no se arrastre en la obediencia de los credos
para que el canto en voz baja no sea desencanto
y no todo sea loa lodo coro de corte cortesana cortesía
nutrida de consortes regodeándose en el éxito tóxico

canto para que la aspereza no nos lime los ojos
ante el llanto no visto
y el asco no quede disimulado dentro de cofres
que otros abrirán para acuñar cielos privados
desfile de corvos
moneda siniestra en un festín de espectros.

5 subrayados subrayados

El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial

Yanis Varoufakis. *Capitán Swing*, Madrid, 2013, 340 pp., 21 €

A un libro de economía se le ha de pedir tres cosas. La primera, es que sea claro e inteligible. La segunda, que nos interprete fenómenos que nos importan. La tercera, que aporte elementos nuevos o, si no lo hace, que los arme de manera original para ofrecer una propuesta útil. Todos estos puntos los satisface el libro de Varoufakis.

Aporta una metáfora explicativa, recuperando el mito cretense del Minotauro que, a costa del sacrificio de carne humana, sostenía la paz entre adversarios. EE UU ha desempeñado este papel desde la II GM, pergeñando, primero, un Plan Global (en los años dorados del capitalismo) y, tras los 80, como Minotauro global alzado sobre las dos torres de déficit (comercial y fiscal), mediante un reciclaje de excedentes asimétrico capaz de estabilizar el modelo de desarrollo capitalista.

El autor nos relata la historia económica tras la II GM hasta ahora. Desde 2008, el Minotauro agota sus fuerzas y muere y se levantan doncellas tenebrosas, hasta ese momento protegidas por la bestia, que nos desgarran sin un proyecto coherente. Nuevos modelos de empresa tipo WalMart, el dinero tóxico de Wall Street y el endeudamiento depredan a sus anchas, cuando las grandes torres del Minotauro se derrumban y la “quiebrocracia” se instituye en nuevo régimen.

También nos retrata a los dragones,

China en particular, que, a pesar de su vibrante emergencia se ven arrastrados por los restos del naufragio de lo que fue el Minotauro. O Alemania y Europa, hijos concebidos desde el poder norteamericano, que fracasan a la hora de configurar un mecanismo regional de reciclaje de excedentes, que el sistema euro impide.

En esta segunda edición, da por confirmadas algunas de sus proyecciones. Un panorama incierto donde los déficits norteamericanos perduran incapaces de completar ningún mecanismo global de reciclaje de excedentes. Es esta discapacidad la que explica la crisis de Europa, la principal damnificada, o la que puede estar por venir en China. Japón, por el contrario, cayó por la pérdida del favor de EE UU, en el Acuerdo Plaza al exigirle una revalorización del yen y no poder crear su propio patio trasero.

Ahora bien, debemos también de advertir de sus sesgos y ausencias. En primer lugar, realiza una *historia desde arriba*. Son los gobiernos, con artes palaciegas los que determinan prácticamente todo. EEUU y algunos conocidos asesores, con nombre y apellidos, “inventan realidades” mientras otros se mueven a su compás. Las clases populares y trabajadoras son víctimas, y poco más que un subproducto. La esperanza de Varoufakis radica en una suerte de “nueva visión” que cale entre los mandatarios norteamericanos.

Segundo, las ideas del Minotauro y el mecanismo de reciclaje no son originales. Sin embargo, el *establishment*, ante el desconcierto, hoy está dispuesto a escuchar, y Varoufakis aprovecha para expresarse con una metáfora atractiva.

En tercer lugar, el enfoque, postkeynesiano, explica la crisis en tanto que desregulación financiera y una fallida intervención gubernamental. El peor

pasaje de su libro es su caracterización del marxismo, reducido a determinismo vulgar, ignorando los conflictos de clase. A este respecto, el libro pasa por alto los fenómenos de sobreproducción y de la tasa de rentabilidad efectiva. En definitiva, el libro merece la pena, siempre y cuando hagamos una lectura crítica.

Daniel Albarracín

El hombre que amaba los perros

Leonardo Padura. *Tusquets*, Barcelona, 2012, 765 pp., 10,95 €

Las historias más difíciles de explicar son las verdaderas, aquellas cuyos acontecimientos no se someten al carácter de lo verosímil y sus arquetipos, sino que se amoldan mejor a los cánones del teatro del absurdo y la crueldad. Resulta sumamente difícil, por ejemplo, explicar sin remitirse al universo onírico del *proceso* de Kafka, los procesos, no menos oníricos y absurdos, de Moscú en los años 30 o su intento de emulación con el POUM durante la guerra civil en España.

En *el hombre que amaba los perros*, Padura, hace lo más difícil de la forma aparentemente más sencilla. Es decir, no son las estrategias de la vanguardia literaria las que nos permiten rescatar la verdad del pasado histórico frente al relato de los vencedores y su condescendencia. El escritor cubano es capaz de transitar por los pasadizos poco iluminados del pasado siglo XX a través de una trama de novela negra cuyo lenguaje claro, conciso y apremiante, combina, de forma magistral, tres historias que convergen fatalmente en la “mierda petrificada del presente”. Y no hace esto para decirnos que en la noche metafísica del “fin de la historia” todos los gatos son pardos, sino todo lo contrario, para impugnar este mismo presente y por tanto su pasado. Si las revoluciones iluminan el pasado de un modo nuevo, la literatura, a otro

nivel, también puede hacerlo. En este sentido, la novela de Padura es profundamente vanguardista (fiel al espíritu de su paisano Alejo Carpentier quien comprendía la novela como una forma de conocimiento e indagación).

No es extraño, pues, que además de una buena novela *El hombre que amaba los perros* sea, sobre todo, una historia imprescindible. Por sus páginas reposan con la sencillez pasmosa de la ficción, la labor ingente de una compleja documentación histórica. Por un lado la recreación íntima y biográfica de Ramón Mercader; la historia de un hombre “quemado por el sol” del estalinismo: un proceso angustiante de aniquilación y autonegación personal que se consume con el asesinato de Trotsky en cuya recreación biográfica, a su vez, adivinamos las mejores páginas de la *trilogía* que Isaac Deutscher dedicó al revolucionario ucraniano y la grandeza de una personalidad cuyo espíritu no se dejó aplastar por la apisonadora burocrática de la Historia con mayúsculas. Todo ello narrado por Iván Cárdenas un escritor fracasado que sobrevive en la Cuba del “periodo especial” y que en su indagación involuntaria sobre la historia de Ramón Mercader y su víctima va experimentando la posibilidad de una anagnórisis personal y colectiva sobre los motivos de su propio fracaso.

La tragedia de “la revolución traicionada” y la farsa de la reacción que se pone la máscara de la revolución para aniquilarla. Como Vasili Grossman en *Vida y destino*, Padura no tira el niño con el agua sucia en su denuncia, no reniega de los ideales del comunismo al ver las atrocidades del estalinismo, sino, por el contrario, denuncia estas atrocidades por fidelidad a los mismos.

El título de la obra: *El hombre que amaba a los perros*, nos da la llave para su lectura, a saber, no se puede aniquilar aquello que nos impulsa a la acción, una ternura compartida que guarda la promesa de una fraternidad universal, sin aniquilarnos a nosotros mismos y con nosotros el propio ideal.

Marc Casanova

Qué hacemos por la memoria histórica

Rafael Escudero Alday, Patricia Campelo, Carmen Pérez González y Emilio Silva. Colección Qué hacemos, Akal, Madrid, 2013, 80 pp., 4,95 €

Hace ya unos cuantos años, Emilio Silva me comentó que muchos de los ramos de flores que vemos en el borde de cualquier carretera comarcal no representan el recuerdo de alguien que haya perdido la vida allí en un accidente de tráfico, sino que rinden homenaje a una de las muchas personas represaliadas del franquismo. Nuestras cunetas, como se dice en el libro, forman la geografía silenciosa de una tragedia que convierte al Estado español en una de las potencias mundiales en número de desaparecidos: 113.000.

Entonces, apenas se hablaba aquí de memoria histórica; no formaba parte de la agenda política ni del debate público. Como bien nos dicen los autores del libro este concepto –que alude a la recuperación de un pasado que ha permanecido al margen de la historia oficial de nuestro país– tampoco era un término al gusto de historiadores y políticos. Con él lo que se pretende es “*reparar la dignidad y derechos de las víctimas, terminar con la impunidad de los crímenes de la dictadura, recuperar una memoria histórica que ponga en valor lo que supuso para España la Segunda República y la Constitución de 1931* [y, en definitiva] *recuperar memoria para construir democracia*” (p. 8).

Como en tantos otros casos, su irrup-

ción en la agenda pública ha venido de la mano del movimiento ciudadano. El movimiento de recuperación de la memoria histórica cuestiona de raíz la interpretación hegemónica de la Transición y sitúa en las herencias del franquismo y de la Transición la base de la democracia de baja intensidad que hoy padecemos. Base construida sobre un pacto de silencio y olvido y que se define oportunamente en el libro a partir de tres elementos: amnesia, amnistía, equidistancia. Los tres contribuyeron a impedir otra interpretación del pasado, a ocultar graves violaciones a los derechos humanos, a la amnistía de los perpetradores de dichas violaciones y a la falta de reconocimiento de derechos fundamentales como a la verdad, la justicia y la reparación.

El libro sitúa el debate en el contexto del Derecho internacional en el marco de los derechos de los víctimas, el tratamiento de la memoria histórica en los medios de comunicación, las luces y sombras de la ley de 2007, las políticas de la no memoria del PP y la compleja relación con la judicatura, expresada en el título de uno de los apartados, *Jueces ausentes, cadáveres presentes*. Los restantes capítulos del libro, 10 en total, se centran en el movimiento memorialista, incluidos sus retos y propuestas.

A partir del año 2000, adquieren dinámica de movimiento social las asociaciones, colectivos e iniciativas promovidas por la recuperación de la memoria histórica basada en un enfoque de derechos humanos. Desde entonces, se han recuperado restos de más de 6.200 personas.

Al igual que otros tantos temas de relevancia social y política, la Memoria Histórica ha quedado soslayada de la agenda política por la crisis. Sin embargo, cinco años después de la entrada en vigor de la Ley de memoria histórica, los derechos de las víctimas de la represión franquista siguen sin ser reconocidos de forma efectiva por los poderes públicos. Dadas las circunstancias, muchos colectivos y ciudadanos se han sumando a la querrela que desde 2010 ha abierto una causa contra los crímenes del franquismo en Argentina. Queda mucho por hacer, y uno de los objetivos del movimiento

más importantes es fomentar el conocimiento de lo que sucedió en la dictadura en los centros de enseñanza.

Como se apunta en la contracubierta: *“Hablar de memoria histórica no es una vuelta al pasado: es una necesidad del presente, pues no seremos una democracia plena sin antes reparar y dignificar a las víctimas”*.

El libro es el octavo título de la colección *Qué hacemos*, desde la que se pretende abrir la reflexión colectiva, crear redes y espacios de encuentro. Son libros de autoría colectiva, fruto del pensamiento en común desde los colectivos sociales, desde los frentes de protesta, desde los sectores afectados, desde la universidad, desde el encuentro intergeneracional, desde quienes ya trabajan en el terreno, pero también desde fuera, con visiones y experiencias externas.

Olga Abásolo

De la nueva miseria. La universidad en crisis y la nueva rebelión estudiantil

Joseba Fernández, Miguel Urbán y Carlos Sevilla (coord.). Akal, Madrid, 2013, 174 pp., 9,50 €

Las preguntas sobre cuál es la “misión” de la universidad son algo ya usual y de gran relevancia en el seno de la izquierda, del pensamiento crítico y de la propia universidad. Las aportaciones en torno a este debate nacen fundamentalmente al calor de los movimientos de resistencia universitarios que, al menos por ahora, tienen una gran potencialidad a la vez que la obligación y necesidad de dilucidar una serie de cuestiones en torno al “campo de batalla” en el que juegan. Afirman los autores, *“se trata, a este respecto, de afirmar la universidad como un campo de batalla dentro de la lucha de clases más general por la hegemonía”*. Este libro, que está escrito por activistas y profesores que han

participado de diversos movimientos estudiantiles, es una respuesta a tres cuestiones fundamentales que de manera transversal recorren el texto: qué es la universidad y cuál es su función dentro del modo de producción capitalista, a qué obedecen y cuáles son las transformaciones que viene sufriendo la universidad en los procesos de cambio a nivel mundial; y, por último, cuál es la transformación de la propia condición estudiantil y qué efectos tiene para la configuración de este sujeto en tanto que político. A partir de estas preguntas/respuestas, este libro puede constituir una herramienta útil para la construcción de movimientos en el seno de la universidad por su capacidad de análisis pero también por

las experiencias en torno al “*qué hacer*”.

A diferencia de otras visiones que pretenden dar con la única o más relevante función de la institución universitaria, *De la nueva miseria* pretende analizar de forma integrada varias funciones (centro de producción de ideología hegemonzadora al servicio de la clase dominante, mecanismo para la reproducción de las relaciones de clase y las jerarquías sociales, y centro de producción de bienes cognitivos y capacitación profesional) que nos llevan a entender la universidad como una “*aparato hegemónico*”. En tanto que se produce una “*internalización de los cambios en el mercado de trabajo y en los procesos capitalistas de acumulación*”, los conflictos sociales se reproducen en este espacio.

En medio de un largo proceso de reformas llevadas a cabo a nivel mundial, la *universidad-empresa* de hoy, o la *universidad de la deuda* para cada vez más estudiantes, es más capaz de reproducir el tipo de trabajador requerido por el mercado laboral actual. Y esto a base de que la enseñanza “*no sólo exija una reproducción de su cualificación sino, al mismo tiempo, la*

reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido”. A esto obedece la proletarización/precarización de los estudiantes, para los cuales el paradigma se desplaza hacia la concepción de la enseñanza superior como una “*inversión individual*”.

La deuda se convierte en un mecanismo antisocial y violento. En primer lugar porque el crédito se convierte en “*un medio para la privatización y la deuda un medio para la socialización*” como estamos viendo con las políticas de ajuste impuestas en los últimos años en la periferia europea; en segundo lugar, la deuda privada (en este caso la estudiantil) constituye un mecanismo de “*miedo al fracaso*”, de disciplina preventiva frente al miedo de no poder pagar la deuda, y, en definitiva, tiene el efecto de responsabilizar a los estudiantes de su propia “*empleabilidad*”. Esta nueva subjetividad del estudiante precario, proletarizado y endeudado requiere nuevas formas de acción política y de construcción de alternativas, para lo cual las experiencias de la India, Italia o Estados Unidos que nos ofrecen estos autores son de gran utilidad.

Isabel Serra

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

C/ Limón, 20. Bajo ext. dcha. • 28015 Madrid • Tel y Fax: 91 559 00 91

Correo electrónico: vientosur@vientosur.info

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ País / Estado _____
Teléfono _____ Móvil _____ Fax _____
Correo electrónico _____ NIF _____

SUSCRIPCIÓN NUEVA SUSCRIPCIÓN RENOVADA CÓDIGO AÑO ANTERIOR

MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 NÚMEROS)

ESTADO ESPAÑOL 40€

EXTRANJERO 70€

SUSCRIPCIÓN DE APOYO 80€

MODALIDAD DE ENVÍO

ENTREGA EN MANO

ENVÍO POR CORREO

MODALIDAD DE PAGO

TRANSFERENCIA (*)

DOMICILIACIÓN BANCARIA

DATOS BANCARIOS para INGRESO POR TRANSFERENCIA

Banco Santander. C/ Lehendakari Agirre, 6. 48330 - Lemoa (Bizkaia)

Número de cuenta: **0049 // 3498 // 24 // 2514006139** - IBAN: **ES68 0049 3498 2425 1400 6139**

DOMICILIACIÓN BANCARIA - AUTORIZACIÓN DE PAGO (datos del titular de la cuenta)

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ NIF _____

ENTIDAD _ _ _ _ OFICINA _ _ _ _ DÍGITO CONTROL _ _ _ _ NÚMERO CUENTA _ _ _ _ _

Fecha: _____ Firma: _____

Observaciones: (*) Comunicar los pagos por transferencia por medio de un correo a: vientosur@vientosur.info indicando oficina de origen, fecha y cantidad transferida.



Foto: JM. Taker

*“...un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York